

The background of the cover is a silhouette of a person standing in a desolate, dusty landscape. The person is holding a pickaxe in their right hand. The sun is low on the horizon, creating a strong backlight effect and casting long shadows. The overall mood is dark and ominous.

MIGUEL ÁNGEL ROSIQUE

**mi ascenso,  
tu muerte**

*"Una novela escalofriante que logra adentrarnos en la mente del asesino"*  
Antonio Quesada

Mi ascenso,  
Tu muerte

Miguel Ángel Rosique

## *Agradecimientos*

Dedicado a los escritores Antonio Quesada y Mónica Escoda, estimados amigos, por su simpatía, trabajo y ayuda desinteresada.

Título: Mi ascenso, tu muerte.

Primera edición: 2018

© Miguel Ángel Rosique, 2018

© Derechos de edición reservados.

Edición: Miguel Ángel Rosique

Corrección: José Luis Trullo Herrera

Maquetación: Antonio Quesada

Imagen de portada: © Mónica Escoda

Diseño y composición de cubierta: Mónica Escoda

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

La venganza es el manjar más sabroso condimentado en el infierno

Walter Scott.

## *Preámbulo*

Amanecía un nuevo día frío y luminoso en Santa Cruz de Tenerife, bella capital canaria famosa por sus azules y majestuosos acantilados circundantes y cuya densidad de población, para algunos asfixiante, envuelve como un invisible manto espeso a sus habitantes.

Como todas las mañanas, Álvaro se dirigía a la oficina con su andar tranquilo pero seguro. Sus zapatos negros de ejecutivo, impecablemente limpios, y su aspecto de hombre elegante y atlético lo distinguían. Solía aparcar en un lugar algo alejado para disfrutar del relajante paseo matutino antes de comenzar con las obligaciones y responsabilidades diarias. Al pasar por una tienda de ropa aún cerrada, se fijó en el nuevo traje de chaqueta azul marino que exponían colocado en un maniquí muy alto y delgado pensando que habían tenido un pésimo gusto al escogerle la camisa, y se miró ligeramente en el reflejo del cristal comprobando, con su natural narcisismo, que tanto su aspecto como su peinado eran perfectos. Estaba muy orgulloso de sí mismo.

Subió con energía los cinco escalones que daban acceso al interior del edificio. Al llegar al ascensor, vio a Javier que llegaba casi al mismo tiempo, algo apresurado para que no tuviera que esperarle. Mirándolo con fijeza a los ojos, como siempre, Álvaro le saludó con frialdad educada.

—Buenos días, Javier, ¿qué tal? —le dirigió con su desdén habitual.

—Buenos días. Pues nada, ya ves, a empezar una nueva jornada —respondió en tono formal, pero amistoso con una frase insustancial.

—Espero que tengas listo para hoy el informe que debías entregarme, me va a hacer falta —le dijo con su crudeza de nuevo jefe.

—Por supuesto que estará —le respondió con contundencia y seguridad

comprobando, en el reflejo del espejo una ligera sonrisa en los labios de Álvaro. Era evidente que esto de presionarle y darle órdenes era algo que remontaba enormemente su ego.

Tras estas palabras subieron en el ascensor hasta la octava y última planta manteniendo un silencio incómodo. Ya había pasado a la historia el tiempo en que fueron buenos compañeros y amigos que se apoyaban mutuamente. Tiempo en que quedaban para jugar al tenis o tomar unas cervezas tras cada día de trabajo. Javier llevaba años en la empresa de publicidad mientras que Álvaro tan solo contaba once meses. Por diferentes razones, Álvaro fue ascendido y Javier siguió en el mismo puesto de años atrás.

En esta gran ciudad, en que las zonas de ocio, cultura y diversión estaban relativamente cerca y era fácil toparse con alguien conocido sin esperarlo, al contrario de lo que podría pensarse, la imagen de Álvaro en el periódico local como nuevo jefe de la Agencia de Publicidad Creatif, la más importante de las tres con las que contaba la ciudad, había llamado bastante la atención. Era bien sabido entre los círculos cercanos que Javier era quien en principio se esperaba acabara ocupando ese cargo.

Para hastío de Javier, volvió a toparse con Álvaro a la hora del desayuno, cosa muy poco frecuente y sin muchas posibilidades que la casualidad tuviera algo que ver. Álvaro no solía mezclarse con los empleados fuera de la oficina, por tanto, este encuentro posiblemente estaría motivado o por alguna idea retorcida o algún morbo insano. En un principio hizo como si no lo hubiera visto, ya que estaba sentado en una mesa algo alejada de la puerta de entrada, pero no pudo ser, Álvaro lo llamó para que lo acompañara. Con cierta resignación se situó enfrente a la espera de su habitual desayuno de café solo y media tostada, tan típico en él. En ese momento trajeron a Álvaro su cortado largo en vaso de caña y un pan de gofio de millo, con su característico color marrón, alimento que él valoraba mucho por su sabor y sus propiedades energéticas; además porque era el producto típico de su tierra canaria. Con gran parsimonia lo fue cortando con el cuchillo en trozos iguales saboreando cada bocado intensamente. Javier prefería evitar observarlo porque sus formas metódicas y cuadrículadas le crispaban los nervios, pero no tenía otra cosa que hacer.

—Ya ves, Javier, ¿te puedes creer que el Ibex 35 ha vuelto a bajar? Menos mal que tengo buenos contactos que me echan un cable a la hora de realizar

mis inversiones y equilibrar las pérdidas cuando estas se producen y, por supuesto, acrecentar las ganancias, que es lo habitual –comentó Álvaro con tono distraído, como hablando consigo mismo mientras ojeaba el periódico sin mirarle.

—El tema de la bolsa, la verdad, no me interesa. Mi vida es la empresa de publicidad, a lo que dedico todos mis esfuerzos y quebraderos de cabeza y me ha dado grandes satisfacciones en mi vida –le respondió con sinceridad expresando más de lo que pretendía.

Tras un breve silencio calculado, dando un pequeño sorbo al café, Álvaro le respondió:

—Bueno, Javier, tampoco vamos a decir que te ha dado todas las satisfacciones que ansiabas... —inquirió levantando la vista del periódico con una amplia sonrisa haciendo una cruel alusión al ascenso fallido de Javier en su favor.

Javier, en un acopio de autocontrol y apretando los puños bajo la mesa trató de calmarse y no darle el gusto a Álvaro de perder los papeles y estallar en cólera. Sabía de sobra que era justamente lo que buscaba.

—Mira, Álvaro, se me han quitado las ganas de desayunar. Mejor vuelvo al trabajo –dijo lo más calmadamente posible mientras se levantaba.

Justo cuando estaba a punto de salir por la puerta, Álvaro volvió a decirle:

—Te vuelvo a recordar que me debes un informe para hoy. No lo olvides –le dijo con una amable sonrisa sarcástica.

Javier lo miró por unos segundos de una manera difícil de describir, extraña y distinta a su expresión habitual y después salió. Incluso a Álvaro sorprendió ligeramente esa forma de mirarle. Segundos después volvió tranquilamente a sumergirse en el periódico, en la sección económica.

## *Capítulo I*

La vida de Javier cambió radicalmente tras la marcha de Álvaro y todos los hechos que acontecerían en las semanas posteriores. Sobre su mesa de despacho se había encontrado una carta manuscrita en la que se despedía y expresaba con claridad que se iba para siempre asqueado de su vida. Pero únicamente Javier sabía que no se había ido con las manos vacías. Hacía mucho tiempo que sospechaba que no era trigo limpio y por eso, meses atrás había empezado a investigarlo por su cuenta. Al ser vicepresidente tenía acceso prácticamente a todo lo que manejaba su jefe y número a número hacía un seguimiento minucioso de los registros en los libros de cuentas, ingresos en el banco y sumas reales que se manejaban. Había averiguado que las cantidades ingresadas por la empresa al llegar a la cuenta de ésta disminuían en algunos casos casi un veinticinco por ciento. Al ser el presidente, llegaba a acuerdos en los contratos para que parte de estos quedasen en negro para su beneficio, de forma que nadie se diera cuenta de nada. Para colmo, tras la fuerte inversión de un empresario extranjero que iba a comprar el cuarenta por ciento de las acciones en bolsa, el importe robado fue mucho mayor. Del capital que iba a ingresar la empresa, varios millones de euros se habían esfumado, y después, como solía hacer Álvaro, había maquillado oportunamente los números que manejaba. Pero lo que Álvaro no sabía era que él estaba detrás documentando cada uno de sus fraudes, investigándolo concienzudamente como su mayor objetivo. Álvaro había destrozado su existencia, pero él estaba decidido a hacerle lo mismo.

De la relación personal entre ambos, había pasado de ser un amigo con el que tomaba cervezas y reía de banalidades desde hacía años, a la persona que parecía esforzarse a diario, a la menor oportunidad, en hacerle sentir mal, en hundirle más y más. Por su culpa el cambio de su día a día había sido brutal.

En cuanto a su vida sentimental, Javier vivía muy bien con Silvia, su esposa, en la estupenda casa de campo junto al mar que había heredado de sus padres. La casa conservaba un aire antiguo y señorial, y aunque era evidente que le hacía falta una reforma que siempre se aplazaba, seguía siendo fascinante. Entre ellos existía una buena comunicación, aunque a decir verdad, apenas discutían porque más que llegar a un acuerdo absoluto en todo, se producía una cesión constante a lo que cada cual proponía. Ella se adaptaba a él más que al contrario. Podía decir con claridad que ella le gustaba muchísimo pero en aquellos momentos no estaba en condiciones de afirmar que seguía enamorado de ella o que la amaba profundamente. Tampoco por parte de ella se apreciaba una gran pasión. El cabello rubio de Silvia sobrepasaba ligeramente sus hombros, y sus claros ojos azules la destacaban como una bella mujer. El hecho era que la cotidianeidad y la rutina les había acabado dominando, y esa cierta monotonía, que no parecía importar a ninguno de los dos les envolvía.

Daban largos paseos por la zona de los acantilados en la encantadora población de Los Gigantes, al que daba acceso directo la calle Pardela, cerca de donde rompían las olas con su vaivén antiguo y siempre nuevo. Respiraban juntos la intensa brisa marina que llegaba hasta sus pulmones acompañado del característico sonido chillón de las gaviotas graznando al fondo. Mirar en silencio hacia el fondo de ese horizonte azul, que en ocasiones se confundía con los límites del cielo, era un ejercicio que les permitía percibir la paz que allí sentían, y una forma evasiva de comunicación para no hablar de cosas demasiado profundas. En ocasiones él contaba cosas de su trabajo y ella opinaba y trataba de buscar soluciones a los pequeños conflictos que surgían aunque lo que le contaba no era más que trivialidades o ínsulas sucedidas. Siempre fue de los que preferían llevar la procesión por dentro, como suele decirse. Y así su vida sentimental era completamente estable, y en cuanto a la laboral, no había resultado lo que cabía esperar.

Todo se había trastocado. En principio Javier, que tenía un puesto importante en su empresa, estaba seguro de que pronto sería ascendido a presidente. Mario, que en ese momento era el jefe, estaba a punto de jubilarse y Javier era su ojo derecho; el trabajador con más experiencia y de mayores éxitos cosechados para la empresa en los últimos años. Apenas tenía competencia para el cargo, a excepción de Álvaro, el compañero que compartía el mismo puesto que él y que era muy agresivo en sus maneras y

extremadamente ambicioso. Sin embargo, siempre había pensado que al ser amigos y evidentes sus propios méritos, no debía haber dudas al respecto.

No podía estar más lejos de la realidad. Sin apenas darse cuenta, sin percibir ningún cambio claro ni evidente, pasó de ser uno de sus mejores amigos a convertirse en el adversario a batir. Fue notando pequeñas variaciones en su forma de hablarle, en su manera de oponerse a sus ideas y en sus bromas malintencionadas. Pero dentro de su seguridad y de la comodidad en la que iba siendo llevado por la vida, no se percató prácticamente de nada. Seguía acudiendo a su puesto de trabajo, haciéndolo siempre lo mejor que le permitían sus posibilidades, rindiendo al máximo y pensando que pronto sería el máximo responsable de la empresa, que la vida le sonreía.

Por su parte, Álvaro había experimentado un ascenso meteórico. Hombre joven que aspiraba a lo más alto, desde que comenzó a trabajar allí siempre había mostrado un gran interés por progresar rápido y causar una inmejorable impresión. Su aspecto era impecable con su ropa cara, perfectamente planchada, sus formas atléticas reflejo del deportista que siempre había sido, y su mirada directa y cordial enmarcada por un fondo oscuro difícil de percibir si no se le conocía en profundidad.

Para Javier también era importante la estabilidad sentimental que tenía con Silvia, la cual, aunque distaba de ser idílica, le permitía compartir con ella sus días bien acompañado en la intimidad de su hogar. Su sonrisa brillante y la forma tierna con la que lo miraba aportaban una gran paz interior y mantenían la estabilidad de su espíritu. Se sentía muy bien y vivía sin ningún tipo de defensa ante el mundo. No creía que le hiciera falta. Pero la realidad iba moviendo hilos que él no acababa de ver...

En su plan de acoso y derribo, Álvaro estaba en todo momento, a modo de sigiloso y peligroso reptil, trabando sus posibilidades, sus aspiraciones. Por lo que Javier pudo saber posteriormente, como parte de su enrevesado plan, un día se había encontrado con Silvia en el centro de forma supuestamente casual, y la había invitado a tomar café, cosa poco no demasiado extraña por su amistad con Javier. Con su atractivo físico y sus formas embaucadoras fue dándole la sal que entre Javier y ella faltaba. Nada demasiado atrevido ni evidente en un principio: los cafés empezaron a ser consensuados, frecuentes y a escondidas, y las risas juntos también. Esto acabaría llevando a miradas

sostenidas, a leves contactos nada inocentes y a irse alejando cada vez más de Javier. Él, en la inconsciencia de ese momento pensó que se trataba de una mala racha, un período donde debía darle algo de espacio porque parecía necesitarlo, un tiempo para no agobiarla. Actitud que ella agradeció muchísimo. Lógico, le venía bien respecto a lo que estaba empezando a fraguar a sus espaldas con Álvaro. Cuando llegó a percatarse de la situación ya era demasiado tarde. Ella se había alejado demasiado y de forma aún más soterrada, su ascenso se había ido a pique a manos de Álvaro.

En fin, había dedicado en los últimos meses toda su capacidad intelectual y las horas que le permitía la vigilia en investigar a Álvaro para, más pronto que tarde, conseguir destapar al sinvergüenza que era en realidad.

Por otro lado, había vuelto a ver a Laura, una compañera de la adolescencia con la que muchos años atrás tuvo algo más que amistad, la chica a la que besó por primera vez con la emoción verdadera que esto implica y que en la actualidad era una competente agente de la ley.

## *Capítulo II*

A las ocho en punto de la mañana llegaba Samuel, el teniente de policía con su aire cansino pero decidido. Su aspecto intimidaba desde un principio. Tipo de mirada directa, alto, corpulento y fuerte a pesar de su edad. Lo que más llamaba la atención de su rostro era su bigote anacrónico que recordaba tiempos antiguos y sus ojeras marcadas. Saludó al policía que controlaba las entradas y salidas y se dirigió a su despacho. Dejó su gabardina gris en el perchero. En ese momento los agentes estaban alrededor de la máquina de café contando anécdotas del día anterior, a excepción del cabo primero Alberto, joven muy trabajador y serio que ya estaba frente a su ordenador ocupado muy concentrado.

—Buenos días, señor —saludó Alberto correcto como siempre.

—Buenas, Alberto. Espero que no vayas a pedirme que te pague horas extra, eso iría contra las normas —bromeó el teniente sin apenas cambiar su expresión.

—No señor, aunque a decir verdad, mi mujer alguna vez ya me ha dicho que debería hacerlo, que me las debe —respondió con locuacidad y ambos rieron.

A las ocho y media empezaría a llegar el personal. El panel de la pared del fondo de su despacho estaba cubierto con fotos, mapas marcados e informaciones de tres casos en los que estaban trabajando en ese momento. El teniente se dejó caer en su mesa de despacho. Siguió repasando en profundidad los dossiers de las investigaciones.

Aunque de carácter poco metódico, su intuición le había ayudado a

resolver muchos casos. Era capaz de distinguir en un alto porcentaje de las veces cuándo alguien le estaba mintiendo u ocultado parte la verdad. Y en los interrogatorios era increíble su forma de olfatear, la manera con que iba encontrando pequeñas grietas y contradicciones en las declaraciones de los sospechosos.

Aún recordaba un caso reciente en el que tuvo que desenmascarar al hombre aquel que fue a comisaría para denunciar que le habían robado la cartera en plena calle, en la zona comercial, sustrayéndosela del bolsillo trasero del pantalón. Él aseguraba que sintió cómo alguien le había trasteado por el pantalón y al volverse vio a un individuo corriendo calle abajo, ya fuera de su alcance. El teniente se dio cuenta rápidamente que detrás de aquello había una clara intención de cobrar algo de dinero del seguro. Apenas dio credibilidad a la declaración del joven por la simpleza e inseguridad con la que relataba lo sucedido y por algunas vacilaciones apenas perceptibles, aparte de vislumbrar claramente su intención de mentir a las preguntas que Samuel le había ido haciendo. En esos momentos el sujeto abandonaba la postura cómoda que mantenía para cruzar los brazos, en un signo claro de incomodidad o dificultad. Tras muchos años de experiencia este tipo de lenguaje no verbal lo leía como un libro abierto. Lo primero que hizo fue mandar a un par de agentes a la zona con la orden de inspeccionar las tiendas de alrededor por si alguien sabía algo. Finalmente, encontraron la cartera en una de las tiendas en las que resultó evidente que el denunciante la había extraviado, o más bien, puesto a propósito. Tras esto, fue Samuel quien se encargó personalmente de hacer un informe para el seguro. explicándoles que este individuo había efectuado una denuncia falsa. Desde luego no estaba dispuesto a que gente así se saliera con la suya. Casos como éste, más frecuentes de lo que podría pensarse en un momento dado en los que normalmente había un cobro de seguro de por medio, los resolvía con una asombrosa facilidad desenmascarando innumerables e increíbles farsas estudiadas.

Por ello era muy eficaz en su trabajo y atesoraba, aparte de un brillante expediente, el respeto de las altas esferas, tanto políticas como judiciales, y multitud de contactos. Podría decirse que era un hombre de éxito profesional, lo cual, sin embargo, no se veía reflejado en absoluto en su vida personal.

Su primera mujer se llamaba Alba. Una chica a la que había conocido en la universidad y de la que se enamoró rápidamente. Su risa alegre y continua

era como un arroyo de agua fresca para sus oídos que junto a los hoyuelos de su cara de niña lo atraieron fuertemente desde un principio. Tras unos años de noviazgo durante los cuales todo fue perfecto, él le pidió matrimonio y ella aceptó sin dudarle. Lo mejor de todo fue que nunca se llegaron a acomodar en su relación y siempre intentaron hacer cosas diferentes, buscar momentos especiales como cuando eran novios.

Alba era una mujer despierta, amante de la naturaleza y soñadora empedernida. Él, con los pies más en el suelo, se dejaba llevar por sus sueños y utopías y ese aire fresco llegó a ser algo imprescindible en su dura vida diaria de robos, crímenes y estafadores. Y todo fue genial, hasta que ella se percató de una pequeña mancha en el hombro derecho, y poco después, por la espalda y piernas a las que hacía algún tiempo quitaba importancia. En cuanto Samuel se dio cuenta, insistió en ir inmediatamente al hospital. Tras auscultarla y hacerle varios análisis, el doctor habló aparte con Samuel y le comunicó que su mujer padecía cáncer y que este había tardado mucho en mostrarse. Con esta aseveración lo que quedó evidente fue que ya era demasiado tarde para ella y que le aguardaba un duro periodo de sufrimiento e impotencia.

Sufrió esta horrible enfermedad agónicos meses y él siempre estuvo a su lado en todas aquellas largas horas en las que el dolor se había convertido en algo siempre presente, en una sombra contra la que no podía hacerse nada. Ella siempre estaba ansiosa de que llegara del trabajo y se sentase a su lado a leerle un libro. Las historias de los libros hacían que se olvidara por unos minutos de su angustia, de su pronta partida. Miraba a Samuel mientras le leía con una graciosa entonación y expresión exagerada un libro que ella había escogido, y así, con una media sonrisa, se quedaba tranquila, cómoda y a gusto.

Una fría tarde de invierno, tras un duro día de trabajo, al llegar a casa, ella ya no le esperaba. Un poso de culpabilidad había quedado en su interior porque no la acompañó todo lo que él hubiera querido. El trabajo y las obligaciones le reservaron un plato amargo: ella murió sola. A partir de entonces, cada cierto tiempo visitaba su lápida, y entonces se le marcaba en el rostro una mueca de dolor indescriptible. El mundo se le cayó encima y su corazón se cerró. Fue cuando se refugió en un mal aliado, el alcohol, el que

sólo logró dejar muchos meses después a base de muchos esfuerzos, no sin antes, tener varias penosas recaídas.

Esto fue así hasta que, años más tarde conoció a Miriam, jueza del distrito, mujer que supo comprenderle y compartir con él todos sus desasosiegos y preocupaciones. Sin apartar nunca de su mente a Alba, en Miriam encontró a su alma gemela, la persona que le hacía sentir absolutamente completo y la que le ayudaba a ser más fuerte y más humano dejando de lado su rudeza natural. Con ella tuvo, con nueva y desconocida ilusión, una hija: Blanca. Una preciosa niña que pronto mostraría su fuerte carácter; hija de su padre. De pequeña siempre estuvo envuelta en grandes atenciones por su parte, pero conforme fue pasando el tiempo, sin apenas darse cuenta, se fue alejando de Blanca, viéndose incapaz de afrontar la dificultad que en ella causaba la rebelde adolescencia. Se vio superado y esa incapacidad creó una distancia sorda e invisible entre ambos.

Blanca no llevó nada bien la falta de afectividad y empatía de su padre, ni su vida peligrosa e inestable, así como tampoco la sobreprotección de su madre, Miriam, que estaba siempre encima de ella, y a la que Blanca adoraba pero sin nunca mostrarle cariño más que cuando necesitaba algo. Se volvió fría y distante. Él la quería, pero su natural incapacidad de exteriorizar sus sentimientos no ayudó para evitar que ella estuviese cada vez más lejos de él y con más secretos y medias verdades.

Miriam fue asesinada por uno de los criminales a los que él había encerrado. Durante el tiempo que el delincuente había pasado en prisión, se había obsesionado con vengarse del teniente, con hacerle el mayor daño posible. Gracias a contactos externos de amigos suyos había conseguido su dirección y los horarios en los que Samuel no solía estar en casa. Y así lo hizo. Una noche de octubre, estando él de guardia, el asesino forzó la puerta y entró. A ella no le dio tiempo más que a incorporarse en la cama y lanzar un grito de horror cuando recibió dos disparos: uno en el pecho y el segundo en la cabeza. El encontrarla con los ojos abiertos en un charco de sangre sobre su cama fue una terrible imagen que nunca olvidaría, y la gota que colmó el vaso en el camino de su mal disimulada depresión.

Tras esto, su hija se volvió más agresiva y esquiva, si cabía. De alguna extraña manera le echaba la culpa de todas las desgracias de su vida, y en cuanto pudo, se fue de su casa con un novio mayor que ella que trabajaba lejos

de allí y al que había conocido recientemente. Él no opuso resistencia en esto; pensó que debía respetar su decisión, además, no se sentía preparado para luchar contra sus caprichos, o mejor dicho, no se veía capaz de hacer frente a las profundidades dolorosas de su alma rota, confundida y llena de preguntas sin responder.

Por todo ello, se había convertido en un hombre huraño y solitario encerrado en su trabajo como tabla de salvación, vengándose de alguna manera de su mala suerte con todos aquellos a los que investigaba, perseguía y encarcelaba. Ya, sin nada que perder, era el único objetivo de su vida, constante e incisivo como un perro de caza tras su presa. Era raro verlo de uniforme, digamos que era una manera de pasar más inadvertido y ser más eficaz. Las únicas veces que se le veía con él era cuando tenía que reunirse con sus superiores.

## *Capítulo III*

Tras ducharse, Javier se vistió impecablemente para ir a trabajar, como siempre, sin ninguna prisa y al detalle. Eran las siete y veinte de la mañana y el sol comenzaba a llenar de luz toda aquella bella naturaleza marina. Sacó con cuidado su elegante e impecable BMW deportivo del garaje. Como siempre, su cabeza ya estaba trabajando al cien por cien en el desarrollo del día que le esperaba. La cegadora luz del sol penetraba por el parabrisas. Con un gesto mecánico se colocó las gafas de sol, encendió su radio cd usb y puso la canción *Highway to hell*, de AC/DC, porque era un tema que le gustaba desde siempre, como estimulante anímico y revulsivo para empezar un nuevo día con fuerzas.

Le separaban del trabajo los cincuenta y siete kilómetros entre Los Gigantes y Santa Cruz de Tenerife. Constituía aproximadamente una hora de viaje, pero le merecía la pena, llegar a su casa era desconectar de todo: la paz. De todas formas, por la fuerza de la costumbre, ya estaba perfectamente acostumbrado a la hora de camino, era algo más de su cotidianeidad. Muchas veces llegaba casi sin darse cuenta, en modo automático.

Llegó a las ocho y media en punto. Tenía papeleo para distraerse durante unas cuantas semanas. De eso siempre se encargaba el bueno de Álvaro quien, desde que ascendió, le enterraba en cuestiones administrativas más que a cualquier otro trabajador de la agencia. Suponía que era otra de sus pequeñas satisfacciones con él. Al dirigirse a su lugar de trabajo, pasando lateralmente por el despacho de su jefe, pudo ver, a través de los cristales, una nota sobre la mesa de éste. Poco a poco iban llegando los compañeros. Al igual que Javier, y tras saludarse, fueron ocupando sus puestos. Conocían que la cordialidad de su jefe chocaba con la dureza de sus acciones, y nadie quería tener problemas con él. El último que tuvo un pequeño enfrentamiento con

Álvaro había sido recientemente despedido por incompetente. Con él no había que jugársela.

Sobre las nueve llegó Marta, la secretaria de Álvaro, una mujer que, a pesar de su edad, conservaba la frescura y viveza de años atrás con su cabello blanco, sus gafas elegantes y su acostumbrado buen humor. Llevaba varias cartas al despacho de Álvaro. Antes de abrir la puerta, Javier pudo ver que ella se percató del papel escrito sobre la mesa de su jefe. Seguramente pensó que el día anterior habría dejado algún encargo. Normalmente ella llegaba media hora antes que él. Se dirigió con curiosidad a la mesa. Dejó caer los documentos que traía y cogió el folio. Javier la observaba con curiosidad, detenidamente, como si el tiempo hubiese cambiado su curso normal y se hubiese ralentizado. Su expresión, mientras leía, era de asombro; estaba visiblemente atónita. Acabó sentándose. Parecía haberse quedado sin fuerzas. Terminó de leer. Había reconocido sin lugar a dudas que era la letra de su jefe. Lo primero que hizo fue intentar localizarlo llamándolo a su teléfono personal, pero los varios intentos fueron en vano. Con la carta aún en la mano, visiblemente alterada, se levantó como azuzada por la responsabilidad y la sorpresa de la situación, y llamó a Javier con gestos mal disimulados de urgencia. Se acercó.

—Pasa, Javier, es algo muy importante, muy extraño.

Entraron al despacho y sin decir palabra, mirándole con los ojos abiertos como platos, le pasó en un gesto rápido y torpe la carta. Javier se puso a leerla con verdaderos gestos de incredulidad. Ella, sin parpadear, seguía cada expresión suya, cada línea que terminaba.

—Pero, ¿esto qué es? ¿Se trata de una broma de mal gusto?

Javier, que era la persona que mejor conocía a Álvaro, dijo a Marta que llamara a su tío Gerardo, único familiar cercano conocido, por si éste sabía algo. Ella apuntó el número que Javier le dio. Gerardo era propietario de una constructora de éxito y siempre estaba muy ocupado. Javier lo había conocido hacía ya un tiempo, cuando su relación con Álvaro era amistosa y salían en ocasiones a tomar cervezas tras el trabajo. Aquellos días, su tío Gerardo se apuntó y pasaron un buen rato juntos, incluso se dieron los teléfonos para repetir en cualquier momento. Fue la única vez que lo vio.

—¿Diga?

—Buenos días, ¿Gerardo?

—Sí, soy yo, ¿quién es usted?

—Soy Marta, secretaria de su sobrino Álvaro. Le llamo porque ha dejado en su mesa de despacho una carta muy extraña. Explica que quiere empezar una nueva vida partiendo de cero, lo cual supone una renuncia irrevocable y totalmente inesperada a su trabajo como director de esta empresa. ¿Sabe usted algo?

—Pues no sé qué decirle. En primer lugar, tenemos muy poco contacto, y por otro lado, me extraña mucho que él haga algo así, no me cuadra con su forma de ser. En todo caso, no podría asegurarle si la carta es falsa o verdadera. Lo que sí puedo hacer es preguntar al resto de la familia por si alguien sabe algo.

Como Marta había conectado el altavoz, los dos escuchaban a Gerardo. Ella terminó respondiéndole:

—Vale, hágalo, por favor, gracias de todos modos.

—No se preocupe, así lo haré. Adiós.

—Adiós.

Marta miró fijamente a Javier sabiendo que Álvaro había tenido una corta pero intensa relación sentimental con su ex mujer hacía unos meses, y no podía descartarse que pudiera haber vuelto con ella. Él percibió esta idea claramente en su mirada y, antes que ella propusiera cualquier cosa inapropiada o molesta, se adelantó.

—Si te parece, voy a llamar a Silvia por si ella sabe algo.

Casi sin que le diera tiempo a terminar la frase, ella asintió. Marcó su número y tras dos tonos sonó su voz:

—Sí, ¿dígame?

—Hola, Silvia, soy yo, Javier —hizo una breve pausa calculada—. Te llamo porque tenemos en la oficina una situación excepcional. Álvaro ha dejado una carta de dimisión en su despacho diciendo que se va para empezar una vida nueva en otra parte. ¿Tú sabes algo de esto?

—No, no, para nada. ¡Qué cosa tan extraña!, ¿no? ¿Renunciar a su trabajo y a su vida? Parece impropio. Hace ya tiempo que no sé nada de él. Alguna vez nos hemos encontrado de pasada; pero aparte de unas breves palabras o un escueto saludo, poco más.

—Entiendo.

Notaba en el tono de Silvia un reflejo de cercanía y arrepentimiento del que se percataba con claridad pero que ya carecía de importancia.

—Bueno, Silvia, pues entonces esperaremos un poco a ver si todo esto se aclara. En estos casos hay que dejar un margen.

—Todo esto me deja de piedra —dijo Silvia.

—Así estoy yo también. Ya te diré algo si hay alguna novedad. Adiós —y colgó el aparato con sequedad y sin apenas darle tiempo a despedirse.

Supo que había llegado el momento de tomar las riendas de la situación. Debía citar a la junta directiva en una reunión de urgencia.

## *Capítulo IV*

La junta directiva de la empresa estaba compuesta por el presidente, Álvaro, el vicepresidente, Javier, la contable, Araceli y el secretario, Rafael. Así mismo formaban parte de ésta el nuevo accionista de la empresa que se había hecho con el cuarenta por ciento de la misma —que hacía un tiempo había salido a bolsa—, y por supuesto, el accionista mayoritario, el dueño de todo. Fue por estos últimos que la reunión de urgencia no tuvo lugar por la tarde, y tuvo que aplazarse a la mañana siguiente. Salvo por Álvaro, que mantenía cierta distancia con ellos, había un ambiente casi familiar por los años que hacía que trabajaban juntos y la buena amistad que compartían.

Javier, de inmediato llamó personalmente a todos y les convocó con carácter de urgencia para el día siguiente a las nueve de la mañana. Sin explicarles nada por teléfono, les hizo saber que se trataba de algo muy importante que podía cambiar el curso de la agencia.

Al día siguiente, el primero en llegar fue Rafael, que le saludó cariñosamente como era habitual en él. Siempre con una vestimenta correcta, aunque no tan formal como Javier o Álvaro, llegó con su camisa de rayas blancas y rojas y su pantalón vaquero azul.

—¿Qué ocurre, Javier? —le preguntó, preocupado.

—Siéntate un momento, Araceli estará al llegar. Ahora os comento —dijo Javier con tono de circunstancia y midiendo los tiempos.

—Hola chicos, ¿qué tal? —saludó Araceli poco después con su frescura acostumbrada —¡Qué serios os veo!

—Buenos días, Araceli. En fin, os cuento: ayer encontramos sobre la mesa de despacho de Álvaro una carta en la que renunciaba a su trabajo y en la que decía que iba a desaparecer porque estaba asqueado de su vida y necesitaba

cambiar de aires para siempre —empezó a explicar, mientras sus dos compañeros le escuchaban muy atentamente y con expresión de gran sorpresa e incredulidad. —Como es lógico, Marta que ya comprobó la imposibilidad de localizar a Álvaro, llamó rápidamente a Gerardo, su tío, único familiar del que tenemos referencia, y él no sabía nada tampoco. Nos dijo que iba a comentarlo con el resto de la familia y que si se enteraba de algo nos lo haría saber.

—¿Y se ha ido así, de pronto, sin mediar palabra? —preguntó Araceli, muy seria.

—A mí no me cuadra, debe haber algo más detrás, no parece racional, y él siempre lo es —añadió Rafael con su natural sentido común.

—Pues, en efecto, sí que hay una razón para que lo haya hecho —aseveró Javier con tono interesante a modo de detective de película de los años ochenta. Miraba a sus compañeros desde el borde de la mesa sobre la que estaba sentado para situarse en un plano superior a ellos. —Desde que ascendió al puesto de Presidente, del cual como bien sabéis era yo merecedor, no me pareció trigo limpio y siento decirlo así. Sabía que su afán de protagonismo, de llegar lo antes posible a lo más alto llevaría aparejada una avaricia desmedida y así ha sido. Desde hace meses ando controlando las entradas y salidas del dinero de la empresa, los movimientos en general, y he descubierto que nos estaba estafando desde poco después de ocupar su cargo como presidente.

Araceli, Rafael y los accionistas lo miraban atónitos sin pronunciar palabra, impactados por la inaudita revelación que estaban sabiendo a través de Javier, con cierto grado de extrañeza. Para que no quedara el más mínimo resquicio de duda, les dio un dossier que había preparado para ellos, en el cual detallaba con total exactitud las sumas que habían desaparecido y las fechas en que esto había ocurrido. Se apreciaba perfectamente que era un trabajo hecho con celo y al que Javier había dedicado muchas horas de su tiempo. Los rostros de sus compañeros ahora eran diferentes; mientras hojeaban los papeles, empezaron a comprender que era completamente cierto lo que les decía Javier. Repasaban los datos en el más absoluto silencio, cruzaban las fechas y trataban de hacer memoria respecto a lo que allí constaba.

—Siento ser yo el que tenga que destapar todo esto, pero Álvaro nos estaba robando desde hacía unos meses. Es por lo que no terminábamos de despegar y seguíamos lastrados desde principios de año.

El propietario de la empresa, poseedor del sesenta por ciento de la misma, montó en cólera y dando un golpe sobre la mesa gritó:

—¡Esto es indignante! Esto no va a quedar así. Voy a mover cielo y tierra hasta que ese canalla pague por lo que ha hecho.

Araceli, con la cara blanca y los ojos brillantes, dijo:

—Javier, has hecho lo que debías y te estamos muy agradecidos. Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó, sintiéndose parte responsable por no haberse dado cuenta ella.

—Nos toca a nosotros mover ficha: hay que denunciarlo —expresó directamente Rafael, siguiendo a la perfección el hilo de lo que Javier tenía en mente. —No sé qué opináis vosotros, pero yo lo veo así.

—Rafael, no puedo estar más de acuerdo contigo. Pienso que primero hay que poner una denuncia en la policía y después otra en el juzgado de lo social. Y tiene que ser algo inmediato. Yo te iba a pedir, ya que eres el secretario de la empresa, que lo hicierais tú y Araceli, como tesorera. Y lo suyo sería esta misma mañana, ya que cuanto antes comiencen su búsqueda y captura, si es que se ha fugado como todo parece indicar, antes solucionaremos este problema. Debe devolver lo robado o pagar las consecuencias —sentenció Javier con autoridad, con ese tono y formas de quien acaba de tomar las riendas por completo y se ha auto impuesto el rol de juez acusador.

## *Capítulo V*

El teniente Samuel se sirvió el segundo café. Con el ceño fruncido y sus pequeñas gafas de cerca, siguió inspeccionando los dossiers cuando llamaron a su puerta. Era el cabo primero Alberto. Le comunicó que querían hablar con él.

—Hágales pasar.

—Buenos días —saludó cortésmente Rafael y Araceli tras él.

—Ustedes dirán —les dijo el teniente con su formalidad acostumbrada.

Araceli tomó la palabra, ya que la responsabilidad recaía en cierta manera sobre sus hombros.

—Queríamos hablar personalmente con usted porque nuestro actual jefe, Álvaro, ha dejado esta carta en su mesa de despacho —dijo, acercando el papel a Samuel—, en la que explica que se va para siempre. La cuestión es que, ante nuestra sorpresa, a esto se añade una aún mayor, ya que Javier, el vicepresidente, nos ha reunido en sesión extraordinaria para explicarnos que Álvaro estaba robando a la empresa, y es por eso y no por otra cosa por lo que parece haberse ido.

—Entiendo —dijo el teniente poniendo toda su atención en las palabras de ella. —Y esa acusación del vicepresidente, ¿en qué se basa?

—Pues se basa en este dossier que nos ha dado a cada uno. Parece ser que hace tiempo andaba investigándolo porque no se fiaba de él ni un pelo.

—Muy bien, esto debo verlo con más tranquilidad; pero por ahora, salgan y detallen su denuncia a Alberto, el cabo primero, para que se curse. Además, deberían ir al juzgado a demandarlo también allí por esta cuestión. En

principio, es todo lo que puede hacerse.

—Muchas gracias, es lo que vamos a hacer ahora mismo —respondió Rafael muy serio y salieron hacia la mesa donde les esperaba Alberto. Le explicaron todo de nuevo mientras el otro tomaba las notas pertinentes redactando el informe. Al terminar, se fueron directamente al juzgado.

Al rato, tras estudiar los papeles que le habían dejado, el teniente Samuel llamó a Alberto.

—Quiero que llames al vicepresidente, a ese tal Javier, para que venga y le tomemos declaración.

Buscó el número de Javier y lo llamó inmediatamente. El teléfono fue descolgado pronto, señal de que estaban esperando la llamada al otro lado. Alberto pidió a Javier que se personase en comisaría a la mayor brevedad. Media hora después, allí estaba, frente a la puerta del teniente Samuel.

—Pase, pase —dijo el teniente al escuchar que llamaban a la puerta. —Siéntese. Por lo que puedo ver en estos papeles ha estado usted muy ocupado últimamente investigando a su jefe.

—Así es. Lo que usted tiene en sus manos es un trabajo de meses, y si se está preguntando por qué no he actuado antes es porque no quería arriesgarme a equivocarme o apresurarme.

—Pero aquí constan fraudes de hace varios meses de los cuales usted ya debería haber informado.

—Lo sé, y no le falta a usted razón, pero como la justicia es tan lenta y las pruebas muchas veces se desestiman en los juicios por falta de solidez, perseveraré investigándole a fondo antes de mover un dedo. Sé que debí informar antes, pero no contaba con la contundencia de las pruebas de que ahora dispongo, y sin ellas, hubiera sido imposible demostrar nada.

—Entiendo. ¿Y cómo puede usted explicar estar en posesión de tantos datos personales de Álvaro, imposibles de saber si no es usurpando su identidad? —preguntó inquisitivamente a Javier, esperando con gran interés y curiosidad su respuesta.

—Pues bien, es lógico que me lo pregunte. Todo empezó un día en que estaban reparando el ordenador de Álvaro, averiado por un problema en el disco duro y me pidió utilizar el mío. Como tenía que salir, y yo ya había

terminado mi trabajo, se lo dejé y se conectó a su cuenta electrónica. Estuvo toda la mañana allí hasta que yo llegué a última hora de la mañana a recoger unos papeles. Álvaro, que parecía tener prisa, me dijo que ya había terminado. Como yo no tenía que utilizar el ordenador para nada, me dispuse a apagarlo, pero antes de hacerlo, me percaté que se había dejado la sesión abierta en su cuenta del banco. Por curiosidad insana, lo reconozco, eché un vistazo y fue entonces cuando vi que constaban entradas de dinero regularmente y, si no recordaba mal, parecían cuadrar con fechas en que se habían firmado contratos nuevos. Aparte de esto, y comoquiera que sospechaba de él por su actitud esquiva y poco clara, me metí en las utilidades de su cuenta, tecnicismo que no era fácil encontrar en el software del banco, y marqué la opción para que me llegara un extracto mensual de los movimientos a mi email, consciente de su desidia con la informática y que no se daría cuenta en absoluto de este cambio. A partir de ahí, me fueron llegando mensualmente todos sus movimientos, los cuales, en efecto, cuadraban con exactitud con los nuevos negocios que íbamos formalizando. Esto, junto a los contratos que él nos pasaba a los demás, ya adaptados sin la cantidad que él se había agenciado, y comparados con los originales, de los que yo conseguí copias de las empresas con las que trabajamos, son las pruebas que tiene usted entre sus manos.

—Sabe usted que cometió una ilegalidad, ¿verdad?

—Sí, soy consciente de ello, pero prefiero sufrir las consecuencias de esta pequeña ilegalidad a consentir que Álvaro acabe arruinando a la empresa enriqueciéndose vilmente. Además, y no sé si esto servirá como atenuante o agravante, pero si usted se pone en mi lugar, y sabiendo la aventura que habían tenido él y mi ya, ex mujer, comprenderá que estuve bastante tiempo obsesionado con saber más al respecto y si seguía también habiendo algo entre ellos. Por ello, también entré en su correo electrónico e indagué.

—Bueno, todo lo que usted acaba de contarme, junto con la documentación, lo voy a añadir al expediente que ha confeccionado el cabo primero Alberto para empezar la investigación. Ya puede usted irse. Seguiremos en contacto.

—Cuando usted vea oportuno —respondió Javier. Ya se levantaba para irse, cuando Samuel le hizo una última pregunta.

—¿Sabe usted por qué, aún siendo cierto todo lo que apuntan los informes, Álvaro puede haberse ido tan repentinamente? —inquirió Samuel, cayendo en

la cuenta.

—Puedo hacerme una idea, sí. Antes de ayer, por la noche le mandé un mensaje al móvil amenazándolo con denunciarle, que no se iba a salir con la suya.

—Buen detonante, sí señor, buen detonante —respondió el teniente afirmando pensativamente con la cabeza. —Está claro que su teléfono móvil será un elemento importante para analizar.

Javier se encaminó hacia la puerta de salida por el estrecho pasillo de la comisaría satisfecho por la claridad de su declaración. Al salir, tropezó con la agente Laura, a la que se quedó mirando tras pedirle perdón. Ella hizo lo mismo. Hubieron varios segundos de pausa, y al poco siguió cada cual su camino. Estaba claro que se conocían, y mucho, pero ninguno de los dos cayó en ese momento. Javier volvió a la agencia de publicidad a seguir trabajando.

El teniente Samuel había pensado en Laura para que llevara con él la investigación como agente principal, con el apoyo activo del cabo primero Alberto. Hacía seis meses que ella se había incorporado al servicio y tenía una hoja de servicios intachable y con excelentes calificaciones. La valoración que Samuel tenía respecto a ella era muy alta, ya que había resultado muy útil en muchos de los últimos casos que se habían resuelto. Al ser más eficaz e implicada que sus compañeros, había acabado depositando en ella una gran confianza. También sabía que entre sus agentes había algunos cuya honorabilidad era, al menos dudosa, cosa que con ella y con Alberto no ocurría.

## *Capítulo VI*

Javier llegó a la oficina y se puso a pensar en la declaración que acababa de hacer. Había sido un estupendo recurso utilizar que Álvaro se hubiera conectado a su ordenador dejándose la sesión abierta. Lo cierto es que no había sido así; más bien, un día, antes de que nadie entrara, instaló en el ordenador de Álvaro un “keylogger”, un software hacker que memorizaba cada tecla que se pulsaba en ese ordenador y pasaba la información a un email predeterminado, imposible de detectar; en este caso, como es natural, el del propio Javier. De este modo, se conseguían todas las claves y se tenía acceso absolutamente a todo. Pero esta realidad hubiese quedado bastante peor que la inocente tesis de una sesión abierta en su ordenador de la cuenta del jefe. Una vez con todas las claves en su poder, Javier había ido obteniendo todos los datos necesarios para tenerlo bien pillado. Muchas horas fueron las que pasó bajo el flexo de su casa, comparando contratos reales y apañados, verificando entradas de dinero y otras trucadas, etc. Había llegado el momento de desenmascararlo y eso era precisamente lo que estaba haciendo.

La policía había intentado rastrear el móvil de Álvaro, pero aparecía desconectado. El último lugar adonde llevaba el rastreador de la central era a su propia oficina. Al poco, la agente Laura y el cabo primero Alberto se personaron en la agencia en busca del móvil. Con la ayuda de José, el conserje, llegaron al despacho de Álvaro y tras buscar durante un buen rato, se dieron cuenta de que estaba tirado en su papelera, con la batería quitada, seguramente con la intención de que no pudieran rastrearle y dar con su paradero. Lo llevaron a comisaría para analizarlo. Una vez allí, lo encendieron y comprobaron cómo, efectivamente, constaba un mensaje de hacía ya dos días en que Javier le decía que lo iba a descubrir, que iba a denunciar todas sus estafas. El móvil pasó a disposición de los agentes encargados del material informático para seguir analizándolo. Todo cuadraba a la perfección para la policía. La situación parecía indicar con toda claridad que había huido. Ya lo que quedaba por hacer era ir a su casa para efectuar un registro y congelar sus cuentas bancarias bajo mandato judicial.

A la mañana siguiente, fueron a su domicilio y tras llamar varias veces sin obtener respuesta, forzaron la cerradura y entraron. Para su sorpresa, todo estaba como si Álvaro se hubiera evaporado, como si fuese a volver a la casa en cualquier momento. La ropa perfectamente guardada en los armarios; la nevera con quesos, latas de aceitunas y más alimentos sin abrir, recién adquiridos; fruta que parecía haber sido comprada hacía poco y correo a medio abrir encima de la mesa de la sala de estar. Samuel, Laura y Alberto, tras revisar el piso entero llegaron a la fácil conclusión de que aquello desconcertaba, carecía de sentido. En absoluto parecía el piso de alguien que pensaba fugarse. ¿Sin ropa? ¿Comprando comida para varios días? No, allí algo no encajaba. En todo caso, y teniendo en cuenta que todo podría haberse precipitado tras la amenaza de Javier, Álvaro sabría que tendría unos días antes que todo se precipitara, por lo que una huída tan fulminante no encajaba. Aparte, ya hacía tres días de su desaparición y seguían sin saber nada de él. Nadie lo había visto, nadie sabía nada, ni conocido, ni amigo, ni compañero, ni familiar. Así que, sin pensárselo dos veces, y viendo que el caso tenía una complejidad mucho mayor de lo que parecía en un primer momento, la investigación acabó transformándose, de la inicial persecución de un estafador huido, a la búsqueda de un hombre del que nada se sabía.

## *Capítulo VII*

Ya Javier había llegado a casa tras la jornada de trabajo y escuchaba música relajadamente. Sonó el timbre y su sentido común le indicó que se trataba de la policía para hacerle preguntas. Era un día movido para ellos en busca de respuestas. Subió las escaleras del sótano y cerró la doble portezuela. Colocó la alfombra y se dirigió a la puerta. Volvieron a llamar al timbre. Se asomó descorriendo la cortina que cubría el cristal superior de la puerta de entrada. Vio que era una pareja de policías. Le asombró cómo estaban agilizando y trabajando la investigación, habían venido desde Santa Cruz hasta Los Gigantes. Venía el teniente de policía Samuel acompañado de una agente. Se notaba que era un caso al que habían dado prioridad y que iba a tener un fuerte impacto en los medios. Abrió la puerta.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles?

El teniente contestó:

—¿Podemos pasar?

—Por supuesto, adelante.

Se quedó mirando fijamente a la agente. Era con la que había tropezado en la comisaría. Resultaba de lo más interesante con su uniforme, pero no era eso lo que llamaba poderosamente su atención. En su cabeza volvió a repetirse una y otra vez la misma pregunta: ¿de qué la conozco? En su interior lo sabía, era alguien que de alguna manera había tenido gran relevancia en su vida.

—¿De qué se trata?

—En primer lugar, venimos a traerle esta notificación, para que mientras no se le comunique lo contrario, no salga de la ciudad. Aparte, el hilo de la investigación ha cambiado su rumbo por completo: no cuadra nada de lo que

pensamos en un principio ya que ni su piso presenta indicio alguno de que se haya ido a ninguna parte, ni su cuenta ha sufrido ninguna retirada masiva de dinero, lógica en el supuesto de la huida —dijo el teniente con aire cansado. —Además, ya llevamos tres días de búsqueda y no lo encontramos por ningún sitio. Usted dijo que la última vez que vio a Álvaro fue hace tres días en su despacho, ¿no es así?

—Exactamente.

—Es muy extraño, porque parece que desapareció justo después de salir de su oficina y nadie ha vuelto a verle —apuntó ella.

—No voy a decirles que fuera mi amigo, ni colega, ni nada por el estilo, muy al contrario, me había hecho la vida imposible en innumerables ocasiones, que es por lo que supongo que me están interrogando. Pero eso es una cosa y otra muy diferente sería hacerle daño de algún modo. Soy incapaz de eso —y bajó la mirada, apesadumbrado. Los agentes le miraron con cierta empatía, pero sin darle un gran crédito. —Lo que sí les rogaría es que si saben algo me lo comenten. En la oficina todos estamos muy preocupados y a la expectativa de cómo se desarrolla la investigación.

—No se preocupe, le tendremos informado —dijo ella. —Sobre todo hemos venido porque estamos barriendo la zona por si alguien le ha visto o hallamos algún indicio. En todo caso, no se vaya a ninguna parte, seguiremos hablando.

De repente se le encendió la bombilla. ¿Sería posible? La imaginó con trenzas rubias, escuálida y la visualizó perfectamente a pesar del paso de los años. ¡Era Laura! La pequeña de rudo carácter que se unió a él y a su amigo de la adolescencia Andrés, para sobrellevar la dureza e inseguridad de aquel tiempo. Se le abrieron los ojos y la observó un poco más, por ver si ella también caía. Y aunque notó que lo miraba con una curiosidad escrutadora, de lo contrario le hubiera preguntado molesta por qué la miraba con tanto descaro, también pudo percatarse de que no lo llegaba a reconocer.

El teniente concluyó su corta visita:

—Tome la tarjeta de comisaría y si se entera de algo llámenos sin demora. Cualquier dato será de suma importancia —dijo extendiendo el brazo con la pequeña tarjeta a Javier y mirándolo fijamente con sus pequeños ojos azules.

Samuel miró a Laura con su seriedad acostumbrada y le dijo que tenían

mucho trabajo. Y a Javier, que seguirían en contacto.

Se despidieron y se dirigieron hacia el coche. Mientras se alejaban la miró despacio; reconocía sus andares y pensó que hay cosas que nunca cambian. Los vio subirse al vehículo. Ella iba ocupada escribiendo algo que el teniente le estaba diciendo. Se oyó claramente el arranque del motor. Javier seguía en el porche. Justo antes de salir lo miró como en un último intento de situarle.

Javier se sentó en la mecedora de su porche. Se había quedado atrapado por el recuerdo de ella y todo indicaba que en ella también se había despertado una gran curiosidad. De repente, un abrazo de recuerdos ocupó su mente, una vuelta a aquella época compleja y esquiva de su personalidad adolescente en la que estuvo perdido por completo y se buscaba a sí mismo por caminos tortuosos y retorcidos. Fue un tiempo en que compartió muchas horas con ella y con Andrés, al que hacía muchos años que no veía. Ahora comprendía que en aquel momento le pareciera preciosa pero la oscura visión con la que percibía el mundo le cerraba el corazón a todo y a todos. También recordó que en aquel tiempo notó en muchas ocasiones su tierna mirada curiosa sobre él, e incluso intentando llamar su atención cuando estaba con Andrés. ¡Qué cerrado estaba su corazón por aquel entonces!

Tras dejar de verse, Laura cortó con Andrés y empezó a salir con otro chico. Tiempo después, Javier se enteró que también había acabado dejando a este para consagrarse por completo a los estudios. Se convirtió en una brillante estudiante introvertida. Lo que nunca imaginó es que acabaría siendo agente de policía, y mucho menos, que lo investigaría a él.

## *Capítulo VIII*

Llamaron a la puerta. Dio un salto de la cama. Estaba sudando y desconcertado por el extraño sueño que había tenido. Como no le daba tiempo a vestirse antes de abrir, se puso la bata y se dirigió hacia la puerta. Era la agente de policía Laura. En esta ocasión venía sola.

—Hola. Disculpe por mi aspecto y que no le haya abierto antes, me encontraba mal y apenas he podido dormir.

—No se preocupe, ¿puedo pasar?

—Claro, claro, adelante.

Abrió un poco más la puerta y pasó frente a su mirada atenta. Sabía que no estaba allí para nada trivial, sino para continuar con la investigación, un tema muy complicado y serio.

—Bueno, disculpe que le moleste, pero Álvaro sigue sin aparecer y el trabajo se nos acumula. Así que desde el departamento van a aumentar la presión sobre cualquiera que tuviese relación con él, investigando todos los detalles que pudieran ser indicadores de algo. —En principio no iba a decirle que iban a realizar registros exhaustivos de las propiedades de todos. No era apropiado—.

—Lo entiendo —dijo Javier con aire abatido. —Ustedes sólo hacen su trabajo y, con la repercusión que este caso está teniendo, tienen que remover cielo y tierra para intentar resolverlo.

—Exacto.

—¿Te importa que te tutee? Lo digo porque, si como todo indica, vamos a tener que hablar muchas veces en los próximos días, será más cómodo para

ambos. Si te parece apropiado, claro. Ya sabes que mi nombre es Javier. Además, ¿sabes que te reconocí el otro día cuando viniste con el teniente? Me quedé pillado un buen rato, hasta que por fin caí. ¿No te ha ocurrido lo mismo?

Ella quedó algo desconcertada. No lo esperaba.

—A mí, a decir verdad, también me resultas muy familiar pero, aunque es cierto que he estado dándole vueltas, no he caído; no soy buena fisonomista.

—Bueno, te saco de dudas: soy Javier, el amigo de Andrés, aquellos adolescentes gamberros con los que pasaste tantas tardes de hace ya muchos veranos. El trío de la muerte —terminó diciendo riendo y observando cómo la expresión de ella cambiaba por momentos, cómo desarmaba por completo su máscara de trabajo y lo transformaba a él en aquel joven con espinillas, rebelde e insensible que conoció.

—¡Es verdad, Javier! ¡Qué cambiado estás! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué fue de ti? —le preguntó asombrada, y sin pensar, más expresiva y espontánea de lo que le hubiera gustado.

—Pues tras aquel tiempo loco, y después de varios cambios de instituto y muchos problemas, acabé centrándome en mis estudios y llegué a la universidad. Allí me saqué el título de Publicidad y Relaciones Públicas, y bueno, ya ves, ahora tengo un puesto importante en mi empresa. Aparte, me casé, pero no acabó bien y estoy divorciado. ¿Y tú? Cuéntame algo.

—Mi vida familiar ya sabes que no era nada fácil. Al final, al cerdo de mi padre acabaron encerrándolo tras tanto tiempo de maltrato a mi madre y a mí. Supongo que fue esto lo que me impulsó a estudiar fuera y proponerme ser agente de policía, y me hizo poner tanto empeño que llegué a ser la mejor de mi promoción por méritos propios. Es algo de lo que me siento muy orgullosa. Y bueno, de mi vida personal, poco hay que decir. He salido con varias personas pero nada importante, no han sido las personas apropiadas y ya está. Por otro lado, no es algo que necesite ni que me presione. Estoy muy bien sola.

—Entiendo.

Rápidamente notó que de nuevo se armaba como agente y recomponía su papel. En principio, no podía permitirse otra cosa.

—Bueno, dejando atrás el pasado, centrémonos en lo que estamos. Lo más probable es que mañana por la tarde pasemos por tu casa con toda la patrulla.

Debes estar aquí, no hagas planes. Una vez la investigación se ha transformado en la búsqueda de un desaparecido del que nadie sabe nada, vamos a empezar a revolver todo lo que haga falta para encontrar alguna pista que nos lleve hasta él.

—Lo entiendo, soy una de las personas con una vinculación más directa a Álvaro, y además, compartíamos una evidente enemistad personal y laboral. Así que no te preocupes, comprendo que me investiguen si hace falta, pero cuando vuestro trabajo avance, podrás comprobar que soy inocente por completo. Sería totalmente incapaz de hacer daño a nadie.

Ella le miró con un destello del pasado, recordando la crudeza del carácter del Javier adolescente.

—Eso espero. Sólo he venido por si se te había ocurrido algo nuevo que pudiera ayudarnos, y no te voy a negar que también por la curiosidad de descubrir quién eras en mi recuerdo —sonrió—.

—Ojalá pudiera ayudarte con algo. Además, ya ves qué mala cara tengo, estoy hecho polvo de un resfriado y de dormir mal. Aparte de eso, desconcertado por todo este embrollo. Me hubiera gustado que nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias.

—Y a mí —le contestó ella con expresión de sinceridad, y se fue.

## *Capítulo IX*

Laura llegó a su piso tras haber visitado a Javier. La venta del terreno que había heredado de sus padres le había permitido comprarse un inmueble moderno, céntrico y amplio. Para aumentar la sensación de amplitud, a las paredes blancas había sumado algunos muebles también claros, color crema, los justos para no ocupar mucho espacio, que resplandecían con la luz que entraba por los grandes ventanales y algunos espejos. El suelo de parqué marrón claro también era algo muy importante para ella, y aunque supuso una importante inversión en un principio, ahora lo agradecía: aparte de embellecer su piso con el suave color de la madera, le daba una calidez que la relajaba al volver a casa y ponerse cómoda.

Al llegar, se había enfundado el pijama y las zapatillas de algodón. Se sentó en su cómodo sofá y quedó absorta mirando por la ventana con la vista perdida. Un torrente de imágenes y recuerdos acudieron en tropel a su mente. Tras el paso de los años, era muy consciente de que en su adolescencia se había enamorado de Javier y que nunca le había dicho nada porque sabía que, o a él no le gustaba ella, o en su cabeza no había más lugar que para él mismo y su mundo extraño de aquel tiempo. Recordaba la indiferencia que mostraba Javier en todo momento, y la crueldad de los juegos que proponía y que tanto ella como Andrés debían aceptar. ¡Qué tiempos!

En este punto, se le presentaba un dilema: ¿afectaría positiva o negativamente su relación con Javier a su calidad de agente que investiga una desaparición? Esto no debería ocurrir en ningún caso. Con el tiempo había aprendido que ser ambiciosa y conseguir metas requería determinación y no dejarse influir jamás por cuestiones personales. Y eso iba a hacer..., al menos, estaba dispuesta a intentarlo.

Necesitaba tomar algo que la relajara un poco. Tras la visita, estaba tensa,

sentía una grieta en su estabilidad, cierta sensación de inseguridad que no percibía desde hacía muchos años. Se levantó, se sirvió una copa de su mejor rioja, reservado para ciertas ocasiones, y se sentó de nuevo en el sofá. Se veía de nuevo con sus trenzas rubias y tirando piedras a una diana como una gamberra, con arcos y flechas rozando gatos... Sonrió con esa imagen. Repentinamente, su expresión se endureció profundamente. En ese instante, le vino a la cabeza la imagen de Javier matando a aquel pobre gato, y la dureza de su rostro al hacerlo. Lo dictatorial que era con ellos dos, y cómo manejaba como a un títere al pobre Andrés. Este tipo de pensamientos le suscitaban dudas reales de si era capaz de haberle hecho algo a Álvaro. Pero no debía caer en eso. En primer lugar, no sabía si, como le había sucedido a ella, aquel periodo fue para Javier nada más que eso, una etapa difícil que quedó simplemente atrás y se superó. No tendría por qué haber dejado una marca profunda en su personalidad. También era cierto que no podía juzgarlo por lo que sabía de él sino, en todo caso, por lo que pudiera encontrar que lo inculpara. Estaba claro que, en este momento, no era nada fácil separar lo personal de lo profesional, pero sabía que el teniente esperaba mucho de ella gracias a la confianza que se había ganado día a día, no iba a decepcionarlo. Había pasado por encima de muchos agentes con más tiempo de servicio que ella y no estaba dispuesta a retroceder ni un ápice. Además, tenía en sus manos la posibilidad del ascenso. Si resolvía el caso, o su intervención resultaba crucial para ello, tenía claro que Samuel la propondría. Pero esto sería imposible si no conseguía un logro importante, ya que era más novata que sus compañeros y en el orden natural, sería el cabo primero Alberto el que debía ser ascendido primero. Pero estaba dispuesta a no ponérselo nada fácil.

Repasó mentalmente su visita a Javier. Lo había encontrado correcto y agradable, en cualquier caso demasiado tranquilo como para ocultar un crimen, aunque evidentemente esto no era nada concluyente, sólo un pensamiento, y mucho menos determinante tratándose de él. De nuevo volvía Laura a evocar el pasado. Si seguía siendo el Javier de años atrás, no se inmutaría ante nada aun habiendo hecho algo atroz. Mientras habían mantenido la conversación, de forma inconsciente, por la fuerza de la costumbre, había hecho un repaso de detalles de la casa. Todo estaba muy bien ordenado. Los vasos del elegante mueble bar, estilo clásico, colocados por tamaños y tipos; las sólidas y robustas sillas de madera dispuestas simétricamente y sin la más mínima pizca de suciedad por ningún lado; la gran estantería de libros, ordenados por tamaños. Parecía lista como para enseñarla a alguien que

quisiera comprarla, casi de exposición. Era algo muy poco frecuente en la vivienda de un hombre que vive solo; es más, era exagerado en la vivienda de cualquiera, aunque, en el caso de Javier, posible.

Se sirvió una segunda copa. Estaba muy relajada y algo de sueño empezó a envolverla. Cuanto más lo pensaba, más curiosidad irrefrenable la empujaba hacia Javier. Sabía que no era una curiosidad nueva, que procedía de muchos años atrás, y que debía tener cuidado porque ese aura de misterio con la que siempre lo miraba fue en su momento un factor que le atrajo fuertemente. Y no podía negar que un sentimiento antiguo, enterrado pero aún vivo, había resurgido estando juntos compartiendo unas palabras, preguntándole cientos de cosas con los ojos sin pronunciar palabra, y habiéndosele escapado alguna mirada inconsciente a sus labios perfectamente perfilados mientras él le hablaba. Por uno u otro motivo, la flecha de su investigación iba a ir encaminada hacia su casa. Y ahora no iba a ponerse a discernir si lo iba a hacer por encontrarlo sospechoso de verdad, o por descubrir en ella misma sus sensaciones o sentimientos reprimidos.

Se recostó un poco más y cayó profundamente dormida. Los horribles gritos de su padre insultando y amenazando a su madre resurgieron y le abrieron los ojos. Era muy pequeña como para oponer resistencia. Salía corriendo de la casa llorando y con el corazón encogido; no lo podía soportar más. Se dirigió a toda prisa hacia donde normalmente encontraba a sus dos amigos. Allí estaban, escupiendo en un pozo abandonado. Andrés la recibió con su sonrisa de bobo enamorado, y Javier no se volvió a saludarla. Ella les siguió en aquella tontería de entretenimiento que la hacía evadirse. Observando a Javier, cogía la mano de Andrés coqueteando, esperando una reacción. Javier los miraba sin expresar nada y les proponía otra idea inesperada, y en algún sentido, dañina. Ella iba hacia él con sus sentimientos a flor de piel, con una lágrima resbalando por su mejilla, necesitando alguna reacción humana, algún gesto amable de su parte. Javier se acercó a ella con su expresión de gato salvaje y la besó, como aquella única vez... Un beso largo y extraño. Después, salían los dos corriendo campo a través, ya sin Andrés. Ella, con una amplia sonrisa, y él con su rostro indescifrable. Laura despertó de repente cuando Javier repentinamente la empujaba a la carretera justo cuando pasaba un camión que tocaba el claxon de forma estridente. El sudor corría por su frente y confundida y perdida se levantó del sofá y algo desequilibrada se fue a la cama. Luego, se tomó dos pastillas relajantes para

dormir y no soñar. Cayó rendida. Esta vez ya sin recuerdos.

## *Capítulo X*

Por la tarde, Javier oyó un ruido de motores en el exterior de la casa. Se asomó. Dos coches patrulla se detuvieron en su propiedad, frente al porche. Abrió la puerta.

—Buenas tardes, agentes.

El teniente fue el primero en acercarse junto a Laura. Los demás se quedaron ligeramente atrás.

—Buenas tardes. Ya se imaginará a qué venimos. Sentimos tener que molestarle, pero estamos llevando a cabo registros de todos aquellos que de una u otra manera han estado relacionados con Álvaro. Venimos ya de otras viviendas.

La seriedad del teniente Samuel era evidente. El hecho de que Javier hubiera sido el que había investigado a Álvaro durante meses para descubrir sus fraudes mediante artimañas informáticas, rozando la ilegalidad, había llevado al teniente a pedir al juez una orden de registro en su vivienda. Él era quien le había mandado el mensaje a su móvil advirtiéndole su intención de denunciarlo llevándolo al límite, sin olvidar su enemistad manifiesta por diferentes razones de peso. En la mano traía la orden judicial que le daba derecho a lo que le estaba diciendo. Con aire totalmente colaborador, Javier les invitó a pasar sabiendo de sobra que era lo único que podía hacer.

—Si puedo ayudarles, no duden en decírmelo —dijo, con tono tranquilo y amigable.

—Por ahora, si no le importa, lo único que necesitamos es poder

movernos por la casa sin ningún tipo de traba y sin usted por medio, por favor. Así es el procedimiento. Disculpe las molestias —le respondió abruptamente el teniente sin muchas ganas de saludos ni de hablar de trivialidades.

Laura lo miró de soslayo pero ya sin ningún tipo de cercanía, muy centrada en su trabajo. Javier se hizo a un lado y entraron el teniente y ella, que lo acompañaba como copiloto en el coche. Con ellos accedieron también los cuatro hombres que venían en el segundo coche patrulla comandados por el cabo primero Alberto. Para dejarles hacer su trabajo, Javier se sentó en la mecedora del porche, bajo el segundo arco de la fachada donde habitualmente se mecía para relajarse. La limpieza de la casa resultaba meticulosa. Del interior venían ruidos de sillas moviéndose, registro de armarios y muebles. A través de la ventana exterior echó un vistazo. Miraban por debajo de la cocina por si aparecía algún tipo de resto u otro indicio significativo. Alumbraban los rincones con linternas y abrían cajones y puertas de los muebles. A la hora y cuarto, salió el teniente.

—Parece que todo está correcto. ¿Podría abrirnos el sótano, por favor? Una vez revisemos allí, habremos terminado.

—Por supuesto.

Javier notó cómo el teniente lo miraba con aire exasperado dada la parsimonia con que hablaba y se movía. Tanta tranquilidad le resultaba casi inadecuada en aquella circunstancia, aunque estaba claro que no era nada reprochable, sino propio de su carácter. Miró a Laura brevemente. Sin apenas expresión, le dio a entender que no tenía por qué preocuparse. Diligentemente entró y les abrió las puertas que daban acceso a la parte inferior. Bajaron los seis con linternas pues, aunque había una bombilla en el centro, la luz no llegaba bien a todos los rincones. A Javier le hizo cierta gracia comprobar cómo el teniente se paró justo en el primer escalón de abajo y echó un vistazo general, al igual que hacía él tras limpiar y ordenar. Dejaba notar una cierta admiración y a la vez perplejidad por el meticuloso orden y limpieza que allí reinaban. Él lo miraba todo desde arriba. Si no se lo pedían no iba a bajar. No quería parecer sospechoso ni siquiera en la actitud. Aunque, siendo algo retorcido, también pensó que, si él fuera el teniente, le produciría alguna inquietud alguien tan ordenado y preciso. Esta idea le provocó una ligera sonrisa. Oyó una voz desde abajo. Era Laura.

—¿Puede usted bajar un momento?

Bajó presto.

—Dígame.

Al bajar, Javier comprobó que el teniente asía en las manos su cizalla hidráulica, abriendo y cerrando la boca de hierro y mirándola inquisitivamente, con curiosidad. Previamente, y examinando con una luz azul, había esparcido infructuosamente un líquido incoloro con un pulverizador en busca de algún resto de sangre.

—Es muy potente esta herramienta, ¿no? ¿Para qué necesita usted algo como esto? ¿Se dedica al bricolaje?

—A decir verdad, apenas la he utilizado. Fue un regalo que me hizo mi padre tiempo atrás y la guardo más como recuerdo que como otra cosa.

—¿Podría él corroborar eso? —inquirió el agente peliculero al que momentos antes el teniente había pedido de malas maneras que se quitara las malditas gafas de espejo.

—Me temo que no, murió hace tres años —respondió Javier con tono apenado mirando hacia abajo.

—Disculpe —respondió secamente el agente sabiendo que no había tenido mucho tacto con la pregunta.

—No se preocupe, usted sólo hace su trabajo. Como pueden comprobar, tengo muchas herramientas, pero es más por colección que por necesidad —precisó mientras se acercaba y centraba en su lugar exacto la cizalla que el teniente había cogido.

Estaban toqueteándolo todo. Cogían la aspiradora con su bolsa nueva; las herramientas, de las que miraban sus bordes afilados, brillantes y limpios. Ojeaban el panel donde estaba situado el conjunto de destornilladores, las llaves inglesas, los alicates, la sierra eléctrica y demás herramientas estaban perfectamente colocadas por tamaños. Miraban por debajo de las estanterías, la plancha grande de metálica donde estaba la prensa, incluso por los rincones. No encontraban nada. Para ellos fue una búsqueda de lo más infructuosa en la casa de alguien que era inocente, según las pruebas y la coherencia de sus palabras.

—Bueno, muchachos, aquí el trabajo ya está terminado. Todo está limpio..., escrupulosamente limpio —terminó diciendo el teniente con un tono

extraño. —Javier, le espero mañana a las nueve en punto en comisaría; nos gustaría hacerle algunas preguntas.

—Allí estaré. Encantado de ayudar y terminar con esto.

Sin pronunciar palabra, Laura pasó delante de él. Lo miró brevemente con una leve mueca de sonrisa formal y salió de la casa. Subieron a sus coches y se fueron.

## *Capítulo XI*

El teniente, Laura y los cuatro agentes llegaron a comisaría. Lo que sí había quedado claro es que Álvaro tenía más enemigos y gente que lo odiaba de lo que habían pensado en un principio. Llevaban ya seis registros por diferentes motivos de posibles sospechas y no habían sacado nada en claro, más que comentarios negativos sobre la temible doble cara del jefe. Que para la gente que lo trataba poco era encantador y para los que dependían de él, alguien asfixiante e inhumano. Samuel, secamente les pidió que entraran. Se sentaron en el despacho sabiendo que ni la investigación estaba yendo bien, ni el jefe les había mandado sentarse allí para nada bueno. El teniente se dirigió a ellos con las ojeras marcadas y formas autoritarias, ya cansado y sin resultados.

—Veamos, esto no puede seguir así, ¿me explico? —y dio un golpe en la mesa que sobresaltó ligeramente a todos. —Si no sacamos nada de los registros en las viviendas, ni del posible paradero de Álvaro, habrá que sacar algo de los interrogatorios. ¡¿Queda claro?! Vamos, por Dios, exprimíos las cabezas que para eso os pagan. ¿Alguno ha visto algo que se nos haya podido escapar?

Los agentes permanecieron en silencio. Uno de ellos, con reputación de poco reflexivo, comentó:

—En el registro hecho en la casa de José, el conserje, he visto manchas sospechosas, aunque no puedo decir que sean claras en ningún sentido, pero...

—¿Qué clase de manchas y dónde estaban? —le interrumpió el teniente.

—En las barandillas exteriores, las que rodean al porche. Me he percatado

de que una de ellas tenía unas manchas rojizas en la parte inferior.

El teniente lo miró con aire exasperado. Este agente siempre insinuaba ver cosas que nadie había visto, y finalmente siempre resultaban absurdos malentendidos o detalles sin ninguna relevancia.

—Joaquín, si te hubieses fijado mejor te habrías percatado de que esa valla anteriormente era roja y fue repintada. Lo que tú viste fue un resto de pintura anterior, ¡nada más! Por el amor de dios, ¿eso es todo?

El teniente miró a Laura esperando algo positivo. Ella hizo un ligero gesto de negación con la cabeza. En esta ocasión no podía ayudar y prefirió no decir nada a soltar una bobada como la de su compañero.

—Bueno, que cada uno siga una pista, la que sea, que nos lleve a algo. Quiero tener cualquier cosa antes de empezar mañana con los interrogatorios, ¿estamos?! Y otra cosa voy a deciros: ese Javier tiene algo que me inquieta, y su historia, en la que aparece como el salvador de su empresa, el acusador del que la estafaba, no me cuadra del todo. Qué casualidad que justo la noche en que Javier le mandó el mensaje Álvaro desapareciera. Parece demasiado precipitado a la vista de que ni su ropa ni su dinero se han movido de su sitio. Si tiene alguna implicación en todo esto, debemos averiguarlo.

Todos se miraron sin saber muy bien qué debían hacer y salieron.

Laura sabía que era su momento, su gran oportunidad de demostrar ser mejor y más útil que los demás en un caso de esta relevancia. Se iba a centrar en Javier por completo y sin duda iba a profundizar en esta dirección. Mientras estaba en su casa con los agentes, lo notó algo inquieto en algún breve momento, y creyó ver que le faltaba su frialdad acostumbrada. Diría que, en algún instante, incluso algo nervioso, aunque eran únicamente divagaciones, sensaciones huidizas. Y en este punto, de nuevo comenzaba la implicación: ¿nervioso porque ocultaba algo o porque, como en ella, un sentimiento antiguo y hondo había surgido en él y su presencia lo alteraba? Estaba dispuesta a descubrirlo aunque para ello tuviera que correr ciertos riesgos. Se le agotaba el tiempo y no quería, en ningún caso, que uno de sus compañeros se llevara los méritos al descubrir algo importante durante los interrogatorios. Tuvo una idea que podía ser, tanto una locura como un acierto, pero que estaba decidida a llevar a cabo: quedar para cenar con Javier. Tal y como la miraba, estaba segura que él aceptaría. Cabían dos posibilidades: o

descubriría alguna pista que le ayudaría a resolver el caso, o descifraría si sentimentalmente había superado su pasado enamoramiento por él, o bien aún quedaba un rescoldo que pudiese ser reavivado. Esta carta en la manga no se la iba a revelar a nadie, no tendría sentido. La tercera posibilidad, en la que no había pensado, ya que no le daba demasiada importancia, era que corriera algún peligro. Como pensó en un principio, estaba dispuesta a arriesgarse. Era más una decisión tomada por la corazonada de una agente novata y muy segura de sí misma, que por la razón de quien sabe muy bien lo que se juega.

Buscó el número de teléfono de Javier en la agenda de su teléfono, que tenía como el de los demás sospechosos.

—¿Diga?

—¿Javier?

—Hola, sí, ¿quién es?

—Soy Laura.

—¿Qué tal? Me alegra que me llames. ¿Es por la investigación? ¿Alguna novedad?

—No, no te preocupes, en esta ocasión no es por eso. Es que pensando en tantos recuerdos de nuestra adolescencia, ahora pienso si te apetecería que habláramos un poco de todo aquello. Fue una etapa muy intensa de mi vida y que me marcó mucho.

—Yo también había pensado en eso, pero no me atrevía a pedírtelo en estas circunstancias. La verdad es que me encantaría. ¿Cuándo podrías? ¿Te apetece cenar conmigo hoy, o lo ves precipitado?

—No, hoy está bien —le respondió ella.

—Pues si quieres, sobre las ocho y media estaría bien. Así tomamos un aperitivo antes.

—El problema es que ahora estoy sin coche —dijo ella, cayendo en la cuenta.

—No es problema, yo puedo recogerte.

—No, hombre, no, hay una hora de camino para ti. Lo que haremos será que yo cogeré el autobús y tú me recogerás en la estación de Los Gigantes. ¿Te

parece? — le dijo mientras buscaba el teléfono de un taxista amigo que trabajaba de madrugada y la recogería sin problema en cuanto lo llamara.

—Me parece perfecto, allí estaré. Hasta luego.

—Nos vemos.

Javier volvía, poco a poco, a sentirse muy bien. La policía empezaba a dejarle un poco en paz, que ya era hora. Pasado el interrogatorio del día siguiente, que parecía ser la última molestia que le quedaba, podría recuperar su vida normal; lo estaba deseando. Una vez terminado, lo descartarían por completo, de una vez por todas, y listo, historia terminada, un final feliz en que el cerdo de Álvaro ya no existía.

## *Capítulo XII*

Tomó una larga ducha con agua templada, y luego, se afeitó despacio. Tras aplicarse una crema sin alcohol bien extendida uniformemente, se peinó como de costumbre, con el cabello de punta. Ningún pelo debía moverse o descolocarse de su sitio exacto, para eso estaba el gel. Retocó, con una pequeña tijera, la mini perilla, que llevaba desde hacía ya años bajo el labio inferior como distintivo de su cara que tanto le satisfacía. Tras repasar dos veces con la plancha la camisa azul, la más elegante que tenía, y el pantalón negro de pinza que le daban un aire entre clásico y formal, se enfundó su chaqueta negra y ya estaba listo. Luego preparó la mesa escrupulosamente. Lo dispuso todo de modo que a ella le gustase. En un centro de mesa con un motivo entre musical y floral que le había comprado a un coleccionista, colocó una vela en el círculo central preparado especialmente para ello. Después, un plato de queso y otro de jamón, y un foie de oca exquisito que le traían de importación. Sabía que estaba poniendo comida de más, pero daba igual lo que sobrara: la idea era que todo estuviese perfecto. Puso a enfriar en el frigorífico un vino rosado. Los riojas Faustino I Reserva los dejaría fuera, a temperatura ambiente, y la botella de Limoncello para después de la comida, también. Para cenar cocinaría dos filetes de ternera en su punto con salsa roquefort y un poco de ensalada, y así, todo meticulosamente colocado, quedaría genial.

Empezaba a chispear y el cielo se oscureció ligeramente. Justo a las ocho y media detuvo su coche frente a la parada de autobús. Ella, puntual también, llegó pocos minutos después. La vio acercarse por el espejo retrovisor. Se había dejado el pelo suelto, y su cabello dorado resaltado con ligeros brillos de las luces de la noche caía sobre sus hombros de forma elegante. Su

flequillo perfectamente igualado le cubría la frente. A pesar de que le parecía atractiva con el uniforme, por el estilo que le daba, el vestido que se había puesto cortaba el aliento: negro, ligeramente por encima de las rodillas y ceñido, de corte moderno, con un discreto palabra de honor que hubiera dejado sus hombros al descubierto, si no hubiera sido por la elegante chaquetilla negra que llevaba puesta. Su atuendo la transformaba en una mujer preciosa y distinguida, una auténtica tentación. El conjunto quedaba más estilizado, si cabía, con unos zapatos negros de tacón de aguja.

—Vaya —dijo mirándola con detenimiento y sin ocurrírsele mucho más.

—Bueno, ¿se me permite subir? —le preguntó coqueta, sabiendo de sobra que su reacción lo decía todo. Su expresión era única, encantadora, aunque creyó adivinar un trasfondo misterioso e inquietante en su mirada.

—Claro, claro, disculpa —y ella lo observó mientras subía al coche.

—También tú estás guapo —apuntó, y ambos sonrieron encantados.

Ella había estado arreglándose durante dos horas, algo lenta y desorganizada por la falta de costumbre. Solía ser muy práctica vistiendo y maquillándose, y además, no estaba acostumbrada a las citas, pero esta ocasión era especial: pensaba descubrir, o a un posible asesino, o lo que sentía su corazón, para bien o para mal. Para llegar a ambos objetivos necesitaba resultar atractiva y algo coqueta. En este caso, el fin justificaba los medios. Los dos trataron de que no se creara ningún silencio incómodo. De todas formas, no había que forzar nada, ya que tenían muchas preguntas que hacerse acerca del pasado, del presente, y quién sabía, quizás también del futuro.

—Me has dejado sin palabras, en serio, estás... tan diferente. Ahora te alejas de la imagen de chiquilla delgaducha de mi adolescencia que mi memoria aún retiene y de la guapa agente de la ley. En fin, no sé, estás distinta.

—No te preocupes, te entiendo. Por la falta de costumbre, cuando me estaba arreglando, al mirarme al espejo, no me reconocía ni yo misma. En todo caso, me alegra que te guste: ese debía ser el objetivo —terminó diciendo, y estas últimas palabras resonaron como si hubiera tenido que pensarlas más al decirlas en voz alta. —Tienes suerte de tener esta estupenda casa cerca del mar. Es una maravilla, andas un poco y estás en una zona preciosa en estas playas canarias de ensueño en que hasta los nombres dan pie a imaginar épicas

historias mitológicas: Acantilado de Los Gigantes.

—Es cierto. No me importa estar algo lejos del trabajo, lo tengo asumido y me merece la pena. Muchas veces, cuando necesito pensar, doy un paseo dejándome llevar por el sonido de las olas. Me siento casi etéreo mezclado con las olas de este agua del mundo, como una gaviota. Me relaja y me transporta como a otros lugares...— Terminó diciendo pensativo, mientras ella, recobrando el antiguo gesto de chica enamorada lo miraba fijamente saboreando la belleza de sus palabras, lo poético de su fondo. Este Javier no era el chico esquivo y cruel que ella recordaba: parecía un hombre encantador con un gran interior por descubrir. Al momento, él empezó a reír algo ruborizado al darse cuenta que el comentario había resultado algo cursi y artificial. A ella le contagió la risa.

Al llegar a la casa, Javier la hizo pasar, ayudándola caballerosamente a despojarse de la chaquetilla. Le ofreció una copa de rosado. A ella le pareció una gran idea. Empezaron a hablar de forma totalmente distendida en el sofá. Qué rato tan agradable.

—Realmente ha sido toda una sorpresa encontrarnos de esta manera —dijo mirándola a los ojos.

—Pues sí, el destino a veces parece tener las cartas marcadas —dijo ella, con una expresión enigmática. —¿No tienes la sensación de que en la adolescencia dejamos algo a medias? No quiero decir que debiéramos haber acabado juntos, no es eso exactamente, sino que esa era una posibilidad, y otra muy distinta, la de habernos conocido mejor y tras eso, habernos separado. Pero no fue así; ocurrió todo tan rápido, tan seco, con un final tan mal resuelto...

—Tienes razón, no tuvimos tiempo ni para despedirnos... —Tras una pausa, siguió con la reflexión. —Pero supongo que aún no es tarde. —Y la miró de forma cercana y tierna. Él se sentía muy relajado, podría decirse que desarmado ante ella, desprotegido de cualquier tipo de defensa. Notaba cómo observaba curiosa el orden y los detalles de su casa, al igual que en sus anteriores visitas. Le gustó que lo hiciera, era algo de lo que se sentía orgulloso, y en un principio no pensó de ninguna manera que lo estuviera investigando en su cita; lo contrario hubiera sido una total falta de cortesía. No

la notaba del todo relajada, pero pensó que se debía al hecho de estar solos y sentirse como los dos chiquillos traviesos que eran cuando se conocieron. Tampoco se le escapaba que faltaba una cierta coherencia por su parte en todo aquello, en el sentido de arriesgarse a que la descubrieran cenando con un sospechoso que estaba siendo investigado. Le provocaba un cierto desconcierto a su sentido común pero, en principio, no le prestó más atención, estaba dispuesto a entregarse sin barreras.

Tenía los dos estupendos filetes de ternera junto a la plancha para que ella le dijera el punto exacto que prefería. Se trasladaron del sofá de la sala de estar a la cocina y ella le preguntó en qué podía ayudarle. Él dijo:

—Nada mujer, eres mi invitada. Tómate tu copa tranquila mientras yo termino.

Ella se sentó en la mesa de la espaciosa cocina de Javier, que quedaba a unos tres metros, observando divertida cómo él se organizaba. Laura estaba resplandeciente. Le encantaba la forma que tenía de observarlo. Cuando la plancha estuvo caliente, Javier cogió los dos jugosos filetes que estaban en el plato rodeados de sangre y los colocó encima cuidadosamente. Los platos ya estaban preparados con la pequeña ensalada que había elegido para acompañar. La carne comenzó a hacerse y un olor fantástico se empezó a desprender de los filetes. Laura, tocándose un mechón de cabello en un gesto coqueto, hizo caer sin pretenderlo uno de sus pendientes. Se agachó para cogerlo, pero había quedado justamente detrás de una de las patas cuadradas de la mesa donde apenas llegaba con la mano. Él seguía preparando los filetes para dejarlos en su punto. Al intentar cogerlo, Laura empujó ligeramente la mesa, dejando al descubierto el cuadrado que cubría la pata y haciendo que Javier se volviera por el ruido que ella había provocado. Fue entonces cuando se produjo uno de esos momentos que parecen estar previamente escritos, predestinados en el universo: en el espacio de la pata de la mesa de la cocina que ahora quedaba a la vista, ella vio, sobre la baldosa blanca, una clara mancha roja ya seca, que sin echarle mucha imaginación parecía de sangre, de un resto que, perfectamente podría haber quedado allí por descuido tras una exhaustiva limpieza. Al mismo tiempo, justo en el instante en que giró la cabeza hacia ella, Javier creyó ver, sin mucha claridad por la distancia pero con su acostumbrado sentido común, una especie de marca recta, entre rojiza y

negra, que ella miraba con detenimiento y que, realmente, podría ser cualquier cosa sin importancia. En un gesto mecánico, rápido, Laura colocó de nuevo la mesa justo en su sitio.

Ella palideció de pronto. Como en un extraño efecto de cámara lenta, Javier volvió la vista hacia la carne roja que poco a poco iba transformando su color de un rojo intenso a un apetitoso gris claro, pero su mirada y el palpito de su corazón acababan de cambiar radicalmente. Javier presionó con algo de más fuerza la pala de madera con la que aplastaba los filetes para que se hicieran mejor por dentro. En su interior, en lo más profundo de sí mismo deseó que ella pasara por alto algo que podía carecer de importancia, que podría pensarse que fuera cualquier cosa insignificante, pero en su cerebro supo que eso no ocurriría. Desde que ella entró en su casa, habían tenido toda suerte de conversaciones irrelevantes y divertidas evitando momentos incómodos. Los dos parecían duchos en hacerlo, pero desde hacía unos quince segundos se había producido un silencio tan denso y asfixiante que podía cortarse, parecía haberse apoderado de la casa. Era como si el tiempo se hubiera detenido y la oscuridad de la noche pareciera querer posarse sobre el techo de la casa de forma inquietante, como una mano gigante y negra que la presionara. En el conocimiento que Javier tenía de ella sabía que la integridad de Laura le impediría no seguir los impulsos de su honestidad y profesionalidad ante cualquier tipo de posibilidad, equivocada o no, por encima de lo que su corazón pudiera sentir o desear. Parecía que un rayo le hubiese partido por la mitad. Como buen jugador de ajedrez empezó a imaginar de forma racional y coherente lo que estaba a punto de acontecer en los próximos segundos, a calcular los movimientos de la nueva partida que acababa de comenzar. La mente investigadora de ella rápidamente habría conectado la desaparición de Álvaro con la maldita mancha bajo la pata de la mesa. Momentos después, pondría alguna excusa para salir corriendo de su casa porque si sospechaba lo primero, rápidamente supondría que estaba en peligro. Si se fuera así, a los pocos minutos, Javier se encontraría a toda la patrulla policial ante su puerta y ese pequeño detalle encontrado por ella, que evidentemente quitaría por completo, pero que pondría todos los focos sobre él, supondría su detención e inculpación inmediatas. Ella se ocuparía de que le hicieran interminables y punzantes interrogatorios que lo agotasen y desarmaran y tornarían a su casa para volver a registrarla, esta vez, palmo a palmo y con todo tipo de tecnología. Por supuesto, sería absurdo eliminar esa prueba una vez que ella saliera por la puerta. Su testimonio pesaría casi tanto

como una prueba directa. En esas milésimas de segundo maldijo al destino, a su suerte, a los hilos invisibles que todos tenemos en nuestra espalda que nos obligan a realizar a la fuerza cosas que no queremos.

“¡Joder, con lo que me gusta Laura, con lo ilusionado que estaba, con la vida que podría habernos deparado el futuro...!” —pensó indignado, dolido y con una violencia contenida que iba incrementándose por momentos. Su instinto sabía que se encontraba en la primera línea de fuego, en grave peligro. De nuevo se repitió a sí mismo que no pasaría el resto de su vida en la cárcel por culpa de Álvaro, pero tampoco por ella. Sería un placer póstumo que no estaba dispuesto a dedicarle. Y deseó con todas sus fuerzas equivocarse, que todas sus elucubraciones fueran fantasías imaginadas que había que desechar. Esperaba una palabra de ella que le invitase a servir la cena, que le brindase una broma que le hiciera saber que, o no había pensado nada mal de él o, si lo había hecho, lo había pasado por alto; algo similar. Sin darle más importancia aparente al momento, Javier se volvió a terminar de preparar la cena.

—¡Uff, Javier! ¡Qué susto me he dado con el resplandor de la pantalla del móvil! Como lo tengo en silencio, me ha sorprendido con la luz de una notificación. Me acaba de llegar un mensaje del teniente. Tengo que reunirme con él y sus hombres inmediatamente. No sabes cuánto lo siento. En todo caso, no te preocupes, nos quedan muchas oportunidades para repetir este momento —dijo ella con tono apesadumbrado, aprovechando que Javier se había vuelto de espaldas, y descubriendo en él, al volverse y mirarla, una vez más, los ojos de aquel adolescente cruel que conoció tiempo atrás. El poeta se había desvanecido... El tono de ella había resultado casi convincente, parecía que empezaba a controlar sus emociones. Era cierto que vuelto de espaldas Javier había podido vislumbrar el destello de la luz de la pantalla encendida, hecho que, por otro lado, podía haber provocado ella simplemente pulsando el botón *home*.

“¡No, mierda, por qué! ¿No podía haber sido de otra manera...?”, pensó maldiciendo desde el interior de su mente, desde el fondo de su alma y apretando el mentón con los dientes.

Volvió su mirada hacia ella intentando expresar decepción, pero amor al mismo tiempo. La frialdad criminal volvía a apoderarse de él. Era como cuando un felino se siente atrapado y sabe que de sus reacciones dependerá su supervivencia. Le respondió:

—¡Qué lástima, Laura! Esperaba que esta fuera una cena especial para nosotros, para rescatar muchas cosas y conocernos mejor. Pero no te preocupes, lo entiendo. Tendremos muchas más ocasiones. Sé que tu trabajo depende de ser eficaz y estar siempre ahí cuando se te necesita. No te preocupes por nada, en serio. Ve tranquila —terminó diciéndole cayendo en la cuenta de que tendría que proponerse a llevarla a casa, ya que él la había ido a buscar y no era nada cortés dejar que se fuera en taxi.

Parecía que las palabras de Javier la habían calmado en cierta medida. Ella se levantó de la silla como accionada por un resorte y se dirigió hacia la puerta. Si ella pensaba de él que era un asesino, sabía que tendría que disimular su miedo lo mejor posible como simple forma de intentar sobrevivir. El nerviosismo en estos casos nunca es buen compañero. La cuestión estaba clara: ella debía disimular lo mejor posible que no estaba nerviosa y que no se había dado cuenta de que había muchas posibilidades de que él fuera el terrible criminal que andaban buscando; por su parte, Javier debía aparentar no haberse percatado de que ella había descubierto una prueba que le señalaba y le situaba ante sus ojos como el sospechoso número uno del asesinato. Además, que él se había creído que realmente la habían llamado del departamento.

—Te repito que no te preocupes, entiendo que tengas que irte.

Laura se dirigió hacia la puerta, cuando detrás de ella escuchó:

—¡Espera! —. Ella se detuvo sintiendo un escalofrío electrificante que recorrió en un segundo todo su cuerpo, desde la nuca hasta la punta del pie.

Laura se volvió con los ojos muy abiertos y con cierto miedo evidente ante lo que podía encontrarse.

—Como es lógico, yo te llevo a casa, no va a irse una chica linda como tú en plena noche sola, que hay mucho loco suelto —le dijo bromeando y sonriendo con el terrible doble sentido que llevaban sus palabras.

Ella, en tono agradecido le contestó:

—No hace falta, en serio, el taxista al que voy a llamar lo conozco desde hace tiempo, es un conocido de confianza —le dijo cogiendo el móvil para hacer la llamada.

Qué lástima que todo se hubiera torcido así, con lo bien que se presentaba

la velada. Además, a pesar de lo hecho, no se consideraba en absoluto un asesino, sino alguien que había tenido que hacer justicia, alguien que había mejorado el mundo de alguna manera. ¿Y ahora qué tendría que hacer? ¿Matarla a ella y tener que deshacerse de nuevo de un cuerpo? No se encontraba con fuerzas como para hacerlo dos veces en tan poco tiempo. Era una idea inconcebible. Además, si ya era uno de los máximos sospechosos de la desaparición de Álvaro, una desaparición más sería ya algo imposible de esquivar, algo muy difícil de lo que zafarse. Pero en un microsegundo se le ocurrió algo.

“¡Qué terrible mente la mía, que me brinda salidas ante posibilidades tan tétricas y horribles como la que estaban a punto de producirse!”, se dijo al pensar en Andrés, su amigo de la infancia que trabajaba en un Tanatorio.

Fueron hasta la puerta. Mientras lo hacían, Javier había asido en su mano derecha el atizador de la chimenea.

—Laura, estaba seguro de que hoy, tras estos momentos mágicos, te declarararía mis sentimientos, esa es la verdad...

—Lástima que se haya torcido todo. Mañana, quizás, volvamos a repetirlo, pero ahora tengo que irme —le contestó, apresurada y ya poco convincente.

Laura se volvió y buscó en la agenda el número del taxista. Javier estaba justo detrás. Antes de pulsar la llamada, se volvió y lo miró por última vez, justo en el momento en que con rapidez y violencia Javier levantaba el atizador de la chimenea y la golpeaba con todas sus fuerzas en la cabeza. Tras una mirada terrible de sus ojos clavados en los de él cayó desplomada. Un pequeño hilo de sangre pareció congelarse nada más empezar a brotar. Había quedado inconsciente en el acto. La llamada nunca llegó a producirse. De sobras sabía Javier que nadie estaba al tanto de que ella estaba en su casa en aquel momento, consciente de lo inadecuado de su presencia allí cenando con un sospechoso.

La miró. Ahora permanecía tirada en el suelo, al lado de la puerta. Realmente dudaba si estaba muerta o sólo sin sentido. Notaba cómo su pasado estoicismo aún dominaba sus reacciones y sus sentimientos. Se agachó y tomó su muñeca. Su corazón latía. Por ahora, estaba fuera de peligro.

## *Capítulo XIII*

Cómo puede el odio apoderarse de nosotros, cómo nuestro cerebro puede descubrirse a sí mismo despertando ideas, formas, sentimientos que no teníamos ni idea que existían. El hecho de que alguien llegue a ser lo que comúnmente suele calificarse como mala persona por haber realizado acciones que frente a la sociedad parecen monstruosas, no es debido, salvo en una minoría de casos, a algún tipo de maltrato infantil o trauma anterior. Al menos, no tiene por qué. En su caso, pasó de ser alguien acostumbrado a agachar la cabeza, a encajar los golpes con espíritu de sacrificio sin enfrentarse a las situaciones, a alguien deseoso de hacer pagar a los demás el devastador efecto que en él causaban las agresiones verbales y gestuales que sufría. En la vida, todo le había ido tan bien, que el dejarse llevar se convirtió en una opción que le había servido para avanzar con comodidad. Claro que esto había conllevado que no creara en su interior una energía de lucha, de enfrentamiento poderoso y eficaz ante las desavenencias, y por lo tanto, la fragilidad le dominaba de tal manera, que aunque su máscara exterior mostrase siempre un rictus adecuado, su alma no encontraba paz ni sosiego, templanza ni seguridad.

Para hallar los inicios de las inestabilidades de su espíritu, Javier debía remontarse atrás, cuando el mundo se transformó desde un conjunto de cosas ininteligibles en la infancia, a un alrededor que no soportaba ni aceptaba en su adolescencia. Este escalón que la vida le obligó a subir supuso que se encerrara en una concha oscura que le preservaba de todo aquello que le pareciera hiriente o innecesario. Todo pasaba por un filtro que le alejaba de los demás y lo volvía frío y reservado. Quienes le rodeaban decían constantemente que parecía otra persona, que había cambiado mucho en poco tiempo. Javier ni siquiera les respondía, y aunque por su expresión no parecía importarle lo más mínimo sus opiniones, en el fondo le gustaba el efecto que su actitud causaba.

Todo esto se tradujo en que apenas se relacionara con nadie, incluyendo a su familia. Como en su casa habían bastantes problemas, entre su padre, ajeno a la realidad y alcohólico, y su madre, con demasiadas cargas para su espalda, le dejaban margen para que desarrollara sus rarezas. Para empezar, pintó de negro mate tanto su armario ropero como la mesa de escritorio y una repisa. Era el color que cuadraba con su interior en ese momento y del que quería estar rodeado. Todo lo que no acabó negro, fue rojo intenso, como el flexo, el portalápices, incluso un cojín que tenía en su sofá tapizado también de grana y negro, un color por cada lado. Lo siguiente fue colocar tres grandes pósters, pero no de cantantes, ni coches deportivos, ni sensuales chicas en bikini. Entrando en el cuarto, en la pared izquierda, la de mayor superficie, había colocado un póster de un paisaje paradisíaco con un gran lago azul y un enorme cielo hacia el que escaparse a modo de rapaz en libertad. A su lado, una imagen de Nueva York de noche, con mil pequeñas luces encendidas y una sensación de gran movimiento vital, una de esas enormes ciudades en que todos son extraños para los demás, como lo era él para sí mismo. El tercer póster lo colocó en la puerta, en el lado interno. Se trataba de una pantera negra en actitud agresiva, como a punto de abalanzarse sobre cualquiera, que destacaba especialmente por el tipo de puerta que tenía: en la parte central alojaba un cristal rectangular traslúcido. Cuando encendía la luz de su flexo, a la pantera se le iluminaban garras, ojos y dientes, cosa que a cualquiera hubiera creado alguna desazón, pero a él le encantaba. De hecho, esto fue motivo de una anécdota jocosa con su madre. Ella había ido una la noche a la cocina a beber agua sin encender la luz, y como Javier tenía la luz de su habitación encendida, a través del cristal pudo ver los ojos y dientes de la pantera como un diablo que hubiese aparecido de pronto en una puerta de la casa. Desde que se quedó inmóvil y fija mirando esos ojos terribles que la observaban hasta que se dio cuenta que era una de las excentricidades de su hijo, pasaron unos segundos que ella nunca olvidaría. Ya después, cuando estaban todos juntos, ella contaba esa historia muerta de risa, y todos reían mirándolo mientras él les devolvía la mirada con una extraña seriedad, aunque por dentro se reía exactamente igual que todos. Pero no estaba dispuesto a darles el gusto de verlo.

Aparte del aspecto sombrío y rojizo de su habitación, compró una serie de libros esotéricos, macabros e insólitos, con títulos como Los secretos del infierno, Auto hipnosis, Los dioses del vudú, Relatos de fantasmas, Los estoicos en Grecia, etc. Por supuesto, no los compraba para impresionar a

nadie, los leía despacio, los fagocitaba, memorizaba sus textos e intentaba hacer sus experimentos, seguir sus pasos. Pasaba horas bajo el flexo leyendo esos libros, obsesionado con esas ideas. El estoicismo fue algo que llamó poderosamente su atención. Esta corriente filosófica helenística se adecuaba a sus ideas, con su concepción de que no podemos cambiar nada de lo que va a ocurrir, que el hombre sabio es aquel que está por encima de sus pasiones y no se deja alterar por las desavenencias diarias. Por supuesto, él no era un estoico estricto de la antigüedad clásica al uso; como todos hacemos con las creencias, tomaba aquellas partes que más le convenían y convencían, según sus pensamientos. Gracias a estas ideas, trabajó concienzudamente la imperturbabilidad en su vida diaria, actitud indescifrable para los demás, incómoda en muchos casos.

En su huida hacia lo oscuro, llegó a poner en las paredes extraños escritos antiguos pintados en rojo que supuestamente servían para proteger su pequeño espacio de cualquier catástrofe que pudiera ocurrir. Guardaba secretamente pequeños cilindros de plástico con su propia sangre como algo muy valioso, e incluso el mero hecho de hacerse daño, manteniéndose imperturbable ante el dolor que él mismo se provocaba, era algo que le hacía sentir bien. Esta idea se reforzaba con las que había tomado de la película Hellraiser, en la que el dolor y el placer están unidos por los pasadizos más retorcidos y truculentos que puedan encontrarse.

Todo esto se producía en presencia de su pequeña hermana Sarita que, confundida entre tanto desconcierto cotidiano y tantas asperezas familiares, se refugiaba en sus esoterismos, más que por entender algo de lo que él hacía, por sentirse acompañada, encontrando algo de sentido y atención aunque fuera dentro de su mundo perdido y cruel. Era su pequeña cómplice que le ayudaba en la confección de los dibujos de poderosos dioses del vudú del pasado, de símbolos terribles del mundo antiguo, y sufría sus extravagancias impropias para una pequeña linda y buena de su edad. Ahora bien, ¿cómo cuidar correctamente a alguien que quieres cuando tus pasos van hacia ninguna parte, cuando buscas puertas donde sólo encuentras muros, cuando tampoco tú mismo encuentras un guía? Al fin y al cabo, eso era precisamente lo que hacía él: construir un guía dentro de sí mismo, y su pequeña hermana lo ayudaba, sin saberlo, a sobrepasar este difícil período. Con su mirada de niña dulce, en la etapa más espinosa de la vida adolescente de Javier, creó algún momento

increíblemente en él, le sirvió de luz. Él, a su manera, en su inconsciencia, con la torpeza del que sin saber nada intenta enseñar, también la acompañó y dio cobijo a su necesidad de encontrar la atención y el lugar que ella tanto necesitaba. Podría decirse que ambos fueron fundamentales en acompañarse y en quererse, y hacerse fuertes a su manera. Tendrían que pasar muchos años antes de que ambos asimilaran lo ocurrido en toda su dimensión: él, en su papel de padre, que ella nunca encontró en el suyo verdadero, y ella como su pequeño ángel, como la luz que nunca le faltaba donde todo era oscuridad y espinas.

Llegó a confeccionar un muñeco de cera con el interior de algodón, con una paciencia infinita, siguiendo estrictamente los pasos dados en los libros, donde colocó el cabello de su ex novia y clavó tres agujas negras de latón en cabeza, cuello y corazón, quemándolo después en un recipiente plateado mientras pronunciaba unas palabras incomprensibles. A su pesar, en aquel momento a ella no le pasó nada, pero tuvo su gracia el intento: fue un gran episodio de magia y hechicería.

Meses más tarde ocurrió lo que él llamó “el día de la quema de brujas”. Su madre, asustada ya con sus extremismos e incompresibles formas, un día decidió quemar todos los libros esotéricos en una escena muy digna de la Santa Inquisición. Había aprovechado que él estaba fuera para realizar esta acción por la noche, coincidiendo con la luna llena. Este último detalle no era obra de ella, pero matizaba la escena de forma inolvidable. Cuando él llegó, su pequeña hermana le avisó rápidamente, algo nerviosa ya que todos los libros estaban prácticamente reducidos a ceniza. Miró el fuego fijamente, reflejándose las llamas en el iris como las ascuas en una chimenea que arde con fiereza. Su madre lo observaba esperando una reacción de ira hacia ella; sin embargo, no la miró: estoicamente, sin pronunciar palabra ni cambiar el gesto, se volvió a encerrar en el cuarto como si nada hubiese pasado. Los textos seguían en su cabeza. Bajo el flexo brillante de su habitación, empezó a leer su nueva adquisición: Las cinco claves de la magia negra.

En esta época también compró una pistola de aire comprimido de gran potencia que disparaba balines de plomo de cuatro pulgadas y media. Un auténtico peligro en sus manos. Frecuentemente disparaba dentro de la habitación, lo que explicaba la rotura de la ventana y los agujeros que podían

distinguirse perfectamente a modo de cráteres lunares en la pared. Más de una vez estuvo a punto de sacarse un ojo por los rebotes de las pequeñas piezas metálicas. La persiana la sostenía, como forma de airear el infierno de su habitación, con un enorme y afilado machete que presagiaba un gran peligro. Eran pequeñas subidas de adrenalina que necesitaba a cada momento.

También experimentaba episodios de riesgo y descontrol cuando iba en moto. Tomar las curvas lo más rápido posible y cerraba los ojos durante unos segundos sin disminuir la velocidad cuando iba por alguna calle más o menos recta. Tanto la velocidad de las curvas como los segundos sin ver debían ser siempre de la misma duración que la vez anterior, o algo más extremos. Una actitud autodestructiva que más de una vez le dio un buen susto... aunque, al fin y al cabo, ¿no era eso lo que buscaba? No podía explicar nada de eso a nadie: lo hubieran tomado por loco. En cualquier caso, las opiniones de los demás no eran problema suyo.

En todo esto, al único al que dejaba una pequeña parcela en su mundo, aparte de a su pequeña hermana, era a Andrés, su compañero en las clases de auxiliar de clínica, y en ocasiones, a Laura, la hija de unos vecinos que siempre estaba sola y hacía poco que se les había unido. No es que se parecieran demasiado, sino que los tres, a su manera, estaban igual de perdidos y vivían un período de crueldad y evasión extraño, como tres gatos salvajes. Digamos que ellos se sumaban con gusto a todas las extrañas invenciones de Javier, como la de los arcos.

Confeccionaron tres potentes arcos. Como flechas utilizaban juncos huecos y puntas con chapas aplastadas de refrescos y cervezas. Los arcos los confeccionaron con madera de eucalipto, ya que no tenían cerca cedros ni arces, que eran las mejores para estos menesteres. Para las flechas, los juncos huecos eran muy importantes para que su solidez se viera mejorada gracias al poco peso del material. Eran armas poderosas que se tensaban al máximo. Tiraban contra cartones, latas y todo lo que se les cruzase por sus confundidas cabezas. La tentación llegaba cuando pasaba algún animal al alcance de su vista, digamos gatos, perros o pájaros que aparecieran a una distancia alcanzable. Ni a Laura ni a Andrés les hacía mucha gracia lo de los animales, pero si Javier lo proponía no había más remedio que hacerlo. Estaba en juego la valoración positiva que pensaban que él tenía de ellos. Al fin y al cabo,

para él eran más una coartada que amigos, acompañantes útiles en sus crueldades y su personalidad los absorbía.

De nuevo, el gato negro del vecino pasó frente a su cartón de tiro. Andrés bajó su arco mientras, en ese momento, Laura miraba un lejano avión a reacción que iba dejando su larga estela blanca.

—Ahora, ¿qué eres? ¿Un defensor de los animales? ¡No seas gallina y dispárale! —dijo Javier a Andrés con esas formas intimidatorias tan suyas.

—Tiramos mejor al cartón, ¿no? A ver si vamos a darle de verdad...

—¡De eso se trata, atontado! Si no te adaptas, mejor no vengas —le dijo con tono desagradable mirando hacia otro lado.

Laura, que siempre trataba de no quedar como el eslabón débil de los tres con eso de ser la chica, compensaba esa posibilidad mostrándose decidida, atrevida y valiente a los ojos de Javier.

—Pues yo me apunto —dijo ella tensando el arco.

El arco de Andrés permaneció inactivo. Laura levantó el suyo y lo tensó aún más, Javier hizo lo mismo. Ambos apuntaron y dispararon a la vez. A pesar de su puntería, la flecha de ella se desvió ligeramente, errando en el blanco, mientras que la de él acertó en pleno cuello. El gato empezó a dar extraños saltos y convulsiones que fueron yendo poco a poco a menos. Al mirar Javier a Andrés, en vez de encontrar en su rostro, en esta ocasión, una expresión de pena o de horror, como en otros momentos, sus ojos le miraban con admiración. Verdaderamente lo estaba transformando en uno de los suyos: parecía estar cambiando, perdía su inocencia. Y de Laura no cabía duda alguna que ya lo era.

## *Capítulo XIV*

A Laura la habían conocido un día de verano en que estaban Andrés y él tirando piedras a una diana que habían dibujado en un cartón. Ella pasaba cerca del cartón en el instante en que Andrés realizaba uno de sus lanzamientos. Iban siguiendo la trayectoria de la piedra y fue entonces cuando se percataron de que iba hacia la chica. En el último instante, ella divisó el proyectil e hizo un ágil movimiento pudiendo evitar la piedra que le pasó muy cerca. Laura, ni corta ni perezosa, cogió otra piedra y se la lanzó a él con gran destreza. A pesar de lo lejos que estaba, le alcanzó en el hombro. Andrés se llevó la mano al hombro dolido y, nervioso y violento se dirigió hacia ella. A Javier le hizo bastante gracia la situación.

—¿Qué haces niña? ¿Quieres que te parta la cara?

—Tú inténtalo, paletito, que la próxima vez te voy a dar en la frente y te vas a quedar más tonto de lo que eres.

Andrés, tras la respuesta, se había quedado parado mirándola. Por un lado, porque no esperaba una respuesta tan contundente y eficaz por su parte, y por otro, porque era una chica preciosa con trenzas rubias. Javier no podía negar que a él también le resultó atractiva, pero ya había salido algo herido de la primera y última chica con la que salió, y no estaba dispuesto a que se acercara nadie a sus sentimientos, ni siquiera su familia.

—¿Y ahora qué miras? ¿Tengo monos en la cara?

Andrés alcanzó a responder:

—No.

Ella miró a Javier con cierta curiosidad ante el distanciamiento con el que él la observaba. Este captó rápidamente que se sentía tan sola como ellos. Con cierta indiferencia, y dejándole claro quién mandaba allí, Javier le dijo que si se aburría podía ir con ellos, pero que nadie se ocupaba de nadie, cada cual era independiente y se defendía solo. Miró a Andrés y con un leve gesto le indicó que continuaban tirando piedras al cartón. Lanzó él mismo, acertando casi en el centro, siguió Andrés, con su penosa puntería, y sin mediar palabra Laura se acercó al punto de tiro, cogió una piedra escogida entre varias, y la lanzó con más precisión que fuerza. Dio en el centro de la diana. La miraron los dos como diciéndole: “bienvenida a este extraño grupo”.

La condición de que cada cual se ocupase de sí mismo de forma individual era incumplida de vez en cuando por Andrés. Estaba claro que se había enamorado de Laura desde que se quedó mirándola con cara de bobo al lado de los cartones. Por esto, la trataba de forma especial, cosa que ella no aceptaba, mostrando hacia él cierto desprecio controlado. A Javier le hablaba lo mínimo porque era lo que él hacía con ella, aunque en más de una ocasión la pilló mirándolo fijamente con una expresión indudable de curiosidad creciente. Se convirtieron en la pandilla de la muerte, siempre ideando maldades y planes imposibles. Alguna vez ella, cuando Andrés andaba distraído con algo, que era casi siempre, trató de quedarse a solas con él a propósito de algún elaborado argumento que no resultase evidente. Él siempre evitaba esto: era demasiado atractiva y no quería dar lugar a caer en la telaraña marina de sus grandes ojos azules. El resultado fue que Laura acabó quedando alguna vez con Andrés a solas, sabiendo que él se enteraría, supuestamente como una ingenua manera de darle celos. En esa época, Javier siempre estaba ocupado con sus complicados pensamientos. A pesar de saber las quedadas de los dos y sentir una punzada inesperada, no se dejó alterar en absoluto. Era muy perceptivo y sabía que, aunque para Andrés considerarla su novia era un sueño conseguido, para ella no era más que un medio para llegar hasta él. Laura era muy hábil a la hora de comprender sus mordaces comentarios, cosa que a Andrés le costaba más, por ello alguna vez se rieron los dos al mismo tiempo, mientras Andrés les miraba con cara de pocos amigos.

Uno de esos días en que esto ocurrió, Andrés, malhumorado, se fue sin mirarles por no entender un chiste que ella había contado y que a Javier hizo especial gracia. Tras esto, se produjo un silencio incómodo porque ninguno de

los dos esperaba quedarse a solas así de repente. Para cambiar de tema, ella le propuso ir a la playa, como ya habían decidido los tres anteriormente, dejando claro que lo decía porque no le apetecía cambiar de planes por una reacción caprichosa e infantil de Andrés, en vez de, como podía parecer, una mera excusa para pasar un rato los dos juntos allí. Siendo así, pensó él, perfecto.

Al llegar, dejando atrás las pocas cosas que llevaban, se lanzaron al agua casi sin pensarlo y nadaron mar adentro todo lo que pudieron, compitiendo en velocidad y salpicándose con el agua en los ojos. Cuando ya estuvieron exhaustos, salieron y se tumbaron en las toallas. Ella puso la suya sospechosamente cerca de la de él. Hay que decir que, a pesar de su extraño y obsesivo autocontrol, ella le parecía extremadamente atractiva y guapa, y más aún con aquel sugerente bikini celeste. Por esa razón, apenas la miraba directamente; digamos que sus ojos la evitaban. Era un caluroso día azul que les envolvía y les brindaba una oportunidad de conocerse mejor. El mar brillaba con mil reflejos cegadores y a lo lejos, las gaviotas formaban parte del horizonte. Javier se tendió en la toalla y Laura hizo lo mismo. Su cabeza estaba ladeada hacia la derecha y la de ella hacia la izquierda. El sol les cegaba incluso con los ojos cerrados, pero el calor les resultaba muy agradable. Estaba allí tumbado, a modo de iguana de sangre fría, cuando notó que ella se movía ligeramente y que su cara le rozaba. Su reacción normal hubiera sido alejarse reafirmando su barrera virtual con ella, pero no lo hizo. Su corazón empezó a latir rápidamente. Ninguno de los dos se movió, a pesar de que aquello era lo más juntos que habían estado nunca. Notaba su suave mejilla pegada a la suya y su aliento en sus labios. Estaba como petrificado por aquella agradable y chocante situación. Notaba su respiración agitada muy cerca y, sin pensarlo, casi por instinto, giró un poco más el cuerpo y su boca cayó sobre la de él, juntando sus labios abiertos en un beso largo, lento y salado que duró un tiempo indefinido en aquel increíble momento sin segundos. No era la primera vez que besaba a una chica, pero sí debía reconocer que le supo completamente a primer beso, al que recordaría el resto de su vida, y también supo, sin lugar a dudas, que para ella la sensación fue exactamente la misma.

Tras ese momento lleno de intensidad, calor y brillo, se sentaron en las toallas un buen rato mirando a los surfers que describían acrobacias en el mar. Sin mediar palabra, se levantaron, recogieron y cada cual se fue para su

casa.

## *Capítulo XV*

La peor historia que ocurrió en aquellos días fue algo que ni Andrés ni Javier olvidarían nunca. En esa ocasión, Laura no estaba con ellos. Justamente al día siguiente del beso de Javier y Laura, Andrés venía a buscar a su amigo que estaba solo en casa. Una vez en su tétrico cuarto, lo vio haciendo un muñeco grande vestido con ropa que alguien había tirado al contenedor.

—¿Qué haces, tío? ¿Jugando a las muñecas?

—No seas idiota, es para los arcos.

Le explicó que ya estaba harto de los cartones, que era hora de pasar a algo más creativo. Cogieron el muñeco y se fueron al lado del puente por el que pasaba la carretera general. Ordenó a Andrés que colocara el muñeco al borde del puente. Todo salió como había planeado hacía ya tiempo. Él, con cara de cordero degollado lo cogió, mientras Javier lo grababa con el móvil. Lo puso en el borde y como era de esperar, ya que el mayor peso del relleno lo colocó en el pecho, se le escapó de las manos cayendo a la carretera. Sin lugar a dudas, a vista de cualquier conductor, el muñeco constituiría un intento de suicidio de alguien que se había lanzado a la carretera para acabar con su vida. Mientras caía, llegó un coche rojo a gran velocidad, y al ver el cuerpo, dio un brusco volantazo para no atropellarlo y un frenazo, y entonces el vehículo comenzó a dar violentas vueltas de campana. El coche que venía por el carril de adelantamiento, colisionó con el primero y luego una caravana familiar y dos coches más, en un carrusel catastrófico que parecía no terminar nunca. Andrés seguía apoyado en el borde, mirando con ojos horrorizados y muy abiertos lo que acababa de provocar.

—¡¡Vamos!! ¡Quítate rápido de ahí! ¿O es que quieres pasar el resto de tu vida en la cárcel?

Los dos salieron corriendo, desesperados. Javier iba con una sonrisa en los labios. Había sido la mayor subida de adrenalina de toda su vida, el

resumen de todas juntas. No negaba que, en el fondo de su ser, algo de inquina había hacia Andrés por estar con Laura. Él era, como dice el refrán, igual que el perro del hortelano, que “ni come ni deja comer”. Al llegar a la puerta de su casa, Andrés le dijo, con la voz entrecortada y las manos temblorosas, que todo había sido culpa suya, que le había manipulado para que lo hiciera.

—Mira, atontado, di lo que quieras para suavizar tu conciencia, pero yo tengo grabado lo que has hecho, así que como se te ocurra decir algo de esto, incluyendo a Laura, te prometo que únicamente tú lo vas a pagar. Yo siempre seré el que te grabó sin saber qué ibas a hacer, y tú siempre serás el que provocó un accidente múltiple terrible. Lo mejor será que olvidemos el tema y se acabó. Por la cuenta que te trae...

Andrés agachó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas y destrozado por dentro se fue sin más. Más tarde, en todos los canales de televisión informaban acerca de una importante noticia de última hora. Un gran accidente múltiple se había producido en la carretera nacional, justo al lado del puente viejo. Habían muerto dos personas, atrapadas entre los hierros del vehículo; una mujer permanecía en coma y cuatro más estaban gravemente heridas. Una tragedia que al parecer habría sido provocada por algún inconsciente tras una supuesta broma de mal gusto al arrojar un muñeco grande vestido con ropa de hombre a la carretera, algo criminal. Estaban buscando posibles sospechosos. Todo parecía indicar que se trataría de algún joven o grupo de jóvenes, y era algo que no debía quedar sin castigo. Javier miraba la televisión con cierta indiferencia mientras comía unos cereales. Sabía perfectamente que nadie les había visto, y en todo caso, aún a las malas, no iba a ser él quien cargara con la culpa. Nadie iba a señalarles... Y así fue como ocurrió.

Tras aquello, Andrés desapareció del mapa unas semanas y Laura, al no verles, dejó de acudir a sus sitios acostumbrados. Poco después, Javier se enteró que ella había cortado con Andrés y comenzaba a salir con un chaval serio y estudioso de su clase. El inicio de la madurez había provocado cambios en todos. Sus vidas empezaban a transformarse.

## *Capítulo XVI*

Todo aquello quedó en la lejanía de la adolescencia. Y no estaba orgulloso, pero fue una etapa en la que estuvo tan perdido y descolocado que la inconsciencia y el esoterismo le dominaron convirtiéndose en sus aliados. Superó bien aquella época negra y quedó como algo del pasado para no recordar. Pensaba con total seguridad que él no era así, que su maldad sólo fue el resultado de complejas defensas de su mente en un momento dado. Se convirtió en un adulto tranquilo, consciente y seguro de sí mismo, aunque no podía negar que su alma había mostrado un lado terrible y peligroso. Tampoco le daba ninguna importancia; estaba seguro de que ya nunca más volvería a aparecer, que lo había superado.

Pero en su vida actual, había ido subiendo la tensión de su interior hasta acabar superando todo aquello que había conseguido a lo largo de los años. Había llegado un momento en que las situaciones que alteraban su espíritu se habían acumulado. Poco a poco su nivel de aguante, que no era poco, fue colapsándose hasta recuperar su anti yo. El trastorno disociativo de su personalidad volvía a hacerse latente, aquel que le servía de persona dura y fría que solucionara los problemas que él no era capaz de afrontar. Y a este punto había llegado por culpa de alguien que se había apoderado de su confort, de todo aquello a lo que los años bien trabajados le habían llevado: Álvaro.

La vida se había tornado de un agradable azul a un marrón oscuro que le iba llevando cada vez más al negro más profundo de su personalidad. Este fue el inicio de una necesidad de resarcimiento que le empujaba violentamente hacia ideas cada vez más destructivas y aunque sus formas no cambiaron y se

mantuvo imperturbable, llegó un momento en que ya no era él, sino su otro lado el que había acabado tomando el control por completo. Cayó entonces en la cuenta de que la crueldad de su adolescencia no fue un accidente, sino la exteriorización de su propio yo, de su interior más verdadero. El profundo dolor que había sentido hasta el momento se había transformado en una frialdad cruel que guiaría el resto de sus pasos. El horizonte se presentaba con tintes oscuros y rojizos, como su habitación de antaño, aunque estaba seguro que hiciese lo que hiciese el viento soplaría a su favor. Toda su capacidad intelectual se centraría en vengarse.

## *Capítulo XVII*

Laura despertó amordazada y bien atada a una silla. Sentía una brecha en su cabeza, dolorida por el brutal golpe que había recibido y que la había dejado sin sentido. Intentó ubicarse rápidamente y lo hizo. Supo que estaba en el sótano de Javier, el que ella y los demás policías habían revisado. Sus ojos se posaron espantados sobre él, rogándole con gruñidos de su garganta que la liberara, aunque aquello nunca fuera a pasar. Era muy consciente de que le esperaba una larga noche por delante. Ella lloraba, gemía, forcejeaba ante sus pupilas impasibles. Javier le advirtió, con su frialdad de sociópata, que sus esfuerzos eran absurdos, que allí nadie podría oírla. Cansada y dolorida, Laura dejó de moverse, mirándolo con expresión desesperada y llorosa. Javier se dispuso a desahogarse contándole con todo tipo de detalles lo que había ocurrido realmente con Álvaro. Sería una pena que él fuese el único testigo de sus hazañas. Cuando se disponía a iniciar su relato, ella empezó a hacer ruidos de nuevo y a gemir fuertemente, muy consciente de que si se lo iba a contar era con la idea de que ella nunca saliera de allí con vida.

—Escucha con atención, te aseguro que ni vas a ir a ningún lado, ni nadie en absoluto podrá oírte por mucho ruido que hagas. Además, si no te comportas, tendré que obligarte a que lo hagas.

Y empezó a contarle toda la historia desde el principio con la mayor exactitud que le permitiese su buena memoria y su crueldad innata.

—La nota que pareció dejar Álvaro de confesión y despedida, como comprenderás ahora, no fue él quien la escribió, sino yo. Me quedé en la oficina por la noche para dejarla sobre su mesa. Con mucho sigilo fui avanzando casi a oscuras. Debía llegar hasta su despacho, que estaba situado al fondo del pasillo.

Todo aparecía como en blanco y negro porque al no haber encendido luz

alguna, para pasar lo más inadvertido posible, mi única visión era la de los muebles de oficina y la pálida luz de la luna llena que entraba a través de los ventanales a modo de calavera blanquecina en el oscuro cielo. El silencio acompañado de inquietantes sombras alargadas aportaba un ambiente sobrecogedor. Para cualquier otro hubiese sido una misión complicada, pero yo me conocía cada palmo de oficina, cada rincón, así que sin apenas ver podría llegar perfectamente a mi objetivo. Entré en el despacho de Álvaro. Estaba claro que el hecho de tener las llaves del edificio y conocer la contraseña de la alarma de seguridad me facilitaría mucho las cosas, en caso de hacerme falta. Las luces de esta parte de la ciudad podían observarse desde la oficina, situada en el último piso del edificio que destacaba en altura sobre los colindantes. Apenas me asomé. Era una noche fría acompañada de un viento desagradable e incisivo. Podían verse los árboles moviéndose empujados por fuerzas invisibles arqueando sus brazos alargados. En el trance de mi acción, todo a mis ojos parecía más tétrico. En mis manos, cubiertas con guantes de látex, llevaba la carta que iba a dejar en el centro de su elegante escritorio estilo colonial. Sentía la tensión lógica por el riesgo a ser visto.

Al despedirme de Álvaro e irme hacia la puerta de salida, en realidad había hecho un amago, ya que en vez de salir del edificio, había permanecido escondido en un rincón oscuro de la oficina. Esperé pacientemente a que él se fuera. Oí sus pasos y la puerta cerrarse tras él. Salí del rincón donde permanecía inmóvil. Me había llevado meses copiar su letra: había logrado que fuese perfecta hasta en los trazos más insignificantes; incluso la firma era de una exactitud increíble. Mi psicopatía perfeccionista obsesiva era muy eficaz en estos casos. En la carta podía leerse:

*“Dejo esta carta escrita para hacer constar a mis compañeros y familiares los motivos por los que voy a marcharme y dejarlo todo. He llegado a un momento en el que no me soporto a mí mismo, y estoy seguro de que puedo hacer mejor las cosas. De ahí mi decisión irrevocable de dimitir y desaparecer. La religión ha hecho que vea mi vida de otra manera y que quiera ser alguien mejor. Ha llegado la hora de redimirme.*

*Hasta siempre. Firmado: Álvaro”*

## *Capítulo XVIII*

Pensé que me había quedado muy bien. Mis investigaciones sobre él habían dado sus frutos. Era completamente cierto que había estado robando, como siempre sospeché, y que parecía haber cambiado tras entrar a formar parte de esa secta religiosa. Que hiciera algo así podría resultar, en un momento dado, no del todo inverosímil. Ya me iba a encargar yo de que desapareciera para siempre de la realidad... Me esperaba una noche muy larga. Todo había ocurrido muy rápido, como cuesta abajo. Iba a acabar de una vez con este personaje de dos caras: simpático, carismático, por un lado, y envidioso, falso con sus amigos y cruel, por el otro. En su haber contaban discusiones y enemistades que me había ido encontrando a lo largo del tiempo, porque ya él había hecho su sucio trabajo por la espalda. La injusticia era mayúscula: teniendo los dos el mismo puesto de trabajo, y yo más experiencia y méritos para ascender, se lo habían dado a él porque, como pude saber más tarde, estuvo diciéndole al jefe que me conocía bien, que yo no era de fiar, que en cualquier momento les dejaría tirados, que era inestable, etc. Por supuesto, mientras tanto, cuando nos encontrábamos, se mostraba encantador y atento como siempre. Tanto insistió y tantos hilos movió, que logró sembrar dudas sobre mí, y en el último momento me arrebató lo que me pertenecía por derecho y tanto ansiaba y necesitaba: el ascenso. Aparte del aspecto laboral, el hecho de que estuviese tirándole los tejos a mi mujer durante un tiempo, hecho que supe por ella misma en la última discusión que tuvimos, tras la cual se fue para siempre, fue algo que acabó desbordándome por completo. Ella no me había dicho nada para, supuestamente, protegerme y no crearme problemas con él, ya que trabajábamos juntos. Y, aunque en principio ella no estaba interesada en absoluto por él, acabaron juntos un tiempo. Qué puedo decir más... Como puede comprenderse, lo odiaba a muerte, era algo visceral que me comía por dentro. Cuando me cruzaba con ese trepa, me chirriaba por

dentro observar su elaborada sonrisa, sus maneras interesantes sobreactuadas y sus aires de superioridad, sobre todo cuando me miraba a mí. Y aunque, exteriormente, yo mostraba una calma perfecta y el control necesario, por dentro me hervía la sangre. Así que, por todo esto, como te digo, ocurrió todo tan rápido. Rápido, pero planificado paso a paso, adelantándome a las situaciones, meditando cada movimiento, trazando una estrategia perfecta que me iba a llevar a algún tipo de victoria. Un día, por fin conseguí que nos quedásemos a solas. Me había citado con él en mi casa justo antes de salir de la oficina diciéndole que necesitaba hablarle sobre un proyecto para la empresa. Tardaría un poco, ya que sabía que tenía el depósito de gasolina del coche en reserva, como me había comentado anteriormente. Eso me daba unos minutos de margen preciosos. Sabía que vendría. Nunca desperdiciaba la ocasión cuando se trataba de mirarme por encima del hombro y rectificarme cuanto decía para hacerme sentir un perdedor, un fracasado. Su vanidad y su ego se imponían. Era muy consciente de que, una vez dispuesta la carta, y ya que mi cita con él estaba a punto de producirse, todo llevaría inevitablemente a su asesinato. Ya no había vuelta atrás

## *Capítulo XIX*

Llegué con el tiempo justo. Exactamente cinco minutos antes de oír el motor de su vehículo aparcar frente a la entrada. No pensé que llegaría tan pronto. Llamó a la puerta. Respiré hondo y me tranquilicé. Llegaba con su immaculado traje azul marino, su camisa de seda azul claro, su cara corbata granate perfectamente conjuntada y sus immaculados zapatos. Abrí la puerta. Le sonreí con la misma falsa sonrisa que él a mí. Con su andar seguro y engreído entró. Conocía muy bien la casa. El empalagoso olor penetrante de su perfume me irritó aún más si cabía. Más alto, bien parecido y atlético que yo, nunca desperdició la ocasión para resaltar también este aspecto contando sus batallitas de competiciones y premios deportivos. Pero eso estaba a punto de cambiar.

Pasamos por la cocina para coger unas cervezas y pareció que el tiempo se detuvo: sin mediar palabra, sin tiempo a más preámbulos ni preparativos, justo en el instante en que miró hacia su izquierda, en dirección a la ventana, cogí con fuerza el fino, largo y afilado cuchillo de cocina que tenía al lado de la tostadora listo para usar. Adelanté el pie derecho para colocarme a la distancia precisa y le apuñalé de abajo arriba justo por debajo de la barbilla, por la parte baja del maxilar derecho. Fue un golpe violento y seco: entrar, quedarse unos pocos segundos y salir. El cuchillo había entrado abriendo camino por la piel y los tejidos fácilmente hasta que hizo tope en el hueso situado justo debajo de los globos oculares. Lo saqué con el mismo movimiento descendente mientras lo miraba. La sangre me salpicó desagradablemente en la cara y camisa: chorreaba como un río de lava densa, caliente y roja cuchillo abajo llenando mi mano derecha como la lava de un volcán. En su rostro aparecía una expresión de sorpresa y miedo que en esta ocasión sí era una exteriorización sincera, aunque fuese de dolor y de angustia. Supongo que, por un segundo, se me pasó por la cabeza, en un toque sarcástico terrible, que lo bueno para él era que gracias a mí había recuperado, aunque

durante unos breves instantes, un gesto de verdadera sinceridad. En un movimiento desesperado, automático, ya desplomado en el suelo, se había llevado las manos a la garganta, aunque claro, ya la sangre no cesaba ni un instante, salía rápida, incesante, a borbotones entre sus dedos temblorosos como un río desbordado, acelerada con cada respiración ahogada, con cada estertor. Yo me había apartado hacia atrás, no quería que me manchara más, y por qué no decirlo, deseaba ver cómo moría mirándome, recrearme en la contemplación de su imagen agónica. Estaba seguro de que el cuchillo había entrado casi entero, aparte de por la sangre, por la extraña dirección en la que ahora miraba su ojo derecho.

Una sonrisa febril y extraña se había marcado en mi rostro mientras miraba con ojos muy abiertos, sin perder detalle, casi sin pestañear, su camisa sanguinolenta pegada al cuerpo rodeado por un charco de sangre. Fue extraño observar mi imagen enloquecida en el reflejo del cristal del mueble de cocina donde estaban los vasos. Debo reconocer que aunque acababa de ejecutar algo que había imaginado cientos de veces, me sorprendió la cantidad de sangre que manaba y el tono oscuro de la misma. También mi curiosidad, en todas aquellas veces que lo había planeado en mi mente era saber cómo me sentiría yo, cómo sobrellevaría el crimen. Y pensé:

“Claro, en un principio se podría imaginar que uno se convierte en un monstruo, también que la imagen del asesinado la llevarás siempre contigo y te perseguirá en sueños, y que llegará un momento en que, en el remoto y difícil caso de que no te cogieran, confesarías por el terrible sentimiento de culpa. Pero, ¿quién piensa esas cosas realmente? Las piensa alguien que no ha matado a nadie, que nunca lo ha hecho ni lo haría. Por otro lado, esos asesinos que han acabado con la vida de cuatro personas, o siete, o veinticinco, ¿se sienten tan mal como uno podría pensar a priori? Yo creo sinceramente que no. La moral de cada persona es un mundo. La conciencia y el sentimiento de culpa son tan complejos que, simplificar como pensaba Rousseau en su *Emilio*, que el hombre es bueno por naturaleza, es ingenuo y simplista. En todo esto es fundamental el motivo por el cual se ha asesinado, aunque pudiera no parecerlo. Porque, ¿es igual matar por placer que por venganza, por guerra que por justicia? Al fin y al cabo, matar es matar. Obviando el razonamiento previo, el resultado es el mismo. Uno se adapta a todo, se inmuniza ante el horror”. Lo estaba comprobando en mí mismo.

Miré a Álvaro que, tras unos cuantos espasmos en el suelo, ya estaba

quieto, aunque no muerto. Mantenía un rictus de terror asumiendo en aquellos últimos segundos larguísimos que el fin de su vida había llegado e implorándome con sus ojos que hiciera algo por salvar su miserable existencia. Esperé su agonía. Sus grandes ojos quedaron abiertos de par en par cuando su maltrecha cabeza cayó súbitamente de lado y su respiración cesó. Me sentí frío y poderoso en ese momento. Lo miraba con una extraña curiosidad. A decir verdad, me enojó en cierta medida que estuviera todo el suelo cubierto de sangre. Sabía que me quedaba un duro trabajo por delante. Mi preparación no se había centrado únicamente en planear acabar con él allí en mi casa, también había pensado paso a paso cómo deshacerme del cadáver. Por un tipejo despreciable como él no pensaba pasarme años en la cárcel. En una nota mental planeada con paciencia y tiempo, había apuntado los materiales necesarios y los pasos a seguir. Vamos, que parecía algo así como las instrucciones para montar un mueble de Ikea. Entre otras cosas necesitaba: cal viva, un martillo, unas tenazas, unos plásticos grandes, bolsas de basura, un hacha, una bañera de polietileno de aproximadamente uno setenta, unas gafas de herrero, una mascarilla para la nariz y la boca, una bata y un gorro de cirujano, y una plancha gruesa. Así que una vez me hube acabado la cerveza de un largo sorbo y tras observar que definitivamente Álvaro ya no iría a ningún partido de fútbol más en su vida, me dispuse a trabajar. Lo primero era llevar el cuerpo a la bañera del cuarto de aseo, que quedaba cerca para que no estorbara, cosa que tanto le había gustado hacer en vida. Saqué un plástico grande y largo que tenía preparado, lo desplegué paralelo a su lado y, girándolo en redondo, cayó como un tronco rodado en el centro del mismo. Trataba de no pisar la sangre, claro, porque eso supondría trabajo extra. De esta manera lo pude arrastrar con cierta comodidad hasta el baño. El suelo se fue manchando durante el trayecto, describiendo un camino rojo, aunque no demasiado ancho. Una vez bien metido en la bañera, en la que cayó adoptando una extraña postura, como la de un borracho de los que duermen en los bancos del parque por la noche, me dispuse a limpiar. Lié bien el plástico y lo metí en una bolsa negra. Tenía varios plásticos y bolsas de basura preparados por si hacían falta en algún momento. Ahora tocaba limpiar todo el suelo de la cocina y el rastro hasta el baño. No fue tan trabajoso. Fueron suficientes unos cuantos cubos de agua limpia con lejía, una vez vaciada la sanguinolenta. Después, con diferentes productos de limpieza, lo dejé todo resplandeciente y aromatizado. Asentí mientras pensaba: “Está perfecto, y en nuestro país dudo mucho que apliquen técnicas extremadamente innovadoras para detectar restos

de sangre como en las series americanas; seguro que aún eso no ha llegado a nuestra policía”. En todo caso, también había pensado en ello. Me coloqué la mascarilla, que sería mi compañera en los distintos momentos que me quedaban por pasar, porque disminuiría en parte el desagradable olor del cadáver y protegería mis fosas nasales. Volví a limpiar una vez más, esta vez con cloro diluido en agua, porque según me había informado, no podía verse ya ni con la linterna de rayos ultravioletas de los mejores investigadores. No debía olvidar que aún mi invitado estaba en la bañera. Y era realmente esa la parte que más ponía en duda mi conciencia, mi moral, mi aguante: la complejidad de mi alma.

En el rato que había estado limpiando, había acabado prácticamente de desangrarse, lo cual fue un alivio. No quería ponerme a limpiar de nuevo. Me situé frente a él dejando el lavabo a mi espalda. Aunque no estuviese excesivamente alterado, era inquietante y desagradable ver su cara desencajada y lívida que iba tornándose en un ligero tono azulado, así que acerqué mi mano lentamente y le cerré los ojos. Con una bolsa de basura negra cubrí su cabeza por completo quedando cerrada con esta la herida mortal del cuello. Para asegurarme de que quedara bien cerrada, le coloqué una presilla grande en el cuello, sobre la bolsa, tan fuerte, que de estar vivo lo habría ahogado seguro.

—Lo tienes bien merecido, cerdo —pensé y recordé aquella cita inspirada de Walter Scott que aprendí de adolescente: “La venganza es el manjar más sabroso condimentado en el infierno”.

## *Capítulo XX*

—Estoy completamente seguro, Laura, que te llamó poderosamente la atención el orden y pulcritud que viste en mi casa. Mi casa, que me la dejaron mis padres como herencia, no tenía muchos lujos, pero si estaba muy limpia y ordenada. Cuando mi vida se fue al traste en muchos aspectos, gracias a Álvaro, me resguardé en la perfección y el orden como salida, como entretenimiento, como algo imprescindible y obsesivo. Estaba como en esas tiendas de muebles que tienen montadas salas de estar o baños de exposición.

Lo mejor que tenía la casa era un sótano, que sería el lugar que utilizaría para lograr la desaparición del cadáver. Con el telefonillo de ducha limpié concienzudamente la bañera y el cuerpo. La idea era que una vez estuviera fuera de la bañera, nada se volviera a manchar. Toda la sangre debía quedar en la bañera y no fuera. Lo miré y ya su traje a medida no le quedaba tan perfecto. A lo largo de la bañera, por fuera, puse otro plástico de un tamaño suficiente. Con cierto esfuerzo lo saqué y con un ruido seco cayó al suelo. Lo fui arrastrando por el largo pasillo hasta una segunda sala de estar situada al fondo, que era donde, bajo una alfombra, estaban situadas las portezuelas del sótano. Supongo que muchas personas en mi situación estarían descontroladas y sudorosas, pero en principio eso no me estaba ocurriendo a mí. No podía asegurar que no me fuera a pasar más tarde. Abrí la puerta doble, encendí la lúgubre luz que alumbraba tenuemente la escalera y bajé el cuerpo lentamente. La cabeza fue rebotando: pum, pum, pum por cada uno de los escalones. No me preocupé, sabía que no iba a molestarle. Tenía que darme prisa porque aún quedaban muchas cosas pendientes.

Y en este punto llegaba a una de las cuestiones que me planteaban un

mayor quebradero de cabeza. O buscaba un recipiente tipo bañera donde meter el cadáver entero, o tenía que desmembrarlo, con lo cual sería mucho más manejable y el trabajo más fácil. Había sonreído varias veces pensando cómo lo hacían antiguamente: amarrar el cuerpo a dos caballos y azuzarlos, como en aquellas películas antiguas en blanco y negro. Era un plan, aunque cómico, demasiado complicado: el lugar, los caballos, etc. Mejor las tenazas o el hacha. Sabía que con bañera o sin ella, el hecho de desmembrarlo era inevitable, pero prefería hacerlo una vez que la cal viva hubiese hecho su trabajo descomponiendo casi por completo la carne y los tejidos. Era más fácil desencajar brazos y piernas a un esqueleto que a un cadáver. La segunda opción me recordaría a la canina que teníamos en el instituto, en clase de biología, con la que jugábamos a ponerle cigarros encendidos en la boca o colocarle los huesos en posiciones grotescas. Sería menos desagradable de esta manera, digamos que más práctico en todos los sentidos. Por supuesto que la idea de quemarlo se me había pasado por la cabeza. Era un método que eliminaba cualquier tipo de prueba, incluso si la temperatura se acercaba durante un tiempo suficiente a los mil grados, creando un efecto incineradora con planchas de metal, los huesos quedarían deshechos, todo reducido a polvo. El inconveniente era que un fuego de ese calibre habría que hacerlo en el exterior y se vería a kilómetros de distancia, tanto de día como de noche, y no estaba dispuesto a dejar ese rastro visual tan evidente. Así que había conseguido una bañera de polietileno que estaba perfectamente preparada en el sótano. Me salió barata, porque la encontré tirada cerca de un contenedor de basura. Me puse la bata azul y el gorro que, aunque eran exactos a los originales, los había adquirido en una tienda de disfraces. Aparte de evitar manchas y cubrirme, la parte teatral del traje tenía su gracia. También la mascarilla.

Despojé al cadáver de su ropa y la metí en otra bolsa de basura negra. Quemar un poco de ropa y plásticos en mi chimenea sería lo menos sospechoso del mundo, y además, limpio y rápido. Ahora venía otra de las partes más desagradables: cargar con el muerto y meterlo dentro de aquella vieja bañera que ahora resplandecía brillante. Me situé por detrás, por el lado de la cabeza. Me agaché. Metí los brazos por sus axilas para aprovechar bien la fuerza y levantarlo. Su peso parecía ahora el doble. Metí primero el torso. La cabeza volvió a dar un golpe sonoro en el fondo de la bañera produciendo un extraño sonido reverberado. Con cuidado, para que el torso no volviera a salirse, alcé sus piernas y cayó violentamente dentro adoptando una posición

lateral. Cualquiera lo hubiera dejado así, pero yo con mi sentido del orden y del buen hacer no podía permitírmelo. Lo coloqué para que estuviera perfectamente boca arriba con la espalda apoyada en el fondo de la bañera, sus brazos estirados simétricamente a lo largo del cuerpo y las piernas bien puestas, aunque encogidas. No era una bañera enorme, pero sí suficiente. Con cuidado corté la presilla ayudado de unas tijeras y le quité la bolsa de basura de su cabeza, cosa que no resultó nada agradable. Por los bordes de la misma fue cayendo cierta cantidad de sangre que se había acumulado por los golpes de las escaleras, y por la posición en que había sido arrastrado el cuerpo, con los pies hacia arriba. Al menos me tranquilizó ver que toda caía dentro de la bañera. El cambio químico de los músculos debido al rigor mortis empezaba a observarse por la rigidez general. Donde hubo una cuchillada ahora aparecía un agujero evidente y rojizo rodeado de un morado entre azul y verdoso que se había extendido por gran parte de su rostro. Alrededor del cuello quedó una marca profunda igual que la de los ahorcados. La terrible expresión de terror y sorpresa se le había quedado fijada como en una fotografía. En el cabello conservaba algún resto espeso de sangre casi seca. Ahora pensé que había sido una buena idea la de cerrarle los ojos arriba porque si no, al quitarle la bolsa me habría encontrado una mirada acusadora, escalofriante y fija. Una ligera inquietud comenzaba a apoderarse de mí. Respiré profundo. Ahora entraba en juego la cal viva. Ya me había documentado de que se utilizaba en la metalurgia en procesos de fundición, e incluso los griegos la emplearon contra sus enemigos como forma de defensa de sus murallas arrojándola a altas temperaturas. Está claro que en ninguna indicación venía prescrito que podía manipularse para deshacerse de cadáveres, pero era también uno de sus posibles usos, habitualmente utilizado por la mafia en tiempos de la ley seca para hacer desaparecer cuerpos y dejar únicamente huesos irreconocibles.

Así que llené la bañera de agua hasta cubrirlo por completo y añadí la cal viva en grandes proporciones. Sabía que debía hacerlo rápido. Al contacto con la cal, el agua se iría calentando rápidamente hasta alcanzar una temperatura mantenida de ciento cincuenta grados que sería la responsable de la destrucción completa de todos los tejidos. En cuanto empezó el efecto de la cal con el agua, superpuse la consistente plancha de polietileno sobre la bañera del mismo material. Tenía una doble función: que no me salpicara el agua hirviendo, y que los olores fétidos que desprendería el cadáver durante

su descomposición, sin duda fortísimos, apenas salieran de allí dentro. En fin, todo lo estaba haciendo según lo previsto. Había recuperado por completo el control. Me sentía satisfecho y tan estable y sereno que me daba miedo incluso de mí mismo. Subí las tétricas escalerillas de mi sótano con la bolsa de ropa en la mano y me di cuenta de que algunas gotas de sangre habían quedado en las escaleras, escapadas de la bolsa de basura a pesar de la presilla mientras hacía el negro descenso, escalón a escalón. El antiguo papel amarillento que cubría las paredes de la escalerilla añadía sensaciones lúgubres, antiguas. Cerré las pequeñas puertas y puse la alfombra. Coloqué la ropa con bolsa y todo en el hueco de la chimenea. Del lateral de esta cogí unas cuantas ramas de leña para mezclarlas y que así el fuego prendiera mejor. Lo rocié todo con alcohol y encendí la cerilla. Un fuego vivo se apoderó del conjunto. La bolsa se fue deformando creando rostros terribles, bocas que se deformaban desencajadas y desaparecían dando luego paso a la ropa, que también prendía fácil. Sus zapatos desprendían un humo negro muy denso, discreto en la oscuridad de la noche. Supuse que sería lo último en desaparecer. Salí de la casa a fumarme uno de mis puritos con filtro aromatizados y relajarme. Hacía una preciosa noche de enero con las estrellas brillando como millones de ojos omniscientes y silenciosos. Eran las dos y once de la madrugada. El hecho de que mi casa estuviese tan aislada facilitaba observar la belleza del firmamento, aparte de permitirme la infrecuente acción de matar a alguien sin ser visto. No había vecinos en los alrededores. Era un sitio para disfrutar del campo, de la naturaleza, de la paz. Así que me quedé unos segundos con los ojos cerrados después de acabar con placer mi puro y escuchando el sonido agradable y bucólico del riachuelo que pasaba tras los eucaliptos.

Entré de nuevo. Rocié un poco más con alcohol los restos que aún quedaban por arder. El fuego se reavivó y me quedé mirándolo pensando: “Qué sencillo hubiera sido todo si lo hubiera quemado”. Pero sabía que el riesgo hubiese sido demasiado grande, y no merecía la pena. La idea alternativa conllevaba mucho más trabajo al ser manual, pero era mucho más segura. El siguiente paso que me tocaba ahora era su coche. Qué hacer con él. Era un enorme problema, me quedé pensado. Cogí sus llaves, que previamente había extraído del bolsillo derecho de su chaqueta, arranqué el coche y lo dirigí lentamente hacia la zona del acantilado que quedaba a unos dos kilómetros. Aunque no pasaba ni un coche por la solitaria carretera, sólo puse las luces de posición para llamar la atención lo menos posible. Debía actuar con cautela por mi propia seguridad. Cuando llegué, situé el coche a unos

cuatro metros del borde del enorme acantilado de Los Gigantes que estaba allí, justo frente a mí. Eché el freno de mano. Había buscado una zona en la que hubiese una ligera pendiente. Entre el peso del todoterreno y la propia profundidad del mar que se decía rondaba los veinticinco metros, estaba prácticamente seguro de que el coche nunca aparecería. Después de echar un vistazo y de escuchar el rugido embravecido de las olas rompiendo contra las rocas del acantilado, quité el freno, empujé un poco y el coche comenzó a rodar. Me quedé quieto porque ya mi ayuda no era necesaria. Fue ganando velocidad hasta que cayó con enorme rapidez. La verticalidad del acantilado ayudaría a que en la caída no hubiese ningún tropiezo. Fui siguiendo la bajada sin perder detalle. Impactó en el agua con gran estrépito. Se fue llenando de agua y, al poco, se hundió en las profundidades. Tardó menos de lo que esperaba. Después, lancé el cuchillo. Casualmente, Álvaro se había dejado olvidado el móvil sobre su mesa, en la oficina, como pude comprobar cuando puse la nota, que dejé en su papelera con la batería quitada para futuros planes. Si aparecía el coche alguna vez, estaría tan cerca de mi casa que yo seguiría siendo sospechoso, pero era algo del todo improbable porque los niveles del agua en esta zona nunca variaban, daba igual la época del año. Confiaba en que a veinticinco metros de profundidad la probabilidad de que alguna vez aparecieran era casi inexistente.

Busqué una rama grande que no me fue difícil de encontrar. Me llevó un buen rato pero logré desdibujar las huellas de mis zapatos y de los neumáticos desde el borde de la carretera hasta el acantilado. Algo quedaba, claro, pero apenas apreciable, y menos aún tras unas horas en las que el viento y seguramente la lluvia que amenazaba con caer deshiciesen del todo cualquier posible rastro. Me volví a la casa. La rama seguía llevándola conmigo. Me pareció agradable el paseo de vuelta, me sentía como si me hubiese quitado un gran peso de encima. Ya no existía el coche, el cuerpo estaba bien guardado y en proceso de desaparecer, en fin, por ahora no estaba cometiendo errores, cosa que sabía no debía tranquilizarme del todo. Una vez leí que, cuanto más se planificaba un crimen, cuanto más cuidaba el criminal los detalles para ocultar las pistas y preparar un asesinato, más fácil solía ser la solución del caso. Que las investigaciones más complicadas eran las que habían ocurrido de forma casual, sin premeditación, ya que el asesino no había ido siguiendo unas pautas determinadas que después los investigadores siguen también, sino que iba actuando por impulsos. Eso no me ocurriría a mí. Mi ventaja era ser consciente de ello. Llegué al borde de la carretera donde acababa el asfalto y

un camino de tierra llevaba hasta mi casa. De nuevo, con la rama fui quitando los surcos de las ruedas. Sabía que al día siguiente yo iba a salir por allí mismo con mi coche con lo que probablemente las únicas huellas que aparecerían serían las de mi vehículo, asegurándome de que en ningún caso aparecieran marcas dobles, ni huellas de sus zapatos. Terminé. Llevé la rama al cobertizo, donde guardaba la leña. Pasé la aspiradora por la chimenea y absorbió todos los restos que quedaban. La limpié a conciencia. Quedó como nueva.

Me senté en la mecedora de la entrada. Sabía que no estaba todo terminado, pero por ahora no podía hacer nada más. Debía esperar varias horas para que el cuerpo se descompusiera por completo. Caí en la cuenta de hasta qué extremo había llegado mi afán de regodearme en el proceso. Evidentemente, lo más fácil hubiera sido meter el cuerpo de Álvaro en el maletero del coche, y todo habría terminado rápidamente. Y pensándolo fríamente, hubiera sido lo más lógico, pero en mi cabeza, esa posibilidad había sido descartada. Mi plan era un alarde de soberbia en un proceso complicado que tan consciente me había propuesto. Sencillamente un reto a mí mismo. Yo lo haría todo con mis propias manos, como nadie más podría, paso a paso, tal y como estaba ideado. Sin mucho tiempo para dormir, caí rendido en la cama. Comprobé que, a pesar de la atrocidad que había cometido, no se me había quitado el sueño y repasando con detalle, una vez más, todo lo que había hecho, me fui quedando dormido...

## *Capítulo XXI*

Era muy consciente de que muchos ojos se posarían sobre mí. Lo de mi ascenso y lo de mi mujer eran dos poderosas razones que todo el mundo conocía y que podían ser un móvil claro contra mí, a pesar de que en un principio yo me había presentado como el salvador de la empresa, el que la había defendido y hecho justicia destapando a Álvaro. Aquí era donde entraban en juego mi inteligencia y mi sangre fría. De mis documentaciones anteriores sabía que la cal viva tardaría unas cuarenta y ocho horas máximo en descomponer tejidos y cartílagos por completo. También que esto tenía dos inconvenientes. Por un lado, al igual que era muy eficaz para disolver todo lo exterior a los huesos y dejarlos con un blanco casi perfecto, éstos adquirirían algo más de dureza en el transcurso del proceso, cosa que me preocupaba porque complicaría mi trabajo. Por otro lado, la descomposición produciría un fortísimo olor nauseabundo. Y no tenía tiempo como para, una vez el esqueleto estuviese perfectamente limpio, quitar los restos de cal y verter vinagre. Sabía que haciendo esto, tras varios días en los que había que ir cambiando cada pocas horas el líquido usado, los huesos se reblandecían con lo que serían más fáciles de trabajar, pero el inconveniente era que el proceso se alargaba en exceso. Una de las partes fundamentales que me quedaba por solucionar eran los dientes, identificadores importantísimos para la policía a la hora de estudiar unos huesos. Me había informado de que sumergiéndolos en cierto refresco de cola durante unos ocho días acababan descomponiéndose, pero al igual que lo anterior, resultaba demasiado entretenido y prolongado en el tiempo que yo no disponía. Lo más práctico sería, una vez arrancados los dientes con las tenazas, irlos machacando con la prensa de acero del sótano. Sólo quedaría polvo que sería fácil de esparcir en cualquier lugar. Sin lugar a dudas, era la mejor manera. Así que debía dedicar todos mis esfuerzos en deshacerme del cuerpo de la mejor manera posible y

más eficaz. Volví a pensar: “¡Con lo fácil que hubiera sido meterlo en el maletero del coche! Pero bueno, así me lo he propuesto y así lo voy a llevar a cabo. Todo con mis propias manos”.

De nuevo bajé al sótano una vez pasadas las horas oportunas. Me acerqué a la bañera pensando que el proceso ya habría terminado. Me volví a colocar los guantes de caucho especiales para manejar la cal viva sin sufrir contratiempos, la bata azul y el gorro, así como las gafas de herrero que cubrían gran parte de mi cara, y la mascarilla. Levanté la gruesa tapa de polietileno y un golpe seco de un olor fétido difícil de describir nubló mi mente unos segundos. A pesar de la mascarilla que llevaba puesta un vaho nauseabundo llegó hasta mis pulmones, lo que me hizo toser varias veces apartando la cara con un asco insoportable. El agua translúcida estaba blanquecina, pero dejaba ver por zonas el esqueleto perfectamente limpio. Había llegado el momento de trabajar la segunda fase. Pensé que con este uniforme parecía uno de esos personajes de película de serie “b” de terror, tipo “La matanza de Texas”. Aparté del todo, con cierto esfuerzo, la cubierta de plástico pesado que había puesto sobre la bañera. Esta en su fondo tenía puesto un tapón especial de caucho que cubría el agujero por el que el agua debía salir para vaciarse en la pocetilla exterior. Tiré del cordón metálico que llevaba asido el tapón. No estaba dispuesto a meter las manos, ni con guantes, en esas aguas. Había colocado un tubo de aluminio en el salidero de la bañera que desaguaría directamente donde estaban las aguas sucias y de desecho de la casa. Pero el nivel del agua no se movía. Parecía que el salidero se había obstruido con pequeños restos de tejidos. Metí el palo de la escoba unas cuantas veces con fuerza en el agujero de la bañera hasta que el agua empezó a moverse. Lentamente la bañera fue vaciándose. El líquido con restos humanos iba saliendo despacio y tenía que ayudarla con agua a presión de la manguera. El nivel fue bajando poco a poco. Primero quedaron descubiertas las rodillas, o lo que quedaba de ellas y luego la calavera y las costillas. Un espectáculo sumamente macabro. Cogí las tenazas y me arrodillé en el borde de la bañera. Uno a uno fui desencajado los dientes. Un ‘crac’ seco que a cualquiera hubiera resultado sumamente desagradable, parecido al sonido que se produce al romper una caña por la mitad, sonaba cada vez que extraía uno de ellos. Me caía el sudor por la frente. Estaban más duros de lo que pensaba pero poco a poco, con toda mi concentración y mi esfuerzo en hacerlo bien, todos acabaron

formando parte de un siniestro montoncito. Los cogí con la mano derecha ya sin guantes. No pensé que fueran a hacer falta en absoluto para esto. Los puse en la plancha de madera sobre la que colocaba mis herramientas cuando hacía cualquier chapuza. En primer lugar cogí una muela. Era algo nuevo para mí y no sabía si resultaría como lo tenía pensado. Alrededor de la prensa había puesto una caja para que si salía algún fragmento de diente disparado, no cayese al suelo. Abrí un poco la boca de la prensa girando la manivela. Me percaté de que, como acto reflejo, también había ido abriendo yo mi boca. Coloqué la pieza dental. La fui girando de nuevo, esta vez al contrario, hasta que la muela quedó perfectamente aprisionada. Ya sólo fue cuestión de ir apretando. Cuando noté que la presión ya era la justa, en un movimiento brusco machaqué el diente, saliendo desprendido un pequeño fragmento que cayó dentro de la caja. El resto era polvo blanco. Sonreí pensando en lo bien que lo había calculado. Volví a colocar el trozo de diente, y esta vez sí quedó deshecho por completo. Así seguí con incisivos, caninos, premolares y molares. Había sido una gran idea. Una vez hube terminado, cogí el bote de cacao que tenía al lado y eché en él todo el polvillo de dientes que había, tanto por encima de la plancha de madera como por la caja. Quedó todo limpio de nuevo, y una vez que el polvo de dientes estaba perfectamente guardado en el bote, lo cerré y a otra cosa. Cogí la cizalla hidráulica que compré tiempo atrás en una tienda de segunda mano. Tenía una potencia de corte muy grande y una boca como de cangrejo con dos cuchillas preparadas para doblegar el metal más robusto. Cumplía bien su función: una increíble fuerza con el menor esfuerzo por parte del que la maneja. De eso se trataba. Además, me la vendieron sin ningún tipo de factura, lo que quiere decir, sin registro. Con ella en la mano me acerqué al esqueleto. Esta parte si que parecía sacada de una película de terror aunque bien es cierto que, visto desde fuera, todo en general resultaba así. Bueno, tampoco estaba mal ser el protagonista, el que no acaba muerto, y a ser posible, el que sale indemne de todo. Coloqué la cizalla justo en las vértebras cervicales con las manos bien asidas a ambos brazos de la herramienta. Con un movimiento justo hice un corte que provocó la caída inmediata de la calavera, que se desprendió del cuerpo. Cayó entre las costillas, sobre las vértebras lumbares. Me pareció algo jocoso, parecía un juego de esos preparado especialmente para Halloween. No, no iba a utilizar la calavera como pisapapeles, como me decía una voz interior con sorna. Contemplé el cráneo y recordé aquellas palabras de Hamlet: “Esta calavera tuvo lengua y pudo cantar”, pero ya lo que me faltaba era imaginármela

cantando y ya tendríamos una segunda escena ideal para la noche del treinta y uno de octubre. Abrí la prensa metálica hasta el máximo haciendo girar la barra unas cuantas veces. Así abierta, al máximo, sí había una abertura suficiente como para machacar la calavera también, al igual que los dientes. Forzosamente debía quedar de lado, pero eso no era un problema. Coloqué bien la caja para que no fuera a caer ningún fragmento al suelo. Las cuencas de los ojos se dirigían hacia mí: la muerte me miraba desde el fondo frente a frente. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Ajusté la prensa al cráneo exactamente y me preparé para provocar el horrendo crujido.

## *Capítulo XXII*

Me situé frente a la prensa. El cráneo estaba bien apretado por los lados. Agarré fuerte la palanca y con un sonoro crujido la calavera se rompió por la mitad, dividida en dos partes casi iguales. Volví a situar una de las partes y de nuevo la machaqué. Esa era la idea, reducir los trozos prácticamente a nada. Me llevó una hora y cuarto, pero al fin la calavera prácticamente no existía, estaba reducida a pequeños trocitos y polvo. Cogí de nuevo la cizalla. Me dirigí a la bañera. ¿Por dónde debía seguir? Lo que más llamó mi atención fueron las rodillas, ya que sobresalían hacia arriba totalmente rígidas a modo de montaña. Supuse que haciendo el corte justo en el vértice de la rótula, tanto el fémur como la tibia y el peroné caerían desplomados. Pero no fue así. Hice el corte con la cizalla y, para mi sorpresa, el fémur siguió firmemente adherido a la pelvis. La tibia y el peroné sí cayeron estruendosamente junto a los tarsos y metatarsos. Poco a poco fui desmembrando el esqueleto hasta dejarlo por partes separadas. Ya la idea era coger uno por uno y dividirlo con la cizalla por la mitad, o en varias secciones y luego irlos machacando con la fortísima prensa, y así con todos los huesos, con paciencia, con tesón y precisión. En efecto, era mucho trabajo, pero no me quedaba otra. Una vez me había embarcado en esta macabra empresa debía terminarla. El hecho de que la investigación policial se hubiese acelerado por haber cobrado el caso una especial notoriedad, provocó que todo se precipitase. Fue algo inesperado y lo que tenía pensado hacer en un período mayor, ahora era imprescindible resolverlo en la mitad de tiempo. Los huesos iban sonando como cañas que se cascan por la mitad cuando las rompemos con la rodilla. Era un sonido seco, fuerte, muy característico. Se notaba que se habían endurecido en cierta medida por el efecto de la cal viva. Menos mal que llevaba puesta la mascarilla, de lo contrario, tendría las fosas nasales y los pulmones llenos de polvo de huesos humanos, y ni quería tener las pruebas contra mí en mi propio

cuerpo, ni contraer ningún tipo de enfermedad por ello. Alrededor de las seis de la mañana el trabajo estaba terminado. Todos los huesos habían sido fragmentados, rotos y machacados. Lo único que había quedado era polvo y pequeños fragmentos. Me dolían los brazos por toda la fuerza que había tenido que ejercer. Fue el trabajo más duro que había llevado a cabo en toda mi vida. Pero *voilà*, había terminado, ya no existía cadáver alguno. El resto consistía en la parte quizás más delicada: los detalles...

## *Capítulo XXIII*

Si hubiese tenido una cámara de vídeo en el techo del sótano, habría resultado algo espantoso para cualquiera. ¿Imaginas, Laura? Un tipo con pinta de cirujano asesino arrastrando un cadáver por las escaleras de acceso. Desnudándolo. Metiéndolo en una bañera. Cubriéndolo con agua y cal viva. Esperando con gran paciencia el proceso de descomposición. Desmembrándolo con una cizalla, haciéndolo añicos y machacándolo con una prensa durante horas y horas. En fin, como decía, sería un horror para cualquiera, y lo entiendo, pero yo me situaba como fuera de esa imagen. Más que en mí mismo haciendo todo aquello, me centraba en hacer bien lo que me había propuesto, más como un trabajo que como la atrocidad que comete un monstruo, aunque el resultado fuese el mismo. Me quedé un rato perdido en mis pensamientos y sensaciones. De pronto, una alerta interior me dio un pinchazo. Si no me deshacía de la bañera, me resultaría bastante complicado explicar a la policía qué hacía allí. Antes que anda, apliqué con un paño agua salada en cada centímetro de la bañera de forma que tras un buen rato quedó perfectamente limpia. El agua salada eliminaba bien cualquier resto y además, no dejaba ningún olor. Después de todo, este esfuerzo se presentaba como algo enorme, pero debía hacerlo, no me quedaba más remedio. A tirones la acerqué a la base de las escaleras. A pesar de ser de polietileno, debido al tamaño de la misma y a su grosor, el peso era considerable. En ese momento agradecí que no hubiera sido metálica, si no, hubiera resultado una empresa casi imposible. La subida parecía más alta que nunca, casi inalcanzable con un peso como aquel. Me puse a buscar algo aturrullado la cuerda gruesa que tenía por algún lado del sótano. La encontré en la parte superior de la estantería del fondo. La lié alrededor de la bañera, dándole dos vueltas, para que me resultara algo más fácil de manejar. Subí por la alfombra que cubría la puerta de acceso y la coloqué debajo de la bañera para que, aparte de la cuerda, también me

ayudase a deslizarla. Me amarré la cuerda a la cintura, aproximadamente a un metro de distancia de la bañera. Así no tendría por qué cogerla: lo único que tendría que sujetar sería la alfombra para que no resbalase y cayese hacia atrás. Antes de comenzar la miré y pensé: “Fue mucho más sencillo bajarte”. Empecé a tirar andando hacia atrás, tirando fuerte y asiendo con firmeza la alfombra. La subí al primer escalón. A partir de ahí ya se trataba de llevarla en esa posición ascendente deslizándola. La cuerda se me clavaba en la columna y en la cintura. Estaba seguro de que me dejaría unas marcas claras. Para ayudarme un poco más, me fui agarrando a la barandilla. Poco a poco fui ascendiendo. No debía demorarme demasiado porque pronto amanecería. Con grandes esfuerzos la fui llevando hacia la parte superior. De pronto, cuando ya casi había llegado arriba del todo, perdí el equilibrio resbalando en un escalón, y me vi arrastrado violentamente hacia abajo, cayendo sobre los escalones. Pude frenar agarrándome de nuevo a la barandilla, pero me había hecho mucho daño y eso había mermado mis fuerzas. A punto estuve de dislocarme el brazo, además del enorme tirón en la espalda y el culazo contra los escalones. Luego recobré un poco el aliento. Otra vez me puse a tirar hacia arriba. Notaba una gran tensión en el cuello. Era increíble, pero deshacerme de la bañera era algo que se había escapado a mis cálculos. Por fin llegué arriba. Me senté un poco en el suelo y cogí aliento. Después me deshice de la cuerda que seguía clavada en mi cintura. Me miré. Me había raspado bastante. Dos rozaduras simétricas sangrientas aparecían a ambos lados de las caderas. Una vez quitada la cuerda, arrastré la bañera sobre la alfombra hasta la salida de la casa. Rápidamente anclé el remolque a la bola del coche, el mismo con el que la había traído. Lo acerqué lo más posible. Abrí la portezuela y levantando la bañera una vez más, conseguí subirla. Sobre mi camiseta se podían observar dos marcas de sangre a ambos lados. Cerré bien la puerta de la casa y subí al coche. La idea era dejarla en el lateral del contenedor de basura cercano al acantilado donde la había encontrado, al fin y al cabo, era allí donde alguien la dejó, y únicamente había desaparecido unos días. No quedaba ningún resto de nada y además, tampoco desprendía apenas olor. En breve, el olor a basura la impregnaría intensamente. Eché algo de tierra del lugar por encima. La observé unos minutos pensando: “como si nunca te hubieras movido de aquí”.

Empezaba a hacer algo de frío. Ya el sol comenzaba tímidamente a salir. “Mierda, con las prisas he salido con el traje de cirujano”, pensé. Me lo quité rápido allí mismo. Cualquiera que me viese no olvidaría la pinta con la que

iba. Arrojé la ropa azul en el sillón del copiloto. Con los costados doloridos, con un fuerte tirón en la mano y extenuado de cansancio, volví a subir al coche y me dirigí a casa. Estaba empezando a cometer errores. En esta ocasión, no pude dedicarme a emborronar las marcas de los neumáticos ni nada por el estilo. A esa hora ya empezaba a cruzarme con algún vehículo. Llegué a casa. Volví a dejar el remolque en su sitio y aparqué bien el coche. Entré a toda prisa. Cogí la aspiradora y bajé al sótano que había quedado abierto. Pasé la aspiradora por cada rincón, tanto del suelo como de la plancha de madera y la caja que me había servido como contenedor de los restos. Deshice la caja doblándola y dejándola bien puesta en un rincón, con la intención de tirarla a la basura en otro momento. La aspiradora fue absorbiendo polvo y restos pequeños y diminutos de huesos humanos por todos los rincones. Concienzudamente fui pasándola una y otra vez hasta que no quedó el más mínimo resto blanco por ningún lado. Luego, con productos de limpieza, fregué y perfumé la plancha de madera y el suelo de un lado a otro. Ordené las pocas cosas que no estaban en su sitio con los ojos medio cerrados de cansancio y el cuerpo dolorido. Una vez terminé, me subí al primer escalón, como era mi costumbre, y observé detenidamente toda la estancia. La cizalla no estaba bien puesta. Me acerqué y la coloqué con exactitud sobre el en su lugar en la tabla destinado a ella, porque las tenazas, hacha y todas las herramientas que poseía ya estaban muy limpias y colocadas sobre sus dibujos. De forma cansina, sin fuerzas, fui subiendo los escalones y en esos momentos vi que no era tan listo, que también cometía errores. Digamos que la partida de ajedrez aún iba ganándola bastante bien, pero los deslices empezaban a enturbiarla. Intenté que a pesar del cansancio, mi cerebro siguiera ordenando los pasos adecuados que debía tomar. “Vamos Javier, ¡hostias!, espabila”. Me di dos tortas en la cara. Pensé en la camiseta manchada de sangre. Si la ponía a lavar, ¿cómo explicaría a la policía si registraban mi ropa sucia por qué estaba manchada de sangre, ya que esta no saldría tan fácilmente? Para evitar suspicacias decidí deshacerme totalmente de ella también, así que me la quité. Junto a las gafas de herrero y el resto de ropa de trabajo la arrojé a la chimenea y rociando todo con alcohol de quemar y cubriéndolo con algo de leña, las quemé por completo. Prueba menos. Fui a mi dormitorio y cogí ropa para ducharme. A pesar del enorme cansancio, estaba claro que una buena ducha era fundamental. Con la ropa limpia me dirigí al baño. Sobre la cómoda había una foto mía con mis compañeros de trabajo, entre ellos, Álvaro. Cogí la foto y me centré en él. “Míralo, cómo se

pavoneaba entre nosotros haciendo notar en todo momento quién era el jefe. Cómo me miraba el estúpido incluso en la foto. No sé si realmente merecías lo que te he hecho, pero de una u otra manera debías pagar por haberme destrozado la vida y el futuro como lo hiciste. Pobre cabrón, ahora ya no fastidiarás más a nadie”. Miré mi cara reflejada en el cristal de la foto. Parecía que el cansancio había desmoronado mi tremenda frialdad. Me sentía más humano, más en la tierra, más monstruo. Pero, aunque sabía que había llegado demasiado lejos y que a pesar de mis motivaciones no estaba justificado lo hecho, sí comprendía perfectamente mi desesperación, con lo que mi conciencia se mantenía intacta. Antes de meterme en la ducha, me miré en el espejo. Me di cuenta que estaba muy desmejorado. Tenía las ojeras bien marcadas y una dura mirada felina a la que no estaba acostumbrado. Por un momento no me reconocí. Me acerqué un poco más a mi reflejo y me dije: “Lo has hecho, lo has conseguido, lo has llevado a cabo, ¡muy bien!”. En mi rostro se dibujó una extraña sonrisa de satisfacción. Me metí en la ducha. Salió agua caliente y me hizo daño al entrar en contacto con mis heridas de manos y caderas. Cerré los ojos y me mordí el labio inferior. Terminé de ducharme. Recogí escrupulosamente el baño. Como ya dije, cuando mi vida se hundió, me refugié en el orden como algo obsesivo y necesario y lo llevaba hasta sus últimos límites. Miré el reloj. Las ocho y cuarto de la mañana. Sabía que debía ir a la oficina, que no me convenía no aparecer. En mi cama perfectamente hecha, sobre mis sábanas limpias, me tumbé diciéndome a mí mismo: “Me echo media horita y me voy al trabajo”. Me metí en la cama, me tapé hasta la cintura y caí profundamente dormido en segundos con la foto de la cómoda que acababa de contemplar sobrevolando en círculos mi sueño, con una señal brillante remarcando a Álvaro que me miraba extrañamente.

## *Capítulo XXIV*

Por un pasillo oscuro muy largo, y como transportado por una cinta eléctrica de los aeropuertos me sentí llevado hacia una luz. De repente, asistí a un espectáculo sobrecogedor: mujeres llorando vestidas de negro, coronas de flores y un ataúd en el centro colocado en una especie de rampa rodeado de velas blancas encendidas. Tras éste, podía verse un cuadrado perfecto en llamas y al lado, un hombre pulcramente vestido de negro y completamente inexpresivo, siniestro. Su rostro lo pude ver más de cerca. Era evidente que él no formaba parte de aquella tragedia, de aquel sentimiento. Su rostro expresaba una cotidianeidad enmarcada en un rictus serio y ausente. Entonces me di cuenta de que yo conocía esa cara, me era muy familiar. ¡Claro!, era Andrés, mi compañero de instituto, el único amigo que tuve cuando estuve estudiando auxiliar de enfermería. Qué personalidad tan simple la del bueno de Andrés. El hecho de trabajar allí no tenía nada que ver con un alma oscura, sino que para él era un trabajo como otro cualquiera. Yo le decía en aquel tiempo que quería ser músico, o profesor, y él me contestaba con su humor extraño que él aspiraba a trabajar en un tanatorio, que se ocuparía de aquella gente que necesitara de sus servicios para ayudarla a desaparecer de este mundo. Después, nos mirábamos serios y empezábamos a reírnos como locos. ¡Qué ideas! Desde aquella vez en que me salvó la vida, nuestra amistad se había vuelto más intensa y profunda.

Fue todo muy rápido. Íbamos hablando después de las clases y nos despedimos. Él cruzó la esquina y yo crucé la calle. Con mi despiste me puse a mirar un mensaje que me acababa de llegar al móvil sin percatarme de que aún estaba en medio de la carretera. Casualmente, él volvía porque había olvidado preguntarme la fecha del examen que nos habían puesto un día en que faltó a clase. Entonces, como en cámara lenta, vio cómo un coche conducido

por un chaval se dirigía hacia mí a gran velocidad por el principio de la calle. Sin pensárselo, por instinto más que por sentido común, tiró los libros, salió corriendo y con un salto acrobático me empujó lo justo como para que pasara el coche sin rozarme, que por cierto, en ningún momento aminoró la marcha. Al darse cuenta de lo ocurrido, aceleró para darse a la fuga intentando evadir cualquier posible responsabilidad. Estaba clarísimo que habría resultado un accidente aparatoso y muy grave. Los dos habíamos caído al suelo estrepitosamente. Tras unos segundos de aturdimiento, reaccioné y le dije:

—Tío, gracias a ti sigo vivo. Te debo una. No lo olvidaré.

Él le quitó importancia al asunto sabiendo en su interior que verdaderamente me había salvado la vida. Era mi mejor amigo y son cosas que se hacen. Y bueno, ¿quién iba a imaginarse que al final aquella broma del tanatorio, por los vericuetos por los que la vida va conduciéndonos, se iba a hacer realidad? Vi acercarse a Andrés al ataúd, empujarlo mecánicamente por la rampa sin vacilar e introduciéndolo por completo en aquel infierno anaranjado y abrasador. Pensé que tenía que llamarlo, hacía tiempo que no sabía nada de él. De nuevo la oscuridad llenó todos los espacios. De pronto, vi cómo Álvaro entraba en mi despacho y se dirigía hacia mí. Lo percibía todo como a través de una extraña óptica de ojo de pez. Me miró directamente a los ojos y con un gesto claro, me mandó a su despacho con la displicencia habitual que empleaba al hablar conmigo. Conociéndolo, fui como un cordero al matadero. No porque fuera a hacerme nada físico, claro, sino porque tenía la extraña habilidad de herirme en mi orgullo. Me conocía demasiado...

—Javier, el proyecto que me dejaste el viernes sobre mi mesa, me gustaría que me lo comentaras personalmente.

—Claro, sin problema. Se trata de la publicidad de perfumes Channel y su nuevo producto. Había pensado en unas vallas publicitarias en las que apareciese una mujer rubia joven, con un traje elegante, insinuando que todo su éxito se debe al perfume que usa. Me pareció una buena idea, algo con lo que muchas mujeres podrían identificarse.

—Entiendo, una mujer rubia como la tuya —murmuró, repitiendo mis palabras con una media sonrisa.

Lo miré con el odio acostumbrado. Entendí perfectamente que al decir “mujer rubia como la tuya”, me estaba haciendo saber que él la conocía tan

bien o mejor que yo y en todos los aspectos. Lo pasé por alto porque sabía que otra actitud no me llevaría a ningún lado.

—Pero Javier, esa idea ya me la propuso uno de nuestros becarios la semana pasada y le dije que no funcionaría, que ya se ha intentado otras veces y en todas ellas ha resultado un fracaso. En todo caso, no te desanimes. La idea no es del todo mala, sólo tienes que trabajarla más y de forma más original. Aún te queda mucho por aprender. Si quieres te paso el número del becario, ¡ja ja ja! — se rió de forma estentórea.

Sentí ganas de hacerle daño, muchas ganas. Una vez más, sin aportar absolutamente nada, había tirado por tierra mi esfuerzo y mi tiempo. Clavándole la mirada contesté que seguiría trabajando en ello. Bajo su observación felina salí del despacho. Una vez más me rebajó a incompetente, a tener ideas comerciales y sin originalidad. No se trataba del simple anuncio del que hablábamos, sino de la actitud de desprecio con la que se permitía hablarme a mí, que llevaba más tiempo en la empresa y la conocía mejor en todos los aspectos. Además, estaba prácticamente seguro de que la historia esa del becario era falsa, tan sólo era una manera más de despreciarme.

Al rato lo vi salir. Miré por la ventana y mi mujer llegaba a la puerta del edificio. Me alegré. Pero, al poco, vi por los ventanales que él salía por la puerta principal y ella se cogía de su brazo. No pude reprimir la idea de coger su asiento de despacho, tirarlo por la amplia cristalera y que en la caída, junto a los cristales, acabasen aplastados los dos. Por supuesto no lo hice, pero aquello fue la confirmación visual de lo que yo ya sospechaba, que había conseguido romper mi matrimonio despojándome incluso de mi mujer en mi cara, frente a mis compañeros de muchos años. Me costaba mucho comprender cuál era el odio que le impulsaba a regodearse en esa degradación diaria a la que me sometía. Por supuesto pensaba que al yo resultarle tan anodino, podría ser su conejillo de indias para elevar lo más posible su autoestima y hundirme a mí en el barro de forma irremediable. En mi cabeza se repetía la misma idea: de alguna manera esa situación va a cambiar.

Me dirigí rápido al ascensor para salirles al encuentro y ver sus caras frente a mí. El ascensor se abrió y delante de mí apareció la figura de Álvaro ensangrentado y mirándome fijamente.

—¿Por qué me has hecho esto, Javier? ¿Realmente crees que lo merecía?

—Pues claro que sí, eres un ser despreciable que merece todo el daño que le hagan.

Mis palabras sonaron muy duras, pero me parecieron justas. Se fue acercando con la mano derecha extendida hacia mí llena de sangre que goteaba a medida que se me aproximaba. Yo fui dando pequeños pasos hacia atrás. No quería que me tocara, me provocaba repugnancia. Tanto fui hacia atrás, que acabé contra el amplio ventanal de la oficina desde el que se veía toda la ciudad. Mi espalda estaba apoyada contra el frío cristal y él estaba ya muy cerca de mí. No quería que me tocara, no soportaría su dedo sanguinolento sobre mi cara. Me resultaba asqueroso, me empezaban a dar arcadas por la impresión que su imagen me estaba causando y el olor a podrido que empezaba a sentir. Con su dedo a medio palmo de mi cara, giré el rostro y grité:

—¡No me toques!

La imagen de Álvaro se desvaneció. Vi a mi mujer sentada en mi mesa de despacho. Me acerqué a ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que ya has terminado de divertirte con él? Os he visto salir desde la ventana. ¿Cómo has podido hacerme eso? ¿No te das cuenta de que él no te quiere, que te utiliza para hacerme daño y te acabará dejando tirada?

Ella me miró tranquila, sin inmutarse.

—Javier, supéralo, ya no te quiero, ahora estoy con él y nos va muy bien. Es mucho más hombre que tú, asúmelo. Él me ha hecho ver quién eres realmente: un don nadie. Lo siento, pero esa es la verdad.

Vi que el efecto de las palabras de él acerca de mí habían resultado devastadoras en ella. La había conseguido cambiar por completo. Silvia era una chica dulce e ingenua cuando la conocí. Nos enamoramos rápidamente porque los dos nos hacíamos reír el uno al otro con mucha facilidad y nos entendíamos estupendamente. Para cualquiera quedaba claro que nuestra relación era muy especial. Para Álvaro también y eso no pareció gustarle demasiado. Se metió en la cabeza de ella como un virus sin que yo me enterase y la hizo cambiar de forma increíble e irreparable. Ya he dicho que ella era bastante ingenua e influenciabile, y en eso de confundir el alma humana él era un experto consumado.

Tras las palabras que me acababa de dirigir yo también la odié, exactamente igual que a él. Me fui hacia ella con el puño apretado y con un pisapapeles en la otra. Fui acelerando el paso, pero algo curioso estaba ocurriendo. Cuantos más esfuerzos hacía por acercarme a ella, más lejos estaba. Parecía evidente que mis intenciones no eran pacíficas, aunque yo mismo no tenía claro hasta dónde estaría dispuesto a llegar. Yo, que siempre me había tenido por alguien con carácter, pero pacífico, me sorprendía por las reacciones y los sentimientos que estaba experimentando. Parecía inútil mi carrera. Cuanto mayor era mi esfuerzo por llegar hasta ella, más lejos aparecía a mi vista. En un último impulso, forzando al máximo mis posibilidades y gritando como un loco, logré llegar hasta su altura. Me miró altiva y orgullosa, como provocándome. Con lo especial que fue nuestra historia, resultaba increíble la forma tan cruel con la que me estaba tratando. Levanté el pisapapeles justo frente a su cabeza: iba a acabar de una vez por todas con su injusta prepotencia..., pero un ruido extraño empezó a sonar. Un sonido que me frenó, que me descolocó, que me abrió los ojos. Era el despertador.

## *Capítulo XXV*

Me desperté tarde. De nuevo me encontré con el extraño asesino en que me había convertido. Me quité la bata frente al espejo del cuarto de baño. Las marcas paralelas de la cintura presentaban un color rojizo oscuro. Me curé las heridas con un algodón y agua oxigenada para que no fueran a infectarse. Estaban secas y parecía que iban a mejor. Me vestí y peiné mecánicamente. Con el peine de dientes abiertos que utilizaba a diario me ajusté el cabello sin prisa. Me puse algo de colonia. Llamé a la oficina y cogió el teléfono Marta, la secretaria de Álvaro. Le expliqué que me encontraba fatal y que lo más seguro es que ya fuese a trabajar al día siguiente. Me dijo que no me preocupara, que de todas formas ahora, con el tema de la investigación y tanta policía para arriba y para abajo, el trabajo andaba un poco parado. Que me cuidara y me mejorase.

Me senté en el sofá y me puse a reflexionar. No me quedaba duda de que revolverían cielo y tierra en todas las casas en las que harían registros. Lo último que querría su departamento sería que Álvaro no apareciese por ningún lado, y además, si alguien le había hecho algo, quedase libre y anónimo. Sería una imagen negligente a evitar a toda costa. Esto en cuanto a las pruebas. También me constaba que iba a ser sometido a interrogatorios en los que investigadores tratarían de encontrar en mis palabras contradicciones e indicios de culpabilidad. Así que conservar mi estabilidad espiritual y mi ánimo eran fundamentales. Debía estar más centrado que nunca y no olvidar ningún detalle.

Repentinamente, recordé que, a pesar de la exhaustiva limpieza que había llevado a cabo en el interior de la casa y en el sótano, las cenizas de Álvaro aún estaban en la bolsa de la aspiradora. ¡Menos mal que me había acordado! Si la encontraba la policía, habría sido una prueba de cargo irrefutable. Esto

no era una simpleza que había olvidado: era la piedra angular de todo lo que estaba por venir.

La aspiradora estaba perfectamente guardada en su rincón del sótano. La cogí y saqué la bolsa donde permanecían los restos de mi colega de trabajo y coloqué una nueva. Recordé también que parte de los restos de hueso los tenía en un bote de cacao de la estantería. Los junté todos en la misma bolsa. Debía tener cuidado. Un buen análisis podría aportar datos de ADN indeseables. La pregunta ahora era: ¿dónde los arrojaría? La idea del mar está claro que resultaba de lo más poética, pero ahora la cosa no estaba para romanticismos. La policía estaba por todas partes y no se trataba de dejarse ver por aquí o por allá porque provocaría preguntas. Ya está: el váter sería un buen lugar. Volqué la bolsa de cenizas con mucho cuidado en la taza del inodoro. Todo quedó dentro, hasta el más pequeño resto. Ahora lo suyo sería quemar la bolsa y así no quedaría nada de nada. Quemé la bolsa de la aspiradora en la chimenea y con la pala fui llevando las cenizas con cuidado y paciencia hasta el fondo del váter. Barrí los restos con el recogedor. Luego, mirando con expresión cómica y cara de circunstancias la escena, dije:

—Adiós, Álvaro, que tengas buen viaje.

Me quedé observando cómo el agua, con una especie de remolino oceánico fue absorbiendo toda la ceniza. Una vez hubo terminado, tiré de nuevo de la cadena. El fondo quedó completamente limpio. Ahora, y nada más que ahora, cualquier resto del crimen había sido eliminado, y exclamé:

—Javier, sin cadáver no hay crimen, y sin crimen no hay castigo.

Me sonó bien la frase, digna de usarse como título de una novela negra.

## *Capítulo XXVI*

Respecto a ti, Laura, antes de dar luz verde a la idea forzada de eliminarte, en el último momento, se me había ocurrido un plan imprescindible, sin el cual quizás no lo hubiera hecho. En primer lugar, sabía que debía quitarte de en medio porque, en cualquier caso, que tú salieras de allí con vida supondría mi condena, y en segundo lugar, debía llamar a mi amigo Andrés. Su teléfono lo tenía memorizado en mi gmail desde hacía mucho tiempo, así que no me cabía la menor duda de que aún lo conservaba. Andrés sabía que yo guardaba una grabación de hacía años en la que se le veía tirando aquel muñeco horrible a la carretera desde el puente, provocando muertos y heridos. Era el momento de que me devolviera el favor. Realmente sabía que no me podría decir que no a nada. Miré en mi móvil y allí apareció: Andrés Auxiliar Enfermería. Marqué su número y comencé a escuchar la señal de llamada.

Sonó la voz apagada de Andrés al otro lado del aparato:

—Diga, ¿quién es?

—Pues no sé, digamos que alguien que marcó tu adolescencia y al que no ves hace ya tiempo.

—¡¿Javier?! Macho, ¿qué tal estás? ¡Cuánto tiempo! No he visto que eras tú porque perdí todos mis números. ¿Dime, qué quieres? —le preguntó obviando el resentimiento enquistado que sentía hacia él por la forma en que terminó su amistad, con esos modales educados a los que a veces obliga la cortesía entre personas que se supone han superado traumas antiguos, pero que nunca desaparecieron.

—Necesito salir de ciertos líos en los que me he ido metiendo

últimamente, y he pensado que tú podrías ayudarme.

—Cuéntame —respondió Andrés, tras unos segundos de silencio e incertidumbre.

—Eres quien me ha venido a la mente porque en nadie más podía confiar. Necesito tu ayuda. Además, sé que no podría estar seguro de ninguna otra persona. Tu implicación conmigo en nuestra adolescencia y esa amistad que forjamos va más allá del mero entendimiento personal...

—Tú dirás, Javier. Si pretendías resultar misterioso lo estás consiguiendo. Lo mejor será que vayas al grano.

—De acuerdo, Andrés. Necesito que me dejes acceder durante unas horas al tanatorio y que no me hagas ninguna pregunta. Además, también tendrás que servirme como coartada y decir que esta noche he estado contigo recordando viejos tiempos.

Se produjo un tenso silencio durante unos largos segundos en los que por la cabeza de Andrés pasaron multitud de recuerdos agridulces de su adolescencia juntos.

—Eso no puedo hacerlo, Javier, lo siento de verdad, es una locura y no quiero ni pensar lo que habrá detrás...

—Mira, es algo que debo solucionar inmediatamente y sólo tú puedes brindarme una salida a la encrucijada en la que me encuentro. Ya me temía que dirías que no. Nunca fuiste muy valiente... Hagamos esto por las buenas y todo pasará rápido. No nos metamos en terrenos pantanosos que no tienen por qué salir a la luz.

—No te entiendo... —dijo Andrés consciente de que llegaba el momento que siempre había temido.

—Por supuesto que me entiendes y ya que optas por el camino difícil, debo recordarte que aún poseo en perfecto estado una grabación en la que se te ve cometiendo un acto homicida donde hubo muertos y heridos. Estoy seguro de que la investigación aún sigue abierta a pesar de los años. Y no creo que tuvieras graves consecuencias al tratarse de un acto adolescente y después de tanto tiempo, pero... ¿estás seguro de que querrías ver en la televisión tu cara provocando aquel desastre? ¿Crees que a tu mujer y a tu hija les complacería saber que eres el culpable de algo tan horrendo? Eso las marcaría

para siempre. Pero esto no tiene por qué ocurrir. No lleguemos al punto que ninguno de los dos queremos. Tan sólo te pido que me dejes acceder durante unas horas al tanatorio y me sirvas como coartada para esta noche cuando la policía te pregunte.

—¡Eres un hijo de...! —exclamó Andrés, pero se tragó las palabras para no acabar de expresarle su primer impulso. —Bueno, ¿y quién me asegura que en posteriores ocasiones no utilizarás el mismo argumento para coaccionarme como lo estás haciendo ahora?

—Lo único que vas a tener va a ser mi palabra. Te prometo que será la última vez y con esta promesa es con la que tienes que quedarte. Creo que te he hablado bastante claro, y bueno, en lo que me conoces, sabes que al igual que no tengo piedad, mi palabra es una garantía. Una vez que pase todo esto, quedaremos y te daré la única copia de la grabación, y punto final.

—De acuerdo. Son las diez menos cuarto, en unos quince minutos me iré y dejaré las llaves bajo una maceta grande que hay al lado de la puerta de entrada. Cuando te vayas déjalas en el mismo sitio. Y ni quiero saber nada de lo que pretendes hacer, aunque puedo hacerme una idea, ni quiero saber nada de ti nunca más en la vida, ¡nunca!

—Lo cumpliré. Tras algunas preguntas que te hará la policía y tu declaración jurada de que desde que cerraste estuvimos juntos celebrando los viejos tiempos hasta la madrugada, nunca volveremos a saber el uno del otro. Pero antes de eso, escucha con atención lo que tendrás que responder a la policía, debemos coincidir perfectamente. Te lo voy a repetir varias veces, y por tu bien, pon la máxima atención...

## *Capítulo XXVII*

Bajé al sótano decidido. Laura comenzó a moverse desesperada, gritando, llorando, ahogándose con la mordaza porque adivinó que su momento había llegado. Cogí la jeringuilla que tenía preparada con la droga. Ella miraba horrorizada mientras le acercaba la larga aguja a su cuello. Sin duda, sin demora, introduje la aguja por completo y fui inyectándole todo el contenido mientras creí entender en un balbuceo de su boca “hijo de puta”. Parecía que Andrés y ella se habían puesto de acuerdo en ese calificativo que tan poco me importaba. Segundos después perdió la consciencia. La desaté. Cogí la gran alfombra que me servía para cubrir las puertas que daban acceso al sótano y envolví a Laura en ella para sacarla con mayor comodidad de la casa. Ya había limpiado a la perfección la poca sangre que había quedado en el lugar donde le aticé el golpe. Una vez hecho esto, salí rápido, comprobé que nadie merodeaba por los alrededores, abrí el maletero del coche y la metí allí. Debía darme prisa porque me quedaban cincuenta y siete kilómetros de distancia y en cualquier momento podría ser registrado por la policía. Había controles por doquier, y para colmo de males había secuestrado y llevaba inconsciente a una agente de la ley.

Me dirigí al tanatorio por el camino más corto y menos transitado que conocía. La carretera estaba desierta. Al parar en un STOP, me di cuenta de que en la rotonda situada a unos quinientos metros, en la carretera que debía tomar, había un control policial en que estaban haciendo revisiones, preguntas y registros. Gracias a mi conocimiento de los caminos de la zona, me desvié por uno de arena estrecho y poco conocido, entre campos de cultivo, lo que me obligaba a dar un buen rodeo pero por el que nadie me detendría. Además, saldría cerca del tanatorio sin ser visto, que era mi objetivo. La hora conduciendo se me había hecho interminable en esta ocasión.

Con sigilo y rapidez cogí la llave de debajo de la maceta. Allí, en la oscuridad, apenas iluminada por las tétricas luces mortecinas en este tipo de lugares, estaba yo sacando el cuerpo inmóvil de Laura cubierto con la alfombra. Rápidamente la introduje en el tanatorio y cerré la puerta. Como estaba cansado y no tenía ganas de ningún tipo de esfuerzo adicional, la fui arrastrando por el suelo. Por el camino, uno de sus zapatos se desprendió. Me detuve un momento y lo recogí. En el enorme espacio que constituía este lugar de superficies perfectamente alisadas, limpias y brillantes, únicamente se oía el desagradable y desafinado sonido de un cuerpo humano arrastrado hasta la zona del crematorio, al que llegué siguiendo las claras indicaciones de los carteles. Las pocas luces que llegaban se reflejaban en el bien pulido suelo y se creaban sombras alargadas, como si de las almas de todos los fallecidos que habían pasado por allí se tratase. Como a mi abuelo lo habían llevado allí, y había pasado largas horas en su velatorio, sabía perfectamente adónde me dirigía.

En el manajo de llaves había una marcada: Cremat. Abrí la gruesa puerta y encendí la luz. Dentro de la sala ya no tenía ninguna importancia el tema de la iluminación. Nada se veía desde fuera. Con más esfuerzo del que me esperaba, coloqué el cuerpo de Laura sobre los rodillos metálicos en los que se solían poner los ataúdes. Algo empezó a torcerse. De pronto ella empezó a despertar, a moverse y a gritar horrible y desesperadamente en una lucha agónica por su vida. Afortunadamente había dado varias vueltas a la alfombra con cinta adhesiva americana de embalar, y había atado sus manos y pies con presillas; de lo contrario, se habría soltado. De hecho, a punto estuvo de caer al suelo de no ser porque tuve tiempo para sostenerla. Ahora se me presentaban dos alternativas extremas: asesinarla violentamente asegurándome del resultado, sin intentos como el que anteriormente había hecho en mi casa, o deshacerme de ella de una vez por todas en la incineradora, lo que me resultaría más cómodo y fácil, aunque resultase la acción más terrible y vil que pudiera cometer cualquier ser humano. Tras varios segundos de duda y mientras aguantaba con fuerza sus embestidas y gemidos, mientras ella se retorció dentro de la alfombra, opté por la segunda opción. Siempre la economía de movimientos acompañados de la máxima eficacia es la mejor elección. En un movimiento rápido y preciso empujé con fuerza su cuerpo desde las plantas de sus pies agitados que se habían salido del espacio de la alfombra luchando desesperadamente por su vida. Con un movimiento enérgico la introduje en el interior del rectángulo incandescente que suponía el

horno crematorio. Cerré con fuerza la doble puerta metálica acristalada que aislaba del calor y activé el mecanismo. A través del cristal tras el que se veía normalmente el cadáver incinerándose, vi su cuerpo retorciéndose de dolor entre las llamas mortíferas que la estaban abrasando y oí sus gritos desgarradores. Una vez se hubo quemado la alfombra, sus brazos y piernas quedaron liberados, empezando una inútil y espeluznante danza de la muerte que acabó en pocos segundos.

A mi favor diré que no me sentía bien, a pesar de que mi trabajo se había atenuado en gran medida con la solución finalmente adoptada. A pesar de esto, tampoco me sentía terriblemente mal. Sabía que había ejecutado mi única alternativa, la que salvaguardaría mi vida tal y como era hasta el momento. No estaba dispuesto a sacrificarla por nada ni por nadie. Me quedé mirando impávido el final de su cuerpo, los restos que fueron quedando reducidos a cenizas. Después de finalizar el proceso y una vez apagadas las infernales llamas, entré en la sala donde debían recogerse las cenizas. Con la pala las deposité en una urna de las que habían allí colocadas para estos casos. Concienzudamente pasé el pequeño cepillo una y otra vez hasta que ningún resto de ceniza permaneció allí, depositándolo todo en aquella vasija negra con motivos florales dorados.

Con la urna bajo el brazo salí de allí. Volví a dejar la llave donde la había cogido, exactamente en el mismo sitio; bajo la maceta. Subí a mi coche y me largué. Bajé la ventanilla. Por el camino de tierra que me volvió a servir de escape perfecto, en esta ocasión hacia mi casa, fui vertiendo las cenizas poco a poco, con el cuidado preciso para que el viento se encargara de esparcir las definitivamente. Así lo fui haciendo hasta que la vasija quedó vacía por completo. Pensé que, si fuera religioso le hubiera rezado algo durante el proceso, o hubiera pensado unas palabras profundas. Algo más adelante, donde había restos de obras, tiré la urna. Se hizo añicos y quedó bien mezclada entre los restos de losas y ladrillos rotos que los obreros habían dejado allí.

Llegué a mi casa y lo primero que hice fue limpiar la maldita y pequeña mancha de sangre de la pata de la mesa. Al día siguiente, aparte de tener que presentarme en comisaría para que me interrogaran por la desaparición de Álvaro, seguro que caería también alguna pregunta sobre Laura, pero en este caso tenía una excelente coartada. Tras ducharme, me acosté y dormí como un bebé. Me había convertido en un asesino despiadado pero, como pensaba que

la vida me había sometido a varias encerronas, el sentimiento de culpabilidad no ocupaba mi mente. Había hecho lo que la situación había requerido y de la forma más eficiente y concienzuda posible. Me tomé dos pastillas para dormir profundamente e intentar resetear mi mente. Dos noches seguidas con pesadillas serían demasiadas. Al día siguiente, sin duda alguna, iría a trabajar después de pasar por la comisaría. Todo se acabaría normalizando. Mis planes habían funcionado a la perfección.

## *Capítulo XXVIII*

El teniente había pasado la noche en vela. Estaba seguro de que si este caso no se resolvía, como todo parecía indicar, su carrera iba a desmoronarse y pedirían su cabeza. Se sentía, si cabía, más solo que nunca. Cuánto le hubiera hecho falta el aliento de alguien querido que en cierta medida le consolara o ayudase con alguna idea que a él, en aquel trance, no se le ocurría. Con su mujer muerta y su hija en paradero desconocido, la única figura cercana que le quedaba era la de Laura.

Aunque eran las tres de la mañana, se incorporó y la llamó. No era la primera vez que hacía algo así, llamarla de madrugada para escuchar de ella alguna palabra de aliento o apoyo. En esta ocasión, extrañamente, no hubo ningún tipo de respuesta, sólo los largos tonos de llamada que se le hicieron interminables. Era extraño, jamás dejaba el móvil en silencio por si se presentaba alguna situación de emergencia. Ella quería estar en todas, sin excepción. Era ambiciosa y parte de sus necesidades consistía en sentir la subida de adrenalina que le proporcionaba a menudo su trabajo. Lo más anormal era que diese el tono de llamada, es decir, que no estuviese apagado, sin batería ni nada por el estilo. El estridente y penetrante sonido de los tonos sonaba una y otra vez sin parar hasta que saltaba la voz automática del aparato. Resultaba absurdo esperar a que saltara el contestador, porque no pensaba dejar ningún mensaje; nunca lo hacía. Sólo se trataba de agotar el tiempo de los toques.

Lo que él no sabía es que, cuando ella fue a casa de Javier, había puesto su móvil en silencio y desactivado el gps. El teléfono, una vez agotada la batería, había acabado por apagarse.

El teniente insistió una vez más, pero en esta ocasión saltó directamente el contestador. Ya estaba apagado. Cayó en la cama de nuevo, confundido y mirando fijamente la hora que proyectaba en el techo su reloj despertador. Sintió unas enormes ganas de tomarse unas copas de whisky hasta caer grogui en los brazos del delirio y del sueño, pero su sentido de la responsabilidad y su autocontrol se lo impedían. Su cargo le exigía estar siempre atento. Además, ya había tenido problemas con la bebida años atrás y sabía que la recaída podía ser fatal. Se puso a pensar en Laura, en el primer día en que apareció por la comisaría recién aprobado su examen de acceso. Perfectamente peinada, con una cola alta y el uniforme immaculado. Muy correcta y decidida llamó a su despacho. En aquel momento estaba el cabo primero Alberto en la silla del teniente pasándole a su ordenador un antivirus.

—¿Sí? —preguntó el cabo al oír la llamada.

—Señor teniente, soy la agente Laura y me han destinado a esta comisaría.

El cabo primero la miró aguantando la sonrisa, ya que a ella en principio no se la veía con mucho sentido del humor y sus formas eran demasiado formales.

—Lo siento, señorita, pero no está el teniente, soy el cabo primero Alberto, y estoy ocupándome de su ordenador. Si le sirvo yo... —dijo bromeando con algo de coquetería, ya que era una mujer muy guapa, mientras ella lo miraba con poca paciencia. Se quedó en silencio unos segundos y sintió que un ligero rubor la envolvía.

El cabo primero, al ver lo inapropiado de su broma, cambió su cara al momento y le dijo que el teniente estaba sentado en su mesa de despacho, que simplemente durante un rato habían intercambiado sus lugares, y ella fue a buscarlo. Mientras, cruzando el pasillo, un hombre sin uniforme le pidió una moneda para la máquina de café. Ella lo miró, sin explicarse quién era aquel individuo grande y corpulento que andaba por allí a sus anchas.

—Tome, casualmente llevo una suelta. Por cierto, ¿puede saberse quién es usted? —le preguntó con tono inquisitivo.

—Pues mire por donde que yo iba a preguntarle lo mismo. Yo soy el teniente de esta comisaría, ¿y usted?

—Vaya, parece que esta mañana todo me sale al revés —dijo en voz baja y tono apesadumbrado. —Primero, me presento al cabo primero, y después esta

es mi torpe forma de presentarme ante usted...

—No se preocupe, a mí no me van excesivamente los formalismos, así que para resumir: bienvenida a nuestra comisaría. Poco a poco irá acostumbrándose al funcionamiento interno.

Ella, tras las palabras llanas y cercanas de él, se relajó y siguió hablando con el teniente, el cual pronto le pidió que le tuteara porque sería más cómodo. A partir de ahí se iniciaría una gran amistad de apoyo y comprensión mutuos. Para él, acabó siendo como una hija, la relación que nunca pudo tener con su hija Blanca y ella en él encontró al padre que nunca tuvo y tanto necesitó. Porque su padre biológico estaba en ella más como una pesadilla que como otra cosa, manteniendo entre ellos, por supuesto, unas distancias lógicas y normales.

Volvió a pensar en el hecho de que ella no le hubiera cogido el teléfono. Era de lo más anormal. Al fin, el sueño le venció y se quedó dormido con esta idea rondándole la cabeza. Despertó y calculó que había dormido unas tres horas; suficiente. La luz de la mañana empezó a colarse tímidamente a través de las persianas creando líneas virtuales cegadoras. Se levantó de un salto y se vistió rápidamente. Un sentimiento de preocupación empezaba a desbordarle. Volvió a marcar el número de Laura y de nuevo saltó el contestador. Presionando con una fuerza innecesaria la tecla roja de cortar la llamada, empezó a ponerse nervioso. Tenía una mañana muy importante por delante, ya que debía interrogar al conserje de la empresa de publicidad y al vicepresidente, y Laura seguía sin dar señales de vida. Pensó que posiblemente se le habría extraviado el móvil y la encontraría en su puesto en la comisaría. Para ella también era una mañana importante: su función sería estar tras el cristal de la sala de interrogatorios junto a Samuel y quedarse con los pequeños detalles o contradicciones que pudieran surgir.

Pensando en los dos sospechosos, en principio, a ninguno de los dos se le podía acusar de nada concreto ni directo, ya que no había testigo alguno que los acusara, y además, si es que a Álvaro le había ocurrido algo de verdad, no tenían ni el cuerpo ni pista alguna que condujera a éste. Si tuviera que apostar por uno más culpable que otro, su lógica le hubiera llevado al conserje, por su nerviosismo al preguntarle y por ciertas supuestas contradicciones al responder, según le habían comentado los agentes. Javier, en cambio, parecía

no tener nada que ocultar: a todo contestaba con la mayor naturalidad y sin la más mínima duda, cosa que por otro lado resultaba un tanto inquietante para su instinto.

## Capítulo XXIX

A las ocho y media de la mañana sonó el despertador. Me duché, me afeité a conciencia dejándome mi característica perilla rectangular bajo el labio inferior, la *mouche*, como dicen los franceses, y me vestí al detalle con mi traje de chaqueta azul marino. Me peiné a conciencia. Quería presentar una imagen inmejorable tanto en mi declaración como en el trabajo. Desayuné una tostada con aceite, jamón de york y queso, con mi parsimonia acostumbrada. Cogí las llaves, el maletín y fui a comisaría. Subí los escalones y pregunté por el teniente al policía que controlaba el acceso.

—Buenos días, ¿qué desea? —me preguntó, mirándome por encima de unas pequeñas gafas con la severa cortesía habitual de estos funcionarios.

—Me había citado el teniente para hacerme unas preguntas.

—Muy bien, siéntese ahí que en un momento le llamarán —y volvió a bajar la vista.

Al poco, llegó el conserje de mi empresa.

—Buenos días, señor —me dijo.

—Buenos días, ¿a ti también te han citado? Vaya. No sé, parece que van dando palos de ciego porque no tienen ningún hilo del que tirar y nosotros somos sus conejillos de indias —comentó el conserje.

—Eso parece. Realmente no tengo ni idea de por qué me han llamado. Será que usted y yo tenemos en común la cara de culpable, aparte de no ser los fans número uno de Álvaro, claro —y los dos empezamos a reírnos comedidamente ante el irónico comentario.

El teniente había llegado a comisaría con la idea fija de encontrar a Laura

pero, para su sorpresa, tampoco había ido. Fue entonces cuando saltaron todas sus alarmas. Había mandado un coche patrulla a su casa y había vuelto enseguida: su piso estaba vacío y su móvil apagado o sin batería. El teniente se sentía como un león enjaulado; no sabía qué hacer. Mandó varios coches de patrulla a que investigaran por la zona donde ella vivía, por si alguien había visto algo, para que hicieran preguntas. Por segunda vez, les gritó a sus agentes que no volvieran sin algún indicio de Laura. Pero todo fue en vano. Ni nadie la había visto, ni aparecía por ningún lado.

Al cuarto de hora, con aire alterado, nervioso, el teniente me saludó y me dijo que pasara a la sala. Entré solo y me senté. Era una de esas salas típicas de serie policiaca americana, con su escueta mesa de madera rectangular, sus dos sillas para investigador e investigado y su gran cristal, tras el cual todo el mundo sabe que están unos cuantos policías, el teniente, psicólogos, detectives y demás personal muy cualificado y con experiencia capaz de detectar cualquier indicio de complicidad, culpabilidad o, en el peor de los casos para ellos, de inocencia. Una de esas situaciones sobre las que yo siempre había pensado que, si los culpables al final acaban derrumbándose o contradiciéndose, es porque son débiles de espíritu, carentes de la fortaleza mental suficiente como para mantener el tipo. Mi serenidad se basaba en saber que contra mí no había ningún tipo de prueba ni testigo. Así que comportándome con total normalidad saldría igual que entré. Y eso era algo que ellos sabían perfectamente. Lo que no descarté fue que se propusieran apretarme las tuercas para intentar sacar algo de mí.

Me dejaron diez minutos allí sentado, estaba claro que para que me impacientara, para incomodarme. Empezaba la guerra psicológica. Entró el policía tipo duro, el que siempre llevaba unas gafas de sol de espejos, con una carpeta bajo el brazo.

—Bueno. Vayamos al grano. Entonces, según usted, la última vez que vio a su jefe fue la noche anterior a su desaparición, y cuando usted salía del trabajo, él seguía en su escritorio con una actitud que podría calificarse como extraña.

—¿Según yo? Para nada, según la verdad. Además, eso ya me lo habéis preguntado varias veces y como no puede ser de otra manera, la respuesta sigue siendo la misma. No veo por qué debería decir lo contrario de lo que vi.

—Y al acabar de trabajar, usted fue directamente a su casa y ya no volvió

a salir.

—Exacto.

—¿Alguien podría corroborar esto?

—Claro que no, como le digo, salí solo y llegué solo casa. Cené y me acosté. Es lo que hago siempre. No tengo la menor idea de si alguien me vio. Quizás sí, no lo sé.

—Permítame que le diga lo que pienso: o es usted un claro sospechoso, aunque inocente que no puede apoyar sus palabras con ningún tipo de testigo o testimonio, o el culpable más listo y retorcido con el que yo me haya topado nunca. El registro a su propiedad fue en profundidad y fue ejecutado por gente experta a la que rara vez se les escapa ningún detalle. Por otro lado, no es imposible que fuera a su casa sin que nadie lo viera, eso es cierto. Pero tenga clara una cosa: nosotros no vamos a pasar página de este asunto en ningún momento, seguiremos trabajando hasta las últimas consecuencias.

—Veamos, que yo me aclare. No me están acusando directamente de nada, porque ni hay ningún tipo de prueba o testimonio contra mí, ni yo he hecho nada. Esto sin contar con que Álvaro no ha aparecido, con lo que la posibilidad de que le haya ocurrido algo no es más que una mera especulación. Sin tener obligación de declarar y sin la presencia de mi abogado he venido amistosa y gustosamente porque, como puede usted ver, tengo la tranquilidad de quien lleva una vida de lo más normal, diría incluso monótona, y no tiene nada que temer. El primero en desear que Álvaro aparezca de una vez, dondequiera que se haya metido, soy yo, porque así me evitaría todo este tiempo que estoy perdiendo, con perdón, sin que sirva para nada. Tal como se ha comportado todo este tiempo atrás, no me extrañaría lo más mínimo que su desaparición, aparentemente elegida por él mismo, no sea más que una forma más de perjudicarme. Y permítame decirle que, por ahora, más parece negligencia suya el no encontrarlo que algún tipo de culpabilidad mía por no se sabe qué motivos.

Fue justo entonces cuando el teniente entró bruscamente el teniente sin lugar a preámbulos.

—¡Y tampoco sabe usted nada de Laura!, ¿verdad? —preguntó alzando la voz malhumorado.

—¿De quién? ¿Laura? ¿Qué pasa con ella?

—De Laura, sí, de Laura; la compañera con la que le hice la última visita a su domicilio.

—Es una chica encantadora y le prometo que no me importaría en absoluto volver a verla y hablar con ella... pero no, no sé nada de Laura, ¿por qué? ¿Le ha pasado algo?

—Desde ayer no sabemos nada de ella y eso es muy extraño porque es muy puntual y nunca ha hecho nada por el estilo. ¡Tampoco en esta ocasión nadie puede verificar qué hizo usted anoche!, ¿verdad? —me gritó, golpeando con fuerza la mesa y perdiendo los nervios y la compostura por unos momentos para presionarme.

—Se equivoca. En esta ocasión sí hay alguien que puede demostrar que estuve con él. Mi amigo Andrés. Contacten con él cuando quieran y verán que estuvimos anoche juntos. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y quedamos para recordar viejos tiempos. De nuevo vuelven a acusarme falsamente. Como le digo, gozo de la tranquilidad de quien tiene la conciencia intacta, y a partir de ahora, si quieren volver a hablar conmigo será en presencia de mi abogado ya que parece que mi buena voluntad aquí no está sirviendo para nada y cada vez me acusan de hechos nuevos sin el más mínimo fundamento.

Un gesto de violencia contenida se marcó en el rostro del teniente, que miró a su compañero. Este le comprendió perfectamente y salió a localizar a Andrés para interrogarle. El teniente daba vueltas a mi alrededor haciendo crujir los huesos de sus manos y moviéndose sin pausa. Un silencio tenso y desagradable nos envolvía. Su rostro presentaba un gesto agresivo y unas ojeras muy marcadas. Se estaba dando cuenta de que con mi testimonio claro, sin dudas, con la ausencia de cualquier tipo de prueba en mi contra, y además, con el testimonio de Andrés avalando mi coartada, yo me escurría entre sus dedos. Resultaría completamente insostenible ante cualquier juez o jurado popular.

Al poco, recibió una llamada a la que contestó delante de mí. Tras asentir varias veces, colgó y se quedó en silencio, mirándome fijamente sin pestañear. Yo sabía que no me iba a dejar ir tan fácil.

—Si es como usted dice, no le importará que le pregunte algunas cosas precisas de anoche, ¿o tiene mucha prisa?

—De acuerdo, pero respondo estas preguntas y se acabó.

—¿A qué hora exactamente quedó usted con Andrés? —preguntó tratando de indagar con su mirada el fondo de aquel hombre frío.

—Quedamos a las diez en punto, pero llegué a y cuarto —le contestó Javier con seguridad.

—¿Y se puede saber qué cenaron?

—La verdad es que no nos complicamos mucho, Andrés puso en el horno dos pizzas congeladas que tenía en el congelador, una margarita y otra barbacoa, y de postre, tequilas. De hecho, me he quedado allí a dormir porque hoy es sábado y no tenía prisa.

Samuel quedó en silencio, era exactamente lo que el agente le había dicho momentos antes que había contestado Andrés. Al fin, advirtiéndome que no me fuera muy lejos porque seguiríamos en contacto, me dijo que habíamos terminado.

Salí de allí con la misma tranquilidad con la que había entrado. Saludé al conserje. Este me paró y me preguntó:

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido?

—Nada, ya sabes, preguntas y más preguntas. Tu tranquilo, no pasa nada, hacen su trabajo y ya está. Un rato algo desagradable en el que intentan hacer que te sientas como un delincuente y poco más.

Me dirigí al despacho. Al llegar, me esperaba el jefe general de la empresa, el mismo que había ascendido a Álvaro en vez de a mí tras la jubilación de Mario. En esta ocasión, las cosas eran muy diferentes. Tratándome mejor de lo que lo hacía normalmente, me comentó lo triste que resultaba la desaparición de Álvaro y que, por supuesto, el puesto era mío. Con cierto aire apesadumbrado acepté sin dilación. Asumí el control de la empresa como siempre había soñado. Recogí mis cosas del pequeño despacho donde trabajaba y situé la caja donde había metido mis efectos personales sobre la enorme mesa de presidente observando a través de los amplios ventanales toda la ciudad. El jefe general se marchó y yo me senté en el elegante sillón con una gran sonrisa en mis labios, una vez que comprobé que nadie me observaba.

Y es aquí donde la moral de lo que está bien o mal se repetía en mi cabeza.

Indiscutiblemente, por mis acciones me había convertido en un frío y despiadado asesino, algo de lo que nadie se sentiría orgulloso. Pero, por otro lado, cualquiera comprendería mi satisfacción general ante el cambio de mi situación: había pasado de ser el segundón de mi empresa, fastidiado hasta límites insospechados por la injusticia del ascenso de Álvaro, en detrimento mío, a recuperar lo que me pertenecía por derecho. Aparte de dejar atrás de una vez por todas los irritantes momentos que éste me dedicaba a diario para bajar mi autoestima. También pasé de ser un tipo cabizbajo y acostumbrado a la humillación, a alguien orgulloso de sí mismo, ganador, eficaz y emprendedor. Después de lo que había hecho, sentía que tenía un gran poder, una enorme fuerza. No temía a nadie, más bien al contrario. Había recuperado el contacto con Andrés, que tan productivo me había resultado. Nada de lo que hice estuvo bien, sería un psicópata inconsecuente si pensara lo contrario, y yo no era inconsecuente. Ahora bien, lo que sí quedaba claro es que gracias a mis acciones, mi vida había mejorado en todos los sentidos, y es por esto y no por otra cosa por lo que mi conciencia no sentía ni peso ni remordimiento alguno. Estaba seguro de que si retornara atrás, volvería a hacerlo. Aparte, me dije a mí mismo que nunca más haría algo por el estilo. Aunque no podía negar que en el fondo, cierto placer se despertó en mi interior en los momentos más tremendos, no quería estar siempre con ese esfuerzo y esa preocupación. No volvería a asesinar a nadie. Seguiría mi vida y, en adelante, todo iría a mejor, tal y como el horizonte se estaba abriendo frente a mis ojos.

Tras el día de trabajo en la oficina, cansado, me dispuse a regresar a casa. Había sido un día largo pero bien aprovechado. Al salir por la puerta principal me crucé con Silvia, mi ex mujer. Me saludó tímidamente bajando la mirada. La observé tratando de congelar el tiempo de esa mirada en mi memoria y entonces ella pareció aligerar el paso. Sentí en mi interior un deseo irrefrenable de hablar con ella, de decirle lo que sentía respecto a cómo se comportó conmigo, esperando que el resultado no fuese como en el sueño... en fin, que algo se había despertado de nuevo en mí interior. Sonreí. Tarde o temprano me encontraría con ella y zanjaría lo que aún seguía quemando mi alma. Tenía mucho tiempo por delante y la conciencia intacta.

## *Capítulo XXX*

Pasaron los años dejando todo aquello atrás. El bueno de Andrés había cambiado de trabajo y ahora se dedicaba al negocio de los seguros. Fue muy duro para él saber que había sido cómplice de algo tan terrible: la desaparición de Laura. Aún recordaba con toda claridad que el día después de dejar a Javier las llaves del tanatorio, sin saber con exactitud para qué, salió en todos los periódicos la foto de ella y el titular: “Joven policía desaparecida sin dejar rastro”. Él ya se esperaba algo así, una desaparición sin rastro, pero lo que nunca hubiera llegado a imaginar es que sería ella, su novia adolescente, la primera chica que había ocupado su corazón. Eso le resultaba insoportable y cruel y él había colaborado activamente en que ella acabara así. Un hecho muy similar, en tiempo y misterio, a la desaparición de Álvaro, el jefe de la agencia de publicidad Creatif. A su conciencia no le parecía tan importante el hecho de no haber conocido los detalles concretos al respecto pues, conociendo la maldad innata de Javier, lo que parecía evidente ocurrió aquella extraña noche. ¡Y se trataba de Laura! A modo de grabación masoquista que se repetía una y otra vez, a su cabeza acudían imágenes de tantas tardes juntos, tantos juegos y risas, sus dos trenzas rubias...

Su vida había seguido con dificultad. Él, que siempre había sido buena persona, ahora se sentía sucio. Su opinión sobre sí mismo era pésima lo que provocó que su carácter se agriara en cierta medida y se volviera huraño, silencioso y acabase distanciándose de su mujer y de su hija. Aunque hizo grandes esfuerzos por centrarse y conservar el rumbo de su vida, había sido imposible. Había preguntas que se repetían en su cabeza una y otra vez, frases obsesivas que lo enloquecían:

—¿Por qué tuve que ceder y admitir su chantaje? ¿Por qué Laura? ¿Por qué ese hecho, ya lejano en el tiempo, me ha afectado tanto como para volverme intratable y solitario, como para destrozar mi vida?

Tras aquello había acabado dejando su trabajo porque aquel distanciamiento necesario hacia la muerte que él tenía y que le permitía llevar con toda naturalidad su profesión, había acabado por completo. En cada cadáver que tenía que preparar para que lo vieran los familiares y luego incinerar en el crematorio, veía el rostro de la inerte Laura cadavérica y desdibujada que lo miraba de manera acusadora. Era algo inevitable.

Dejó ese trabajo y un amigo le ayudó a entrar en el sector de los seguros. Trabajaba sin descanso en una oficina de ocho de la mañana a dos de la tarde, y de cuatro a ocho, y era una ocupación tranquila y diferente tras su ordenador y su mesa de despacho, pero lo que estaba claro es que el problema se encontraba en su mente, no en el tanatorio. Por lo tanto, no era tan fácil huir. En sus intentos, lo único que conseguía era apartarse de sí mismo, de sus sentimientos y sensaciones.

Su mujer, a pesar de que lo quería, se acabó distanciando muchísimo, porque vivir con él se había convertido en un sinsentido insufrible. No había comunicación, ni era un apoyo para las dos, ni su matrimonio funcionaba. Para ella era angustioso ver cómo Andrés pasaba las noches en vela con los ojos muy abiertos, fijos en un punto de la oscuridad, y después, durante el día, iba como un zombi de un lado a otro. El chico afable y tierno que conociera un día, había desaparecido por completo. Ahora era como vivir con un extraño.

Una tarde, al volver del trabajo, Andrés la encontró sentada en el salón esperándolo con dos maletas preparadas. En un primer momento, pensó que ella se iba a alguna parte, pero pronto se dio cuenta de que eran para él.

—Andrés, me estoy volviendo loca y no puedo más. A veces me das hasta miedo y el hecho de estar tan preocupada por ti y no encontrar nada que sirva para mejorar lo nuestro me ha llevado a un punto sin retorno —le dijo, mientras él, cansado, la escuchaba con sus negras ojeras y sin apenas respuesta, sabiendo que ella tenía razón en todo lo que le estaba diciendo. —¡No puedo más! Tu hija no hace más que buscarte, intenta estar con su padre y no te encuentra. Siempre estás en otra parte y eso también le hace daño. ¡¿Es que no lo ves?! Mira, yo no quiero ningún mal para ti y sabes que te quiero y llegar a esta decisión es algo que me ha costado muchísimo y no sabes cuánto me duele, pero por ahora debemos separarnos y tú deberías replantearte las cosas y ver si eres capaz de volver a encontrarte a ti mismo. O sea, que deberías irte por un tiempo, y ya hablaremos más adelante. Espero que lo entiendas y no

pongas las cosas más difíciles. Sabes perfectamente que, de otra manera, cualquier juez me dejaría a mí en la casa con la niña.

Él, sólo alcanzó a murmurar con voz grave desdibujada:

—Tienes razón, lo siento. Os echaré de menos.

Cabizbajo, cogió las maletas sin responder a nada más de todo lo que su mujer le había expuesto y desapareció tras la puerta sin más palabras ni argumentos. Dos lágrimas cayeron por las mejillas de Mara con el corazón destrozado pero era algo que ahora debía hacer.

Tras hablarlo con Luis, su amigo del trabajo, éste le ofreció que se quedase en su casa el tiempo que le hiciera falta, pues vivía solo en un piso muy grande. Y así lo hizo. Ella le pidió que, por favor, en principio, no insistiera y no la buscara, ni a ella ni a la niña. Andrés se había quedado desolado por completo. Sentía mucho que todo hubiera acabado así. Además, la ilusión de su vida, a la que tanto había descuidado, era su pequeña y tampoco podría verla en principio hasta no se sabía cuándo por el acuerdo al que habían llegado. Sentía como si cayera en un pozo hondo y oscuro del que no encontrara el fin. Estuvo toda la tarde sentado en el sofá con la cabeza entre las manos. Quería desaparecer, dejar de existir, volver atrás en el tiempo y que todo hubiera resultado de otra manera; un imposible. Luis sabía que necesitaba espacio y soledad y se fue a tomar algo con unos compañeros. Andrés fue a la cocina y cogió una de las copas. Tomó del salón la botella de whisky, la abrió y llenó su copa. Con una amarga lágrima cayendo por la mejilla, mirando al frente, al negro agujero de su alma, al recuerdo del rostro de Laura que ya no existía, tomó un trago largo que quemó su garganta y alivió su conciencia a muy corto plazo. Apretaba los puños pensando en Javier y visualizando el primer cajón de su mesa de noche donde aún guardaba con un extraño celo el pendiente que encontró caído en el crematorio al día siguiente de aquello. Lo guardaba como un tesoro, como una llave que estaba seguro acabaría utilizando algún día.

## *Capítulo XXXI*

A primera hora de la mañana llegó el sargento a comisaría muy centrado y diligente para seguir investigando, sin dilación, el robo de vehículos de lujo que se estaba produciendo en las últimas fechas. Según había podido saber, por la noche habían desaparecido dos coches más. Barajaban unos cuantos sospechosos a los que tenían bajo vigilancia. Alberto creaba entre sus subordinados un clima distendido pero muy correcto, todo según el manual y las normas, que eran su piedra angular. Siempre iba vestido con el uniforme perfectamente planchado y los zapatos negros brillantes. Su cabello engominado y perfectamente peinado también eran una de sus señas de identidad. Trabajaba duro aunque por ahora no tenía grandes méritos en su haber. Tras la repentina caída del teniente Samuel subsiguiente a las desapariciones de Álvaro y Laura años atrás, él se había visto empujado a tomar el control de la comisaría. De cabo primero lo habían ascendido rápidamente a sargento, de modo que le había caído una gran responsabilidad sobre los hombros casi sin esperarlo. De modo que no le quedó más remedio que atarse los machos y tomar las riendas de los casos abiertos y las investigaciones de los delitos que se fueran produciendo. El listón lo había dejado muy alto Samuel y ahora era su turno de demostrar que merecía el cargo y era capaz de ser un gran sargento y jefe.

Muchas veces, cuando todos se habían ido, se quedaba solo pensando en su anterior jefe y en su declive. Fue todo tan insólito y complicado que se quedaron sin hilos de los que tirar y con dos desapariciones de primer orden sin resolver. Aparte del sentimiento de incompetencia e ineficacia por parte del teniente, perder a Laura fue ya demasiado. Había vuelto a caer en la bebida y en una profunda depresión de la que esta vez nunca salió. Acabó perdiendo la cabeza y lo internaron en un centro médico especializado donde tenían que medicarlo por los brotes, ora violentos, ora depresivos que sufría frecuentemente. Así que quedó para el resto de su vida en un centro

psiquiátrico sedado, con la cabeza perdida y sin nadie en absoluto que fuera a visitarlo, a excepción del sargento Alberto en alguna ocasión. Fue otra víctima de Javier, un daño colateral posiblemente irreversible.

Aún se acordaba de la última vez que fue a visitarlo. El centro era grande, rodeado de cipreses, como los cementerios y envolvía por completo de sensaciones tristes y sobrecogedoras. El tiempo allí parecía detenido, como el último andén del tren de la vida. Personas enajenadas lo miraban con curiosidad desde su óptica alucinada y terriblemente solitaria. Se quedó en la sala de espera mientras iban por él. Qué tremendo y cruel es el destino en ocasiones, cómo destruye lo físico el daño del espíritu que nos corroe por dentro. Había envejecido muy rápido en aquellos últimos años. La depresión y la medicación habían hecho una mella muy evidente en él. Venía ayudado de una auxiliar, andando lentamente, de forma cansina. Lo sentaron frente a él.

—Buenos días teniente, ¿cómo se encuentra hoy?

Tardó un poco en responder, con su mirada dispersa en algún lugar del jardín que podía verse a través de la ventana.

—Buenos días, Alberto. Estoy como el tiempo. Depende del día, así ando yo. ¿Y tú? ¿Cómo llevas a todos esos agentes novatos que tendrás entre manos? —le preguntó, mirando hacia otro punto perdido del exterior, sin importarle mucho la respuesta.

—Bien. Los muchachos se esfuerzan, aunque hay que estar muy encima de ellos. Ahora estamos trabajando en la investigación de unos ladrones de coches. Ya los tenemos casi, pero no queremos intervenir aún sin echarles antes el guante a los cabecillas.

—¿Y Laura? ¿No ha venido?— preguntó mecánicamente.

Un escalofrío recorrió la columna de Alberto y una sensación de melancolía lo envolvió. Evidentemente, en su cabeza aún seguía viva. Sin duda, para él se trataba de uno de esos hechos que no se aceptan de ninguna manera y uno los mantiene vivos en la locura y en el recuerdo.

Su rostro bonachón, desconocido en otro tiempo, mejoró por un momento. Acababa de descubrir a la enfermera que pasaba con una bandeja de dulces. Era la hora de la merienda. Realmente aquello era más un monólogo que un

diálogo, pero él ya sabía a lo que venía. El sargento lo miró con una gran empatía y pensó en lo mal que nos trata muchas veces el destino, sobre todo a las personas íntegras. El teniente no tuvo suerte en su vida, pero fue un gran luchador y trabajó bien durante muchos años en beneficio de la sociedad. Ahora allí estaba, en aquel sitio tan deprimente y sin nadie que viniera a mirarle a la cara. En todo caso, él no iba a dejar de visitarle nunca, eso sí, cuando encontrase huecos en su ajetreo diario. Hizo algo de tiempo mientras terminaba la merienda. Poco después se despidió de él dándole la mano, pero no como a un enfermo, sino como al superior que siempre admiró y seguía respetando profundamente. Se fue de aquel lugar de ojos delirantes y rostros salidos de un cuadro de Edvard Munch y volvió a comisaría.

Saliendo de allí pensó en aquel caso. La investigación nunca llegó a cerrarse por falta de pruebas nuevas y la desaparición de los cuerpos. Estaba como en un limbo esperando resolverse. Mientras él estuviera al cargo de la comisaría, nunca se cerraría, era una obligación moral con Samuel, Laura y consigo mismo. Muchas veces hacía patrulla con su coche particular y pasaba cerca de la casa de Javier viéndolo alguna que otra vez entrar y salir de allí. Ese tipo inteligente, ordenado y pulcro que tan mala espina le daba le provocaba escalofríos. Si era culpable, algún día cometería un error y él quería estar allí para detenerlo y limpiar esta mancha en la comisaría.

## *Capítulo XXXII*

Una mañana llena de luz y de colores agradables comenzaba mientras me dirigía alegremente hacia la cafetería donde desayunaba todos los días. Incluso a esa hora de la mañana encontraba gente que me saludaba por la calle con gran respeto y admiración. No podía negar que estaba enormemente satisfecho de mí mismo. Había aparcado cerca.

—Muy buenas, Javier, ¿qué tal?

—Buenos días, Antonio —saludé con una amplia sonrisa y mi normal buen ánimo al dueño del Café Bar Paraíso 38. —Inmejorablemente bien.

Yo era cliente habitual, y sabía que Antonio me estimaba y era detallista conmigo porque, dada nuestra antigua amistad, no nos faltaba nunca temas de conversación. Me senté en el sitio de siempre. Sin preguntarme siquiera me trajeron el periódico del día, el café solo y media tostada con tomate, aceite y jamón. Eché un vistazo al periódico. Me hizo sonreír un artículo de bolsa que hablaba del Ibex 35 recordando a un viejo amigo que ya no estaba por cosas del destino.

La noticia de portada era el robo de automóviles de lujo, aparte de estafas varias y artículos políticos. Aunque la política fue algo que nunca me interesó, las cosas hacía tiempo habían cambiado en mi mente, porque mi situación social era inmejorable y mi agencia de publicidad era una de las mejores del país. Amigos y conocidos me habían tentado en ocasiones, dada mi relevancia social, para que formara parte de un partido político mayoritario, ya que, como me decían, tenía buena imagen y era un empresario ganador y en auge, que gente como yo era lo que hacía falta. Y la verdad es que no lo había descartado. Era algo que mi ego quería probar como nuevo reto personal, aunque dejar la agencia no me iba a resultar fácil tras toda una vida trabajando

para ella.

La vida me sonreía desde hacía muchos años premiándome con tranquilidad y triunfos personales. Me había comprado una nueva casa con todo tipo de lujos en una localización no muy lejana a la que había heredado de mis padres, con lo que estaba en unas ocasiones en la nueva y en otras en la heredada. Estaba enamorado de aquella zona de acantilados, y además, las propiedades inmobiliarias eran inversiones de futuro. Incluso había recibido el premio al mejor empresario del año. Ciertamente, a esto había llegado tras un duro trabajo y muchas horas empleadas hasta bien entrada la madrugada. No me dolía trabajar mucho, era lo que me gustaba y sabía que la vida iba recompensándome y el futuro auguraba cosas mejores y más productivas.

Habían pasado ya casi quince años de mi transformación, era un triunfador y hombre sin escrúpulos al que le funcionaban sus métodos. Atrás quedaron aquellos capítulos tan negros a los que me vi obligado por las circunstancias y que tan bien solucioné y enterré en mi memoria. No había tenido que volver a emplear la violencia física con nadie nunca más. Era algo que me propuse en su momento y que llevé a cabo con un excelente autocontrol, porque no iba a negar que impulsos no me habían faltado, pero mi parte racional y práctica acabó imponiéndose. Sólo hubo una excepción a esta moral mía, pero fue muy aséptica.

En el fondo de la oscuridad de mi mirada aún retenía la última vez que me crucé con mi ex mujer. Sabía que la odiaba profundamente y que, si me lo propusiera, podría hacerle mucho daño y desaparecer, pero era un esfuerzo que en principio no estaba dispuesto a realizar. Me había aburguesado y buscaba estabilidad más que subidas de adrenalina. Desde la última vez, no me la había vuelto a cruzar. Es más, hacía años que no la veía. Creí escuchar que se había ido a trabajar fuera después de los sucesos extraños que tuvieron lugar a mi alrededor.

Pero en uno de esos instantes tan extrañamente coincidentes que nos brinda el porvenir, conduciendo por la autovía con mi flamante todoterreno, volví a verla circulando casi en paralelo a mí. Parecía muy centrada en la carretera, pero con expresión de ir sumergida en sus pensamientos. Ella no me vio. Se me nubló la vista por un instante y sonreí ligeramente. Mi diabólica mente había comenzado a maquinara rápidamente.

—Me las vas a pagar y el destino me está haciendo un guiño clarísimo.

Tuve en mente por unos momentos un documental que había visto en televisión acerca de técnicas de la policía de Estados Unidos para detener por las malas a un vehículo a la fuga. Era tan sencillo que cualquiera podría hacerlo, pero lo explicaban en el programa porque, ¿a quién podría ocurrírsele hacer algo así si no era en las circunstancias que ellos habían planeado para su utilización? La acción requería cierta pericia: alcanzar ligeramente al vehículo que va por delante, y con el morro del propio, dar un volantazo controlado hacia la derecha, lo que provocaba en un alto porcentaje de los casos, que el vehículo de delante se girase violentamente hacia la ese lado y, debido a su propio impulso, comenzara a dar vueltas. Accidente que podía deberse a un descuido en la conducción. Disminuí ligeramente la velocidad y me quedé dos coches por detrás. Una subida brutal de adrenalina recorría todo mi cuerpo, la misma sensación de años atrás, una especie de dulce tensión. No iba a ser tan lerdo como para realizar yo mismo la maniobra, pero si de algún modo conseguía que la llevara a cabo el vehículo que justamente circulaba en paralelo a mí, justo detrás del de ella, el resultado muy posiblemente sería el mismo. Me situé junto al vehículo rojo que circulaba casi a mi lado. Los ciento veinte kilómetros hora que siempre resultaban tan monótonos, ahora se me antojaban trepidantes. Frené un poco para dejar que me adelantara ligeramente, cada cual por su carril. Esperé un poco, con esa frialdad que mi cabeza mostraba en momentos así. Observé que el vehículo rojo se acercaba al de ella más de lo normal, invadiendo el espacio de seguridad, y fue entonces cuando giré el volante, colisionando contra la parte izquierda de su lateral trasero, haciendo que el pobre cabeza de turco que quedaba a mi derecha perdiera por completo el control del coche y comenzara a dar vueltas violentas, llevándose por delante el coche de ella, que también perdió la dirección, y colisionando con dos vehículos más. A mí me costó un poco no accidentarme también, pero logré recuperar el control. Fue todo tan rápido que nadie pudo ver que fui yo quien causó aquel desastre, aunque sí cómo un vehículo había comenzado a dar vueltas llevándose a otro por delante. Todos nos detuvimos en la autovía. El coche rojo estaba destrozado a unos metros fuera de la carretera, y el de ella, aparecía boca abajo entre los dos carriles, presentando un fuerte golpe en el capó y los laterales. Fuimos muchos los que descendimos de nuestros vehículos y nos acercamos. Al aproximarme, pude ver cómo mi ex mujer estaba atrapada entre los hierros, aunque milagrosamente sólo presentaba un golpe en la cabeza. Estaba consciente y mirando boca abajo al grupo de curiosos que la rodeaba, pero que realmente

no podía hacer nada por ayudarle. Ya habían llamado a la policía, a los bomberos y a la ambulancia. Con los ojos llenos de lágrimas ella pedía ayuda, pero era imposible hacer nada. Un hilo de sangre resbalaba por su frente hacia abajo, recorriendo su boca y su barbilla. Dejó de hablar y adoptó una expresión de pánico al reconocermelo como parte de la gente que la rodeaba allí. Dudó si era yo realmente o parte de sus miedos la estaban aturdiendo aún más. Yo la miraba fijamente, exactamente igual que aquella vez en que nos despedimos por última vez y algo pendiente había quedado en mi interior. En los ojos de ella pude ver un brillo acusador, una extraña mirada inquisitiva que me decía que yo había provocado todo aquello.

—Ha sido él, ha sido él —decía ella balbuceando sin apenas entenderse, intentando ganar volumen en su voz sin conseguirlo, y por supuesto, sin poder señalarme. No me preocupé en absoluto. Miré hacia un lado y vi cómo la gasolina derramada estaba creando un charco enorme. Alguien lo advirtió y todos nos retiramos. Me volví hacia mi coche situado a varios metros andando lento. Justo en el momento en que cerré la puerta y me coloqué el cinturón, se produjo una brutal explosión y una bola de fuego inundó todo en cinco metros a la redonda levantando el coche bruscamente. En la distancia vi su rostro demacrado y lloroso desaparecer entre las llamas. Dejando a un lado la pérdida de Silvia, que sin lugar a dudas era una gran tragedia a la que estaba predestinada, la gigantesca bola de fuego me pareció de gran belleza.

En cuanto se despejó mínimamente la autovía, seguí mi camino. No me manché las manos, de modo que ese cabo suelto desaparecía. El círculo perfecto. Bueno, casi perfecto, pues todavía la sombra de Andrés andaba por ahí...

\* \* \*

Esto había ocurrido hacía cuatro años, lejos de mis crímenes de mucho tiempo atrás y lejos ya de mi presente. Tras desayunar y ojear por encima el periódico, me fui a la oficina. En dos horas venía la televisión a entrevistarme y debía estar impecable y mostrarme elocuente. Mientras me dirigía a la oficina, pensé que en este momento de mi vida me empezaba a sonreír incluso el amor. Había conocido a una chica que me atraía muchísimo y que me

necesitaba. Dos cosas que para mí eran muy importantes en una mujer. La conocí en la biblioteca municipal. Estuve yendo durante varias semanas para documentarme sobre técnicas de propaganda y publicidad en Estados Unidos porque quería dar un nuevo enfoque a mi trabajo y disponer de más puntos de vista en los que basarme. Y allí estaba ella, los martes y los jueves, sola, en una larga mesa bajo un flexo leyendo una novela. Qué curiosidad tan grande despertó en mí. Me preguntaba por qué no leería en su casa, por qué iba únicamente esos dos días a la semana. Adapté mis horarios para coincidir con ella esos dos días. Incluso en el trabajo o en casa pensaba en ella. Sentía muchas ganas de saber algo más, y por su parte, percibía en ella un interés creciente hacia mi persona. Hacía años que estaba solo porque realmente no necesitaba a nadie, pero algo en mí había vuelto a despertarse gracias a ella y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por conocerla mejor.

## *Capítulo XXXIII*

Mara lo estaba pasando realmente mal. El cambio que había experimentado su vida había sido demasiado grande y el único apoyo que encontraba en un momento de tanta debilidad era el de su madre. Había sufrido durante muchos años antes de dejar a su marido, al que quería muchísimo, pero al que ya no soportaba tras el cambio tan enorme que había experimentado. Se enamoró de él por ser tan cariñoso y apuesto, tan responsable y divertido, y algo que nunca le contó lo había transformado en una persona distinta.

Hacía casi quince años que su marido empezó a comportarse de un modo distinto, a distanciarse de ella, a protestar por todo. Lo peor era que en lugar de hablarlo y superar lo que fuera juntos, se había encerrado en sí mismo volviéndose inaccesible, huraño, de modo que su relación fue poco a poco empeorando. Fueron unos duros años de convivencia sin comunicación y sin apenas preocuparse de su hija pequeña a la que siempre había adorado. Esa fue la gota que colmó el vaso y lo que desencadenó la separación temporal, que probablemente acabaría convirtiéndose en divorcio.

Ahora, en aquella casa tan grande, aparte de los quehaceres con su pequeña a la que adoraba, se sentía muy sola y sin nadie con quien hablar. Por eso aprovechaba los dos días a la semana que su hija se quedaba con su madre para ir a la biblioteca y leer acompañada de otras personas. Como encuentro social era algo patético, pero era lo que había.

Hacía un tiempo que coincidía allí con el que parecía un hombre importante de negocios. Según ella, rondaba los cuarenta y tres, cuarenta y cuatro años, y resultaba apuesto y distinguido entre aquellas ratas de biblioteca. No podía negar que se había dado cuenta que le dirigía alguna que

otra mirada furtiva, y ella misma, levantando la vista de vez en cuando, observaba cuándo ese hombre elegante buscaba algún libro. Además, había llamado su atención el hecho de que prácticamente coincidiera con ella en día y hora. Eso le suscitó una grata curiosidad. Esos dos días a la semana se creaba en ella una cierta nueva ilusión a la que no quería dar mucha importancia, pero que tampoco trataba de evitar. Mara pensaba que seguramente él también necesitaba, como ella, alguna compañía, contacto con otras personas. Un aura de misterio envolvía su forma de moverse y de mirar. Un interés creciente se estaba apoderando de ella, pero en ningún caso iba a forzarla. Si el destino lo quería, algo ocurriría, y si no, sería alguien más con el que se habría cruzado en la vida y quedaría como otro desconocido con quien se comparte el mundo y la soledad.

La cuestión fue que la interacción entre ambos resultó inevitable, algo hasta cierto punto lógico dado que los dos estaban interiormente predispuestos. Además, por falso azar, sus lugares de consulta cada vez resultaban más cercanos. Frente a frente, separados por dos largas mesas, acabaron mirando algún libro que apenas leían. Realmente se estaban comportando como críos y como ya este período había pasado para ambos hacía mucho, Javier se quedó mirándola. Cuando ella levantó la vista hacia él, la saludó con un “hola” bajito y un movimiento de su mano. Tras esta espectacular forma de romper el hielo, espectacularmente torpe, casi adolescente, él se decidió. Cuando ella lo vio levantarse y dirigirse hacia ella con el libro en la mano, sintió un escalofrío de inseguridad y emoción que recorría todo su cuerpo, sensación que no experimentaba desde hacía muchos años.

—¿Te importa que me sienta aquí? —preguntó él dándose cuenta de que la falta de costumbre había provocado que perdiera sus dotes de don Juan.

—No, claro que no —dijo ella tímidamente apenas sin levantar la cara del libro. Casi de inmediato rectificó su falta de tacto. —Disculpa, soy Mara.

La cosa empezaba a normalizarse. Un friqui sumergido en un cómic de Spiderman les miró con gesto severo, molesto por aquel saludo y se cambió de sitio.

—Yo soy Javier.

Él pensó en tenderle formalmente la mano, y ella en acercarse y darle dos

besos protocolarios, lo que redundó en que ninguno de los dos se moviera en absoluto. Haciendo un esfuerzo dialéctico, aunque sin mucha soltura, Javier siguió hablando.

—¿Qué tipo de libros son los que te gustan?

Ella sonrió y le dijo:

—Libros de aventuras, libros de viajes a lugares exóticos que me transporten lejos de aquí, que me hagan sentir parte de cada conversación, de cada sentimiento... Egipto es un país que algún día visitaré, me imagino frente a las pirámides y me estremezco solo de pensarlo.

Se ruborizó pensando que había estado emotiva en exceso, pero no fue así, a él le resultó encantadora su forma de expresarse y de vivir los libros.

—Egipto, vaya, que bien suena eso. Quizás vayas, ¿por qué no? Nunca se sabe lo que nos depara el futuro. Y esos dioses egipcios tan solemnes e impresionantes: Ra, Osiris, Anubis... La verdad, suena muy interesante.

—Y tú, ¿qué lees? Porque ya sé que no son novelas... En la sección por la que tú buscas los temas son más bien científicos o técnicos.

Él sonrió complacido al comprobar que también ella lo observaba disimuladamente desde hacía un tiempo.

—Tienes toda la razón. Yo vengo a buscar nuevas ideas para mi empresa. Aunque va bien, me gustaría cambiarle el enfoque. Son muchos años ya en la misma dirección.

—¡Qué interesante! Vaya, veo que eres un hombre de negocios.

—Así es, y yo veo que tú eres una lectora voraz.

—Si te dijera que tu cara me suena muchísimo...

—A mí me pasa lo mismo contigo. No sé de qué podemos conocernos. Yo trabajo dirigiendo la agencia de publicidad Creatif. En fin, no sé qué más decirte para que me sitúes. ¿Y tú?

—Yo por ahora no tengo trabajo, aunque estoy buscando —respondió ella cabizbaja.

—No sé si será por amistades comunes o algo así... —y entonces pudo observar que ella llevaba una alianza en el dedo, lo cual le tensó un poco. —

Disculpa la indiscreción pero, ¿estás casada? Lo digo por el anillo –le dijo, señalándolo.

—Soy una persona sincera y directa, para bien o para mal, y siempre lo voy a ser. Me gusta que me lo preguntes. Aún sigo casada, pero no creo que por mucho tiempo. La verdad es que me viene bien hablar con alguien.

—Comprendo. Pues a mí también me gustaría que siguiéramos hablando.

Mara levantó la vista hacia el reloj. Eran las siete menos cuarto, hora de irse a por su pequeña.

—Bueno, tengo que irme, me ha gustado la charla.

—Igualmente.

—Si quieres, el próximo día, en vez de tontear como chiquillos, puedes sentarte aquí directamente. Ya el pavo nos queda muy lejos. Los dos empezaron a reír a carcajadas, yéndose a toda prisa antes de que les echara la estricta bibliotecaria. Una última mirada, lenta y se fueron cada cual a sus obligaciones con la sensación de que algo nuevo podía haber comenzado para ambos.

## *Capítulo XXXIV*

El martes siguiente se saludaron con más confianza, pero sin excesos. Javier ya había caído de qué la conocía a ella. ¡Era la mujer de Andrés! Él había oído que desde hacía años tenían problemas y, según los rumores, que se separaran era una cuestión de tiempo. Así que no era una situación muy cómoda el hecho de intimar con la mujer de su amigo de la infancia. Por otro lado, venido abajo su matrimonio y con la gran necesidad de ella de rehacerse, no veía el problema de hablar con Mara y ayudarla a superarlo.

Su parte altruista era algo más postizo que otra cosa. Su buen corazón era algo inexistente si no se trataba de intereses propios. No podía negar que Mara, desde tiempo atrás, siempre le resultó muy atractiva y tampoco que el morbo que le provocaba la situación era un acicate para perseverar en ella.

Mara se quedó atónita cuando supo que se trataba de Javier. Andrés le había hablado algo de él, de su adolescencia, pero claro, sin entrar en detalles escabrosos ni historias amargas, con lo que la imagen que ella tenía de él era de un adolescente travieso y compañero de la infancia. Tampoco nunca le había hablado de Laura, así que para ella, el hecho de saber que Javier había sido tan cercano a Andrés en tantos momentos, aunque hubieran perdido el contacto, le dio algo de más confianza para sincerarse y desahogar su corazón. Era evidente que ella también se sentía bastante atraída hacia él y el hecho de reconocerse había venido por un coqueteo previo que suavizaba esta aspereza, si es que podía considerarse así.

Ella estaba realmente cansada de no tener un hombre a su lado para hablar, reír, bailar, hacer el amor con pasión y se dijo a sí misma que aún era joven y tenía derecho a vivir la vida y no a envejecer en dos días. Hacía ya tiempo que se sentía junto a Andrés una anciana, al cual, con gran pena, no veía con

fuerzas ni ánimo para cambiar.

Ese día, al salir, se quedaron hablando un buen rato fuera de la biblioteca, y coincidió que Andrés los vio mientras pasaba con el coche por ese céntrico lugar, lo que le causó gran sorpresa y desconcierto. ¿Sería una coincidencia? Sabía que pensar eso de Javier era no conocerle, pero en principio dio margen a esa posibilidad. Era muy consciente de que Mara lo estaba pasando muy mal, al igual que él, cada cual a su manera y por sus motivos y al haberle hablado alguna vez de Javier, no era una locura que Mara hubiera aprovechado para desahogarse hablando con él, cosa que no le hacía la más mínima gracia. Pero sabía que, si todo seguía como estaba, él no era nadie para decirle con quién debía hablar, ni quién le convenía o no como amigo. Esta vez, le tocó tragarse su orgullo y seguir su camino.

Tras un buen rato de agradable charla, fueron a tomar una copa, algo nada extraño. Ella se sentía halagada, valorada, cuidada y entre risas, charlas y miradas cercanas, se convirtieron en varias, y luego, casi sin darse cuenta, llegaron besos descontrolados en el apartamento que él tenía en el centro. Para Javier fue todo un logro, un sueño cumplido, desnudar a Mara y observarla lento cumpliendo con ella sus fantasías pendientes sin ninguna prisa. Todo sucedió muy rápido. También era cierto que hubo mucha más pasión que sentimientos. Fue la única vez que se acostaron, en una noche de pasión desenfrenada, morbosa, noche de la que Mara, no se sentía en absoluto orgullosa por la precipitación, por el descontrol, por seguir amando a Andrés, pero que recordaría siempre entre un sentimiento de desenfreno maravilloso y un punzante arrepentimiento.

## *Capítulo XXXV*

Una semana después, tras aquella noche de descontrol, de entregarse con aquella pasión a aquel hombre, tras muchos años de contención y sentirse medio abandonada, sin ganas de ser coqueta, de arreglarse, de sentirse amada, se sumió en un sentimiento que oprimía su pecho, una sensación nueva que la hacía martirizarse y sentirse sucia a pesar de que podía tener multitud de razones y circunstancias que podrían explicar a su conciencia lo que había hecho. Desde entonces, su mente y su corazón se habían obsesionado con hablar con Andrés, comprobar si aún podía quedar algo del padre de su hija, del hombre del que se enamoró y que aún amaba.

Tras varias semanas sin verse, sin hablarse, llamó a Andrés, tenía que jugarse su último cartucho con él antes de tomar una decisión definitiva para el resto de su vida.

—¡Hola, Mara!, ¿qué tal? —le dijo con verdaderos signos de sorpresa y alegría.

—Mira, Andrés, hemos pasado mucho tiempo juntos, gran parte del cual, ha sido maravilloso, tenemos una niña lindísima que nos necesita a los dos, y bueno, necesitaba saber si has reflexionado acerca de todo esto, nuestra vida, tu actitud... Sé que muy pronto voy a dirigir mi vida hacia el futuro dejando atrás el pasado, quizás yéndome de aquí, porque esto no es vida.

—Quedemos una vez, por favor, hablemos, veámonos, yo veo igual que tú lo que me dices. Me arrepiento todos los días de mi comportamiento con vosotras y haré lo que sea por recuperaros. Te contaré el fondo de mis preocupaciones para que puedas entender mi actitud, los males que han estado perturbando mi alma hasta hacerla añicos. No sabes cuánto te agradezco que lo vuelvas a intentar, no te arrepentirás.

—De acuerdo, quedemos entonces. No quiero que pienses que va a ser fácil por mi parte, tengo una herida abierta por todo este tiempo que costará

mucho cerrar.

Quedaron para cenar en el Restaurante Baobab de la Calle La Noria, un sitio elegante con una genial azotea desde la que podía divisarse gran parte de la ciudad. Los dos fueron muy elegantes intentando poner el máximo para la ocasión. Lo que se jugaban lo merecía, la familia, un futuro juntos. Mara se había puesto un vestido verde oscuro con encajes simples que le otorgaban sencillez y elegancia, y él, en su estilo, optó por un pantalón vaquero, camisa blanca y chaqueta negra. Al verse, los dos se miraron gustándose, recordando la emoción que sintieron al principio de conocerse.

La cena fue muy agradable y durante la misma, Andrés intentó estar lo más atento y cuidadoso posible. Preguntó cómo estaba Judit, detalle que ella esperaba y que agradeció. Le contó que echaba muchísimo de menos a su padre. Él contestó que también las echaba mucho de menos a las dos, que meter la pata en esto era el peor error que había podido cometer. Sobre la elegante mesa, colocaron la excelente mariscada que habían pedido y les sirvieron el vino blanco, que uno de los camareros dejó reposar en una cubitera con hielo. Fue una delicia degustar aquellos frutos de mar, relajados y con buenas expectativas. Para la carne, pidieron un buen vino tinto que marinase perfecto. Así fue transcurriendo la velada sin ningún contratiempo.

—Mara, lo que tengo que hablarte es demasiado importante como para decirlo aquí, no me sentiría cómodo. Por favor, vamos al piso donde estoy ahora que no anda demasiado lejos y hablamos. No pienses mal, sólo quiero que estemos sin incomodidades. Es algo demasiado serio...

Ella lo vio serio y comprometido con sincerarse y no cabía por su parte ningún impedimento. Cuando Andrés comentó a Luis que iba a cenar con ella, este le hizo una fiesta, se alegró muchísimo por él, por la posibilidad de recuperar su vida y salir de ese profundo abatimiento que tanto lo mortificaba. Por supuesto, le dijo que no se preocupara por nada, que tenía un nuevo ligue y que esa noche no la iba a pasar en el piso en ningún momento, lo tenía completamente a su disposición.

Al llegar al piso y cerrar la puerta, se besaron largamente, lo estaban deseando los dos desde hacía mucho tiempo. Con los ojos cerrados, la abrazó con fuerza, con amor verdadero, era un sueño que se repetía una y otra vez en

sus noches solitarias, tenerla así entre sus brazos y no despegarse nunca de ella. Su aroma, el tacto de su piel, su manera dulce y tierna de mirarlo de otros tiempos, hicieron que la deseara desesperadamente. Ella se apartó un poco, no quería caer en lo fácil. Tras este pequeño gesto, él entró en la cocina y sirvió dos copas de champagne que tenía preparado. Ella pensó en algún momento que Andrés tenía todo previsto para ir a su piso tras la cena, como preparado justo para eso, pero tampoco era el momento de hacerse la difícil, la dura. Evidentemente se sentía muy atraída también por él y cuando él le dio la copa y dieron un largo sorbo, cuando con su mano izquierda le fue bajando la cremallera del traje que recorría toda su espalda, se dejó llevar. Al fin y al cabo, era su marido, posiblemente su futuro, de ella y de su hija y esto podía ser la guinda perfecta para allanar el camino de sus sentimientos y desazones. Hacer el amor fue intenso, tierno y rápido. Los dos quedaron tendidos en la cama mirando hacia el techo. Andrés se levantó y fue al baño dejando la puerta encajada. Ella se asomó al cabo de diez minutos preguntándose por qué tardaba tanto, ver si estaba bien. Al mirar por el hueco de la puerta, horrorizada, volvió a ver al Andrés de ojos fijos y delirantes frente al espejo, al marido extraño y esquivo.

—Andrés, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? Tendríamos que hablar, al fin y al cabo es para lo que hemos quedado, al menos yo...

Él volvió la cara y la miró con ternura.

—Cariño, te he echado tanto de menos, te necesito tanto. No puedo llevar esta carga solo —le dijo con voz solemne y apesadumbrada.

—Dime, para eso estoy, hablemos. ¿Qué es eso que te devora por dentro?

—Lo he pasado genial, Mara, es maravilloso que de nuevo recuperemos la normalidad, la familia, nos tengamos otra vez el uno al otro.

—¿No me estás escuchando? Te estoy diciendo que vengas a la habitación y hablemos. Como te dije antes de quedar, yo no doy nada por hecho, hay mucho que solucionar. ¿Me vas a contar lo que te pasa?

—En lo que me pasa hay muertos, secretos, hechos terribles... —susurró extrañamente mirándola pero con la vista perdida—. Nadie querría escuchar cosas tan espantosas. Dejemos el tema, por favor, sigamos como antes, te necesito, esto no arreglará nada, sólo será abrir una caja de pandora que ni siquiera yo sé si podría soportar expresarla en voz alta.

—¿Entonces todo ha sido un engaño para llevarme a la cama? ¿Así de superficial y vacío eres ahora? —le gritó vistiéndose a toda prisa—. ¡Me había hecho ilusiones contigo, desgraciado! ¿Sabes lo que te digo? Te queda mucho tiempo para arrepentirte de lo que has hecho hoy. No me vuelvas a llamar o esto se volverá un asunto muy feo.

—No te vayas, por favor, es que no te cuento ciertas cosas para protegerte, en serio, debes creerme —terminó diciendo tras un portazo seco que sonó a punto final.

## *Capítulo XXXVI*

Era sábado por la tarde. Sonó el teléfono, pero Andrés prefirió no contestar y seguir sin moverse del sofá. No imaginaba quién podría ser, aunque tampoco importaba. No tenía ganas de hablar con nadie. Sobre la pequeña mesa que tenía enfrente miraba una carta que Mara le había enviado y que aún no había abierto. Tenía tanto temor por el contenido de esta, que no quería ni moverse de allí. Eso sí, seguía mirándola con gran curiosidad. Qué bonita era su letra. También podía ser algo positivo que ella quisiera hablar con él en persona, tal vez darle una segunda oportunidad, pero ¿y si no...?

En la gran pantalla plana que había colocado en la habitación del piso que Luis le había cedido, estaban emitiendo un documental sobre el espacio donde habían aplicado las más modernas tecnologías para realizar completos mapas estelares y mostrar todo tipo de cuerpos celestes en todos sus planos. Qué gigantesco parecía el universo, qué pequeña y solitaria se veía la tierra allá a lo lejos, como un punto brillante sin la más mínima importancia. Así se sentía él, como un punto, pero en vez de brillante, mate, que anduviera sobre la faz de la tierra sin objetivos, ni ilusiones, ni importancia para nadie. Echaba mucho de menos a su hija, pero sabía que si se acercaba a ella a la fuerza empeoraría las cosas. Además, a quién iba a engañar: estaba tan perdido en sí mismo, hacía tanto tiempo que apenas se relacionaba con nadie fuera de la cotidianidad del trabajo, que había perdido toda confianza. Sabía que de una u otra manera acabaría metiendo la pata. Y si se veía a sí mismo de esa manera respecto al encuentro con su hija, mucho más duro sería verse con su mujer –si es lo que ella le pedía en la carta–, a la que sin dudarlo un instante seguía amando. Tantas veces se había imaginado a sí mismo encontrándose con ella casualmente por la calle, saludarla, invitarle a un café y recuperarla que había perdido la cuenta. ¡Qué fácil parecía todo en esos momentos de ensimismamiento! Era consciente de que el problema era suyo, no de ella. Se levantó y se miró al espejo.

—¿Qué te ha pasado, Andrés? ¿Qué coño haces con tu vida? Y ese hijo de perra...

Su mente trajo a Javier a un primer plano. Volvió a sentarse pesadamente en el cómodo sofá de una plaza situado al lado de la cama. Inequívocamente, él era la fuente de toda la oscuridad que ahora tenía su vida y su alma. Si se paraba a pensarlo realmente, Javier había sido alguien que marcó toda su vida en conjunto desde la adolescencia. Esos recuerdos de juventud que muchas veces dejamos atrás, por ser poco importantes o por afán de superarlos, seguían marcados a fuego en su memoria. Él, como siempre le había dicho su madre, era noble, bueno de corazón, pero ese diablo tenía la maldad como una marca de identidad. Más de una vez había tenido pesadillas con el pobre gato aquel al que Javier ensartó con su flecha mientras él sonrió por un instante, pero no de placer, claro que no, sino poseído por el influjo maligno de su amigo. Tenía una especie de campo de atracción que llevaba a los demás a dejarse llevar por su maldad, por sus proyectos infames. Inevitablemente, al pensar en su adolescencia, la imagen de Laura volvió a su cabeza. Sus ojos reflejaron claramente la luz de la lámpara halógena como un lago. Las lágrimas de nuevo empezaron a brotarle. Su primera novia, la chica con la que conoció qué significaba perder la cabeza por alguien. En ese momento su melancolía dio paso al odio. Apretó los puños y volvió a repetirse.

— ¡Ese hijo de perra...! —murmuró con los dientes apretados y una mirada más negra que la noche más oscura.

Si pensaba en sí mismo era consciente de que no era inocente respecto a lo que hizo porque colaboró activamente para que ella desapareciera. Sí, su justificación para hacerlo había sido que su familia, sobre todo su pequeña, no lo viera provocando un sangriento accidente. Su única intención al ceder y dejarle las llaves del tanatorio a Javier fue proteger la imagen que sus seres queridos tenían de él, que al fin y al cabo, era una imagen real. Pero claro, imaginar a su madre, a o su mujer o a su hija viendo por la televisión cómo tiraba un enorme muñeco a la autovía provocando muertos y heridos, era algo que no podía soportar. Por un lado, para cualquiera resultaría una escena grotesca y terrible de un joven inconsciente, degenerado y homicida, ya que lo más lógico sería que ocurriera lo que aconteció. Y por otro, no se veía convenciendo a nadie de que aquel vídeo estaba siendo grabado por Javier, quien al fin y al cabo fue realmente el cerebro de todo. Si él explicara a alguien que se había dejado llevar por su extremada inocencia de entonces, no

le hubieran creído. Más difícil aún se le antojaba convencer a nadie de la maldad total y absoluta de Javier. No había más que verle ahora con sus elegantes trajes de chaqueta y sus coches de lujo pavoneándose por el centro de la ciudad como si fuera suya. Se veía atrapado y sin salida y eso es lo que había causado el cambio radical de su carácter. No se soportaba a sí mismo. Y es que, mirándolo fríamente, de una u otra forma, era cómplice de varias muertes, tanto de las del accidente en la autovía como la de Laura en el tanatorio. Y la explicación de su participación en ambas no resultaba más que penosa a su conciencia. La ironía de todo esto era que, por proteger a su mujer y a su hija viéndole hacer algo tan ruin, había cedido al chantaje de Javier, y esto había provocado que perdiera a ambas.

Ahora lo estaba viendo todo claro, clarísimo: en todas las tramas de Javier, él había salido perdiendo y eso era lo más injusto del mundo. Esto se explicaba por la falta absoluta de conciencia de su amigo de la infancia y la excesiva suya, con el resultado de que mientras él sufría y la culpa lo devoraba por dentro, el otro cada día era más feliz, poderoso y prepotente. Era muy consciente de que intentar jugársela a Javier sería una gran locura ya que además de demoníaco era muy astuto y rara era la opción o estrategia o posibilidad que él no sopesara. Lo más fácil sería que él saliera perdiendo y conociendo su historial, incluso su vida correría peligro, cosa que por ahora no pensaba arriesgar. Bastante tenía ya encima como para planear cualquier intriga contra él. Ahora bien, lo que en su mente sí había quedado nítido era que su situación era completamente injusta: su soledad de ahora, perdiendo a su familia, su conciencia corrompida y hecha añicos, la depresión en la que estaba sumido y que parecía querer absorberlo hacia un abismo negro cada vez más profundo... Y todo esto, absolutamente todo, se lo debía a Javier. Era el centro de sus males y no de los de ahora, sino de los de toda su vida en conjunto.

Se tapó la cara con las manos queriendo desaparecer, dejar de sufrir. Poco a poco sus dedos se deslizaron hasta su cabeza surcando sus cabellos despeinados, adoptando una posición cabizbaja y desesperada. Él no era un modelo de bondad, pero estaba seguro de tener un fondo bueno, por naturaleza, el que él poseía en su interior y sus padres le habían inculcado.

Ya el colmo fue ver su encuentro con su mujer, o al menos eso parecía, en

la puerta de la biblioteca municipal. Prefirió pensar que fue algo casual, que mientras ella salía de la misma, Javier podía haber pasado por allí, se saludaron y charlaron durante un rato, muy consciente de que Mara necesitaba hablar con alguien, ya que por su carácter siempre lo necesitaba. Para él, esa sería una normalidad aceptable. Otra cosa distinta no quería ni planteársela por todas las implicaciones que conllevaría.

Se puso a fantasear en cómo podría vengarse, dar una capa blanca de justicia a su mundo, ¿cómo...? Movi6 la cabeza hacia los lados diciéndose a sí mismo que estaba perdiendo la razón por completo. Para eso él debía convertirse en un monstruo también y sabía que eso no estaba en su genética, en su valor. No era ni tan intrépido, ni tan audaz. Nunca lo había sido.

El teléfono volvió a sonar y esta vez lo cogió.

—¡Dígame! —respondió malhumorado.

—Hombre, si el bueno de Andrés se ha dignado a coger el teléfono. Soy Luis, tu compañero de trabajo. ¿Quién si no se va a acordar de ti? —y se oyó una risa. —Vente a tomar unas cervezas conmigo. Anda amargado, ámate.

—Qué va, estoy trabajando y no tengo ánimo para nada, te lo agradezco.

—Tú sabes que en el trabajo soy el número uno haciendo seguros, ¿verdad?

—Sí.

—Y sabes que eso lo consigo porque soy muy pesado e insistente, ¿no?

—Así es —dijo Andrés, esbozando una breve sonrisa.

—¡A que voy yo a por ti! Tira para acá hombre, que falta te hace salir de ese zulo en el que te has encerrado tú mismo.

—Venga, va. Ahora voy.

Por última vez miró la carta de Mara y la dejó allí sin tocarla. Tras un rato de esparcimiento la abriría. No hizo falta decir el lugar. Como siempre quedaron en Paraíso 38, un café bar tradicional y acogedor a la vez, en el que se sentían a gusto por el ambiente y la fuerza de la costumbre. Este lugar tenía una clientela fija pero dos ambientes muy distintos. Según el día y la hora. Por

las mañanas, un grupo de jubilados y amigos estaban allí como un clavo, nunca faltaban con sus vasos de vino y sus platitos de aceitunas o altramuces. Y los fines de semana por la tarde noche, se llenaba de gente más joven, la cual acudía a los conciertos y presentaciones de libros que allí tenían lugar.

Sin mucho arreglo, sin muchas ganas y medio despeinado, fue al encuentro de su amigo.

## *Capítulo XXXVII*

Llegó al local y pudo comprobar que estaba casi lleno, cosa que no le hizo ninguna gracia, pero bueno, tenía que adaptarse. Tocaba un trío musical llamado Blues Moon. Saludó fríamente a Antonio, el dueño del local y enseguida se encontró con Luis que lo esperaba con una gran jarra de cerveza.

—Después dirás que nadie te cuida. Menos mal que estoy yo para sacarte del agujero. Tío, debes despabilar, que el mundo no se ha acabado, colega. Venga, ¿te apetece un billar?

—Hombre, yo sé que eres un buen amigo, de eso no me cabe la menor duda. Venga ese billar. Ahora, sabes que no tendré piedad, ¿verdad? —dijo Andrés, intentando adaptarse y no resultar un muermo.

—Bueno, bueno, no creo que siempre tengas tanta suerte.

—¿Suerte? Si no recuerdo la última vez que me ganaste...

— Anda, fanfarrón, tira para arriba y echa la moneda.

Para llegar al billar había que recorrer un pequeño pasillo entre mesas y sillas y subir unas escaleras de tres peldaños situados al lado de la escultura de Marilyn Monroe. Andrés dio un largo sorbo quita penas a su cerveza y echó la moneda. Las bolas hicieron un fuerte estruendo al caer en el cajón. Era un sonido que le encantaba. Las fue colocando en el triángulo y miró a Luis que estaba tonteando con una seriedad cómica de jugador profesional aplicando tiza azul a su taco. Le agradecía mucho que lo hubiera llamado. Solía hacerlo y le resultaba una buena ayuda. Era un gran tipo sin el cual su mundo sería aún más gris.

Una partida llevó a la otra, como siempre ganando Andrés, a quien el billar se le daba desde siempre bien, y una cerveza a otra. Desde la zona en la que se encontraban se podía tener una panorámica completa del bar. Era un ambiente agradable y distendido, y la música, por supuesto tras las cervezas,

incitaba a moverse un poco a su ritmo. Había hecho muy bien en salir.

De repente todo cambió. El júbilo dio paso a un odio espeso y rancio, la risa a una expresión difícil de describir. Javier acababa de entrar en el local. Lo detestaba profundamente. Muchos de los clientes se acercaron a saludarle con una exagerada cortesía, como quien le pide un autógrafo a un famoso y a él se le veía en su salsa. Feliz por completo, pavoneándose y mirando desde arriba de su engrimiento a los demás con una sonrisa estudiada y despreciable.

Javier miró hacia el fondo con ese afán de controlarlo todo, hacia la zona del billar y allí vio a Andrés y a Luis. Este último también admiraba a Javier por su fama de buen samaritano y empresario eficaz. Todos sabían que donaba dinero a organizaciones humanitarias y que colaboraba en todo lo que podía con los pobres, siempre y cuando lo grabasen o saliese en el periódico. Parecía ser su único requisito. Se dirigió hacia ellos y desde el pie de la escalera, les dijo:

—Muy buenas, chicos, ¿qué tal?

—Pues muy bien Javier, aquí echando unas partidas al billar intentando ganar alguna, aunque a Andrés es casi imposible.

Andrés saludó apenas, sin mirar a Javier, lo cual a éste no le sentó demasiado bien, dada su importancia y la escondida y obligada complicidad entre ambos.

—¿Te pasa algo, Andrés? ¿Estás bien?

Era evidente que no. Lo mostraba su aspecto completamente desaliñado, su pelo despeinado, sus ojeras marcadas, en fin, era redundar en lo evidente, pero lo que resultaba más cruel, y para él, satisfactorio, era meter el dedo en la herida.

—¿Y a ti qué más te da? —le espetó Andrés con desagrado.

Luis, que desconocía el pasado entre ellos, estaba un poco incómodo por la actitud de Andrés. No sabía por qué estaba siendo tan descortés con alguien tan simpático para cualquiera. Pero, como buen amigo de Andrés, si tenía que apoyarle en cualquier cosa, lo haría y confiaba en él y en su criterio.

—Bueno, no os molesto más. Andrés, a ver si nos vemos, y charlamos un rato.

—Alguna vez llegará el momento de que hablemos, sí, y no creas, a lo mejor no siempre te va a salir todo tan bien como ahora... —dejó caer Andrés con un tono atrevido y muy poco habitual en él, sin duda por lo miserable de su vida actual y las cervezas que ya había tomado.

Javier se quedó mirándole por un instante y se fue hacia él rápida y ágilmente, situándose a pocos centímetros de su oído con la frialdad violenta tan única en él.

—Mira, estúpido, ten cuidado conmigo y déjate de gilipolces ni amenazas veladas. La otra vez cumplí mi palabra y te di la única copia de aquella mierda que hiciste en el puente y eso que, digas lo que digas, nadie hubiera creído que yo tuve nada que ver. Y del otro tema, en fin, tú sabrás lo que haces, pero yo de ti me andaría con ojo.

Ante su mirada lateral, felina y negra, Andrés bajó la suya, muy consciente de que Javier no se tiraba faroles y siempre conseguía lo que se proponía sin importar el camino o las medidas que tuviera que tomar. Situarse en su punto de mira era un peligro mortal que él conocía bien.

Luis asía el palo con fuerza por si las cosas se ponían feas. No iba a dejar que le hiciera nada a su amigo y viendo el cariz que tomaba el asunto, dijo en tono jovial para intentar quitar hierro al asunto y desviar la atención:

—Bueno, Andrés, ¿seguimos la partida o vais a seguir de cháchara toda la noche?

Javier recuperó la compostura y su amplia sonrisa y bromeó con Luis.

—No hombre, seguid, ya dejo de molestar, pero es que hacía tiempo que no me encontraba con Andrés y me apetecía recordar viejos tiempos. Nos unen muchas historias —terminó diciendo mientras miraba a Andrés y se alejaba en dirección al baño.

Andrés recuperó el aire y sin más ganas de estar allí dijo a Luis que se iba, que ya era suficiente por esa noche. Se dirigió a la salida y sin despedirse de nadie, se fue a paso ligero hacia su casa. Estaba algo mareado por las cervezas, confundido y enfadado por la escena con Javier. Ese pedante... A mitad de camino, a unos diez minutos del bar, notó que hacía demasiado frío. Efectivamente, con el descontrol había dejado olvidado su abrigo en el bar. Sin ninguna gana, se volvió a por él, aunque lo más seguro era que se lo hubieran robado ya.

Javier había acudido ese día al bar Paraíso porque lo había llamado Mara y le había pedido muy angustiada que quedaran para hablar. Por el tono, no sabía si le iba a pedir dinero, un favor, o no sabía qué. Lo que sí resultaba evidente es que era algo importante y estaba claro que no era para tener una cita con él o porque lo echara de menos. Al entrar, había mirado a su alrededor y no la había visto. A quien sí vio fue a Andrés y Luis jugando al billar, y por supuesto, no se iba a privar del placer de saludarlos, especialmente a su colega de la adolescencia con el que tantas complicidades compartía. Tras dejarlos, la vio en la mesa situada al fondo a la izquierda, una situada tras una columna cerca de los baños.

—Hola, Mara, ¿qué tal? No sé si ya estabas cuando he entrado antes, pero yo a ti no te he visto. Normal, como estás aquí de incógnito... —le dijo intentando hacerse el gracioso sin que ella cambiase el gesto.

—Es muy importante que hablemos, Javier. Como no es fácil lo que debo decirte, voy a ir al grano. Hace una semana que no me viene la regla... —dijo secamente haciendo una pausa que creó un momento más tenso si cabía. Javier carraspeó y se aflojó la corbata instintivamente. Un pellizco en el estómago empezaba a apretarle cada vez con más fuerza. Él, hombre que controlaba todo, empezaba a surcar un terreno de arenas movedizas y completamente desconocidas. Tragó saliva mientras ella continuaba—. Así que esta mañana me he hecho un test de embarazo y el resultado ha sido positivo. Si se te ocurre siquiera insinuar que si estoy segura de que es tuyo, o si hay más probabilidades, piénsatelo dos veces, me ofendería demasiado y no estoy aquí para eso. Si he venido es porque sé muy bien de lo que hablo.

Pasaron unos segundos larguísimos mientras hizo otra pausa mirándolo fijamente, como intentando leer lo que pasaba por su mente en esos momentos, mientras el mantenía un extraño e inquietante silencio.

—Eh, mmm, bueno, parece que estás completamente segura... No sé qué decir, en todo caso, es cierto que nos conocemos poco, y por tanto, no te importará que vayamos a una clínica privada que nos diga con exactitud de cuánto tiempo es el embarazo. Hasta que no llegue ese momento, no voy a hablar nada más del tema. Por otro lado, si no accedes, no sé para qué me has citado.

—Creo que es justo, de acuerdo, quedaremos en una clínica privada. Es un asunto en el que convendrás que debemos ser discretos, por el bien de ambos.

Javier puso su mano en el hombro de Mara para intentar suavizar el momento, la situación, parecer algo más humano y ella se lo permitió, parecía un gesto amistoso.

Al entrar Andrés de nuevo en Paraíso 38 y acercarse al billar, pudo comprobar que su abrigo seguía allí, en el mismo lugar en que lo dejó al llegar. Luis lo vio y se le acercó preguntándole si se había arrepentido de irse tan pronto. Él contestó que no, que se iba, que únicamente había vuelto a por su abrigo. Sin embargo, justo después de bajar las escaleras del billar, a su derecha, en la mesa situada en el extremo del bar tras la columna, una imagen congeló su paso y su sangre. Era Mara acompañada de Javier, el cual posaba su mano con ternura en el hombro de ella que no se percató de su presencia. Con intención de acercarse e intentar hablarle se aproximó con el corazón desbocado y nervioso.

Estaban hablando muy cerca. Ella aceptaba con normalidad que él posara su mano asesina en su hombro. ¿Javier y Mara? Pero, ¿esto qué era? ¿Un juego retorcido de Dios o algo similar? No, no era posible. Debía estar soñando teniendo la peor pesadilla de su vida. Javier se volvió en un momento dado y vio allí plantado a Andrés con una expresión terrible, rojo y con la mirada muy fija. Mara hizo lo mismo y en ese momento se cruzaron sus miradas como si se tratase de tres figuras del museo de cera, como una imagen congelada. Javier no era tonto y sabía que si a Andrés se le iba la cabeza lo pondría en evidencia delante de toda aquella gente y esta provocación podría costarle cara. Una cosa era pensar que podía controlar a Andrés, como siempre había hecho y otra muy distinta era volverlo loco partiéndole el corazón, aparte de su moral, la cual ya estaba destrozada. Muy consciente de que no hay nadie más peligroso que aquel que ya no tiene nada que perder, esta situación causó cierta incertidumbre en él.

Mara sólo acertó a decir:

—¿Andrés?

Él no separó los labios, más bien los apretó como a sus puños. Al poco dijo:

—Veo que te rehaces bien y rápido de tus penas, de mi supuesta falta de comunicación. Ahora entiendo por qué me dejaste tan repentinamente, es evidente que tenías planes nuevos. No soy tonto, ¿sabes? Os vi en la puerta de la biblioteca hace tiempo hablando muy amigablemente, poco después de que me echaras de casa. ¡¿Pero es que no te das cuenta?! Este tipo sólo pretende hacerme daño a mí utilizándote a ti y no duda ni un segundo en ello. ¡¿Es que no ves que te está utilizando?! —gritó ignorando por completo a Javier.

—Mara, déjalo, está borracho. Sólo pretende ponernos en evidencia —le dijo a ella quitándole importancia a la situación y despreciándolo.

—Y tú, hijo de puta, ¡hipócrita desgraciado! —gritó encolerizado a Javier.

Javier miró expeditivamente a Antonio, el dueño del bar, y éste, comprendiendo rápidamente, mandó al portero para que solucionara rápido lo que allí acontecía.

Mara, avergonzada de ella misma y por esa extraña situación, quedó sin palabras. Era consciente de que Javier había sido su tabla de salvación ante la soledad, el hombro donde llorar y desahogarse, y a pesar de todo esto, no podía negar que en el fondo de su corazón aún seguía amando a Andrés. Ella también había cometido grandes errores.

Una larga mirada tensa se produjo entre Javier y Andrés.

—Te crees invencible, ¿verdad? —le dijo retándolo.

—Yo no diría invencible, pero si fuera tú, mediría muy bien mis pasos. No vayas a resbalarte y te arrepientas luego.

Rápidamente apareció el corpulento portero y le preguntó a Javier con tono respetuoso:

—¿Le está molestando este tipo?

—Creo que no va a haber problema, que ya se iba.

Luis echó el brazo por encima del hombro de Andrés que se resistía a irse, empujándole levemente hacia la puerta mientras el portero se acercaba también para que lo hiciera por las buenas o por las malas. Salieron del local y Luis le preguntó:

—¿Estás bien, amigo?

Andrés, con un movimiento brusco se zafó de su mano y se largó a toda prisa al piso, a encerrarse en su zulo con la mente fija en hacer alguna locura, en quitarse la vida. Hubiera incluso aplaudido a Javier en aquel momento.

“¡Bravo!, acabas de darme el tiro de gracia” –pensó cayéndole una catarata de amargas lágrimas por su rostro.

No era la primera vez que la opción de suicidarse se le había pasado por la cabeza. Incluso tenía unas pastillas muy fuertes para dormir, que con una sobredosis funcionarían perfectamente para tal fin. Entró en el piso directo a su cuarto y cerró de un fuerte portazo. Se sentó de nuevo frente a la mesita y allí seguía la carta, expectante, misteriosa, poseedora de algún secreto. Sin dudarle esta vez, la abrió rompiendo el sobre sin contemplaciones. Sacó un escrito formal. Desdobló el folio para contemplarlo en su totalidad y tras comprobar que era de un bufete de abogados, pudo leer que Mara le pedía formalmente el divorcio. Hizo una bola violentamente con el papel y la lanzó contra la pared. Con la cabeza gacha entre sus manos comenzó a llorar y a gritar como un loco, levantándose y tirando la estantería al suelo y todo lo que encontró frente a sus ojos. Su vida, su mundo, habían acabado de hundirse definitivamente. La otra alternativa al suicidio que se vislumbraba en el horizonte era llevarse por delante a ese cabrón asesino, y esta vez, se dijo a sí mismo con la mayor seriedad y firmeza que le permitía su persona: esto no quedaría así. Notó en su interior una nueva determinación. Apretó los puños una vez más con los ojos inundados en lágrimas e inyectados en odio y así permaneció durante el resto de la noche.

## *Capítulo XXXVIII*

Andrés logró serenarse un poco. Los nervios y las precipitaciones no le harían ningún bien ya que tenía enfrente a Javier, un alma perversa y fría a quien desde el día de su nacimiento, hacer el mal era algo natural, sin necesitar el más mínimo esfuerzo intelectual. Su caso era bien distinto. Su inclinación natural a ayudar, su inseguridad general, su vocación de ponerse en el lugar de los demás, y por tanto, su posición desde siempre había sido mucho más débil. Pero a base de golpes eso había cambiado, al menos desde que se había impuesto el objetivo de derribar a Javier fuese como fuese. Ya no tenía nada que perder y su vida ya apenas le importaba.

Tras la desaparición de Laura, Andrés había seguido en los periódicos el declive del teniente de policía Samuel, que no pudo recuperarse de aquella pérdida y de aquellas dos desapariciones sin resolver. Su lugar lo ocupó un joven cabo primero ascendido a sargento que desde entonces era quien dirigía la comisaría. La duda estaba en si podría contar con él como apoyo o ayuda en un momento en que lo necesitara, o estaba comprado como tantos otros policías de la ciudad por Javier. De lo que sí estaba seguro era que él solo no podía enfrentarse a Javier, ya que saldría perdiendo en cualquier caso, con lo que estaba dispuesto a tentar al sargento Alberto para saber de qué pasta estaba hecho.

Se dirigió a comisaría para intentar verse con él. En la entrada preguntó al policía de guardia si podía hablar con el jefe. Allí le dijeron que no se encontraba, que se pasase más tarde. Andrés insistió en que era una cuestión de suma importancia y con la misma apatía anterior el agente le volvió a repetir que se pasara después. Un policía mayor que andaba por el vestíbulo y que lo conocía de hacía tiempo, le dijo que había ido a visitar al teniente Samuel, por lo que no tardaría mucho, ya que era la única persona que lo

visitaba de tanto en tanto. Él se lo agradeció muchísimo y decidido fue también hacia la residencia.

Cerca de la puerta vio aparcado el coche de policía. Colocó el suyo al lado y fue hacia el porche de acceso. En la entrada le preguntaron quién era, y él dijo que un buen amigo de Samuel, lo cual sorprendió a la enfermera que controlaba las entradas y las salidas, dadas las poquísimas visitas que recibía el teniente y las pocas amistades que había conocido de éste. Le informaron que en esos momentos estaba siendo visitado por el sargento Alberto y él insistió en entrar para así poder hablar los tres. Aunque la petición no era de lo más ortodoxa, la enfermera, pensando en Samuel, le dijo que sí, ya que sería la primera vez en años que estaría acompañado por dos personas. Por supuesto, antes de que él pasara, lo acompañó hasta la puerta de la sala donde estaban reunidos y le preguntó a Alberto si no le importaba que otra visita estuviese también presente. Fue pasando por un pasillo ancho en el que había pacientes con la vista y la mente perdidas. Alberto, que llevaba un rato intentando hablar con Samuel sin conseguirlo, dijo que sí, a ver si la otra persona tenía más suerte.

—Buenos días —dijo Andrés.

—Muy buenas, pase, pase —respondió el sargento. —Siéntese. ¿Quién es usted?

—Pues soy, digamos, un conocido del teniente. ¿Qué tal está?

—Aquí estoy con él intentando hacerle reaccionar, pero no hay manera. Mira fijo por la ventana como si quisiera escapar volando o como si viese algo que no existe en nuestra realidad. ¿De qué decía que le conoce?

—Bueno... mmm, yo, en realidad... —respondió Andrés, titubeando. —A decir verdad, no le conozco. Sólo por los periódicos de hace quince años, lo mismo que a usted, pero es que el asunto del que quería hablarle no puede esperar. Además, pensé también que mi visita no le haría mal a alguien que, por lo que me han dicho, apenas las recibe.

—Tiene razón. En todo caso, no estoy seguro que en estos momentos note nuestra presencia demasiado. Yo creo que en el fondo sí, pero que se niega desde su interior abatido a asimilar el presente y por eso permanece casi autista frente a todo. Bueno, ya que estamos aquí los tres, dígame: ¿qué es eso tan importante que no podía esperar?

—Se trata de la desaparición de Laura.

El teniente desvió su vista fija en la ventana y miró a Andrés con una expresión distinta, más consciente. Alberto, con mucho interés, le preguntó:

—¿Qué sabe usted de ese asunto? Fue la desaparición más dura que tuvo que soportar la comisaría, algo repentino e inexplicable que nos dejó a todos hundidos.

De forma inesperada, el teniente le preguntó con un hilo de voz:

—¿Es usted... el amigo de Javier?

Tanto el sargento como Andrés se quedaron de piedra por la memoria increíble de alguien que había sido dado por desahuciado. Durante unos instantes guardaron silencio mirándolo anonadados.

—Sí. Bueno, supongo que puede decirse así, aunque eso de amigos quedó atrás... hace muchos años.

La situación había llamado enormemente el interés del sargento Alberto.

—Y, dígame, ¿quiere decirme algo nuevo sobre el caso? Porque, si no recuerdo mal, en los informes policiales que he repasado mil veces, usted declaró que había estado toda la noche con Javier recordando viejos tiempos, o algo así, con lo que se le descartó por tener una coartada. Su respuesta y su actitud no nos dejaron dudas. Fuera de eso, no pudimos encontrar pista alguna que nos condujera a encontrarla.

Andrés sabía que se disponía a confesar un delito por haber levantado falso testimonio, pero no le importaba ya nada: si él caía, se llevaría por delante a Javier, o al menos estaba dispuesto a intentarlo.

—Pues no fue así. Mentí.

De forma inesperada pareció que el teniente recobraba la cordura y su relación con el presente. Estaba siguiendo atentamente las palabras de Andrés y con el ceño fruncido, en un arrebató, gritó a Andrés zarandeándolo con algo de fuerza por los brazos:

—¡¿Cómo que mintió?! ¿Está diciendo que ayudó a un asesino? ¿Que colaboró con el secuestro y el asesinato de Laura, una agente de la ley?

Tras las preguntas, se le quedó mirándolo atónito durante unos segundos.

—Yo no secuestré a nadie ni ayudé a hacerlo, ni asesiné a nadie ni ayudé a hacerlo. Únicamente... —contestó a media voz Andrés, cabizbajo.

—¿Únicamente qué?! —preguntó exasperado el sargento.

—Únicamente le dejé las llaves del tanatorio a quien lo hizo, porque me sentí muy presionado: me pusieron entre la espada y la pared.

—Pero, ¿de quién demonios me habla? —preguntó el sargento.

—De Javier —sentenció Samuel, con una seguridad fuera de toda duda, cayendo pesadamente de nuevo en su sillón.

—¿Javier? ¿El jefe de la agencia de publicidad Creatif? ¿Ese tipo tan estirado que la única publicidad que hace es la de sí mismo, con acciones humanitarias y similares?

—Sí, el mismo —contestó Andrés. —Usted no le conoce, es más, creo que aparte de mí, no queda nadie vivo que lo conozca realmente —expresó recalcando estas últimas palabras. —En absoluto es lo que parece. Se trata de un ser despreciable, de un hombre sin conciencia que disfruta haciendo daño y se enorgullece de poder manipular y jugar con los demás como si fueran marionetas sin que en ningún momento lleguen a verse sus hilos.

Lo que sí quedó claro es que Samuel había despertado de su letargo y sus conocimientos iban a ser muy valiosos para los dos. Alberto lo miraba y lo veía ahora muy distinto. Se alegraba tanto de que hubiera “despertado”... Además, no estaba dispuesto a dejarlo allí. Lo llevaría a su casa, al menos por un tiempo, pero en el más absoluto secreto, ya que no quería que nadie supiera nada al respecto. Era una baza más en este rompecabezas.

Alberto pensó que lo mejor era ir a su piso y hablar los tres en profundidad. No quería, en principio, ir a comisaría para que nada se filtrara. La sorpresa siempre es la herramienta más eficaz.

Así que Alberto, moviendo unos hilos, consiguió sacar con cierta facilidad al teniente de allí y se fueron al piso. Una vez allí y a pesar de todas las implicaciones legales que ello podía conllevar, Andrés empezó a contarles todo, a desahogarse como nunca lo había hecho con nadie desde su adolescencia. Los otros dos le escuchaban atónitos sin perder detalle. Eran conscientes de que al fin sabían quién era el psicópata asesino que habían buscado durante tanto tiempo, pero también caían en la cuenta de que las cosas

no serían tan fáciles, más aún habiendo pasado tanto tiempo. La opinión de Andrés no constituía ni una prueba sólida ni un testimonio de gran credibilidad. Aquí no valían especulaciones ni acusaciones vacías. Cualquier paso en falso provocaría que Javier se librara definitivamente de sus acciones, e incluso que el abogado de éste se querellara contra ellos por difamación y calumnias. Al ser alguien público y tan poderoso e influyente, no cabía especulación alguna, sólo hechos, acciones bien estudiadas y fundamentadas, o como iba a ser por el momento, pasos encubiertos. Tenían clarísimo que pruebas no existían. Aparte del pendiente que Andrés encontró en el tanatorio y que estaba seguro de que era de Laura, el que guardaba en el primer cajón de su mesilla de noche con máximo celo, no había nada más. Por tanto, la dificultad era máxima ya que la única forma de pillar a Javier sería con una confesión creíble de este.

El relato de Andrés era sobrecogedor. Detalle a detalle iba abriendo la caja de Pandora de Javier, de sus miserables y crueles acciones pasadas. Alberto lo escuchaba y pensaba que seguro que a las víctimas del puente aquel donde tantos años atrás se provocó un accidente múltiple con muertos y heridos les llegaría un cierto descanso al saber que se había dado con el cerebro de aquella salvajada. Mientras, Andrés contaba su cesión por unas horas de las llaves del tanatorio y la posterior desaparición de Laura. Al teniente se le llenaron los ojos de lágrimas y una sed de justicia inundó su corazón a punto de estallar por el odio que sentía hacia aquel desgraciado engreído.

Alberto, a pesar de su juventud, era un hombre muy cauto, característica suya que se había acentuado también por la gran responsabilidad que había caído sobre sus hombros al convertirse en el jefe de la policía. Por ello, no subestimó a Andrés como hombre sagaz y no le descartó cien por cien como posible sospechoso de lo que estaba contando, o parte de lo que relataba. ¿Quién sabía? Tal vez hacía un doble juego al inculpar a Javier de todo. No había que descartar nada. No era impensable que, una vez Andrés había visto juntos a Javier y Mara, quisiera hundirle por despecho, o quizás no y decía toda la verdad. El caso es que en la investigación que estaba empezando a reabrirse todo iba a salir a la luz. Estaba dispuesto a llegar hasta el final de todo este asunto y hacer justicia..

## *Capítulo XXXIX*

Por la mañana, Javier había quedado con Mara en una nueva clínica que habían abierto al lado del Parque Municipal García Sanabria. Habían pasado ya más de siete semanas desde que quedó embarazada, desde que tuvieron su encuentro íntimo. Para tener el contacto justo, quedaron a las doce en la misma puerta. Los dos llegaron escrupulosamente a la hora. Se saludaron cortésmente y entraron. Para Javier era la experiencia más inestable que había tenido en toda su vida, y su vida gozaba de todo tipo de experiencias delirantes. Hicieron la ecografía y les informaron de que el feto medía ya trece milímetros y medio, que el tiempo que se estimaba era de siete semanas y media. La desazón que sentía en su interior no hacía más que crecer. No sabía cómo sentirse, no se controlaba. Él había quitado vidas, pero ser padre no cuadraba en su universo personal. Cualquier tipo de duda que a Javier se le hubiera pasado por la cabeza se esfumó al momento. Salieron de la clínica y se sentaron en un bar para hablar ya con conocimiento de causa.

—Mira, Javier, por la manera que esto ha ocurrido, me estoy planteando seriamente no tenerlo, no sabría cómo afrontar esta situación ante mi familia, ante todo el mundo..., ante Andrés. Parecería una mujerzuela que no vale nada, me pondrían de mujer fácil rápidamente hasta el fin de mis días. Y a ti, perdona que te diga, no te veo como padre, no parece que vaya con la vida que llevas, la cual gira únicamente en torno a ti.

—He pensado mucho acerca de este tema. Es algo que no esperaba en absoluto, y en fin, no somos niños, sabíamos que cabía la posibilidad de que esto pasara por la forma incomprensiblemente inconsciente con la que lo hicimos, sin precaución alguna. Te voy a decir algo que quizás te sorprenda, pero me gustaría que lo tuvieras.

Mara lo miró con los ojos muy abiertos asombrada.

—¿Hablas en serio? Tú y yo teniendo un hijo en común. Yo no voy a volver a salir contigo, hablándote claro y disculpa que sea tan directa, considero que aquello fue un gran error en mi vida.

—Tampoco yo pienso que fuera lo más inteligente que haya hecho, pero no me arrepiento, fue estupendo. Volviendo al caso, no te pido que seamos pareja. Te voy a hacer una pregunta que espero no te moleste y me golpees con el servilletero en la cabeza. ¿No hay ninguna posibilidad de que pudiera ser de Andrés? Digo que pudiera parecerlo.

Ella lo miró encolerizada, pero al momento cayó en la cuenta de que se había acostado con su aún marido, una semana después de que ellos lo hicieran, cuando estaba prácticamente convencida de que volverían a estar juntos. La imagen de sí misma que visualizó en su mente no le gustó en absoluto, pero cuadraba con la pregunta que le acababa de hacer Javier.

—Eh..., sí, puede haber la posibilidad de que cuadrara que él pudiera ser el padre... —respondió cabizbaja.

—Entonces te propongo que lo tengamos, que lo tengas, con la vida tan horrible que he llevado siempre, aunque la gente crea otra cosa, la idea de tener un hijo, aunque él ignore mi existencia, me hace ilusión, yo sí sabré de la suya. Por favor, tenlo. Vuelvas o no vuelvas con Andrés, el hijo siempre podrás decir que es suyo, y de esta manera, no te meterás en una situación difícil de explicar y de asimilar por todos. Pero te pido una sola cosa: que aceptes que cuando yo muera, él sea mi heredero, sólo él, cuando cumpla dieciocho años. Mientras tanto, tú serás su albacea, no quiero que le falte nada. También que me digas si es niño o niña cuando lo sepas, me mandes alguna foto de él alguna vez, algo importante que le pase, cosas así, por favor —le dijo en un tono sincero de súplica desconocido en sus maneras.

—De acuerdo, Javier, así lo vamos a hacer, me parece bien. Si te digo la verdad, la idea de abortar, aparte de ir contra mis creencias, me parecía horrible. Quería saber también tu reacción, tu punto de vista. No hace falta decir la reserva con la que debemos llevar este asunto por el bien de todos.

Tras hablar todos los detalles del trato, se dieron dos besos por última vez en sus vidas y se despidieron con el pleno convencimiento por parte de ambos de que el secreto iría a la tumba.

A las seis de la tarde, sonó el teléfono y Javier lo cogió.

—¿Diga?

—Hola, soy Andrés —se escuchó secamente.

—Hombre, mi buen amigo Andrés —repitió Javier con su tono irónico acostumbrado. —Dime.

—Ni buen amigo ni hostias. ¡¿Pero quién te crees que eres?! Me has destrozado la vida y esto no va a quedar así. Estoy al límite de hacer cualquier locura y no me importa si al ir por ti caigo yo también, ¿te enteras?

—Te encuentro algo nervioso. ¿Qué te parece si te acercas a mi casa y hablamos, en vez de tratar estas cosas por teléfono? Hoy saldré del trabajo algo antes. Si te parece, ven esta noche a mi casa antes de hacer cualquier tontería de la que te arrepientas. Venga, hombre, por el tiempo que hace que nos conocemos.

Andrés sabía que ir allí significaba meterse en la boca del lobo, jugarse la vida, pero eso era justamente lo que esperaban Samuel, Alberto y él: una cita supuestamente solos en su casa. Conociendo a Javier, su pensamiento sería tantearle lo más posible, en principio no matarle, ya que él no improvisaba y al igual que Andrés, él también querría jugar sus cartas.

—Dime la dirección y allí estaré.

—En la Calle Mirlo, veintitrés. La casa de mis padres, la casa de toda la vida en el acantilado. A las nueve y media empunto. Tras estas últimas palabras se oyó colgar bruscamente el teléfono.

Para Javier aquel encuentro era crucial, pues en él debía hacerse una idea clara de cuáles eran las bazas de Andrés, si ya había hablado con alguien y hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Conocía muy bien a su amigo de la adolescencia y muy al contrario que él, sabía que era impulsivo, temperamental, y por tanto, lleno de errores y pasos en falso. Siempre había asentado su éxito en su capacidad de adelantarse a los pasos de los demás y reconducir cualquier intento de descontrol. Además, la situación crearía una tensión y un morbo que estaba dispuesto a medir de principio a fin como había hecho durante toda su vida.

Un policía de paisano situado en una posición cercana a la casa de Javier vio cómo este llegaba a la casa heredada de sus padres. Informó por radio al sargento Alberto que ya había llegado. Tras esto, dio comienzo la operación policial más importante de los últimos años. Para esta operación se habían coordinado con la policía de la pequeña comisaría de Los Gigantes, sería el centro de operaciones. Del departamento de policía se había seleccionado únicamente a los hombres de confianza venidos de Santa Cruz de Tenerife, los cuales se posicionarían en un perímetro cercano a la casa y estarían comunicados por radio. Los agentes locales servirían de apoyo. En comisaría, Alberto terminó de colocarle el micro bajo la camisa a Andrés. Samuel se acercó a él antes de que saliera.

—Ten mucho cuidado, muchacho. Javier manipula con todo tipo de astutas palabras y juegos retóricos a los demás. Cuando le interrogamos en comisaría fue imposible advertirle incoherencia, ni tan siquiera alguna pequeña duda. Se mete en tu cabeza y te confunde hasta que pierdes el norte de tu objetivo.

—Se lo agradezco mucho, teniente, pero le aseguro que lo conozco mejor que usted, toda una vida da fe de ello —y se volvió hacia Alberto que estaba terminando de manipular el micro para dejarlo bien sujeto. —Alberto, sé que lo que estoy haciendo entraña un gran peligro y más aún con este maldito micro pegado a mi cuerpo. Si él sospecha algo o llega a darse cuenta de que estamos intentando tenderle una trampa, podría ser hombre muerto, o sea que lúcete poniéndolo —comentó, con una extraña sonrisa.

—No te preocupes, es muy pequeño e imposible de ver con tu camisa. La única manera sería quitándotela y eso no va a pasar. Y no te preocupes, a la más mínima declaración o peligro claro por su parte, caeremos desde todos lados y se acabará el asunto. No estoy dispuesto a arriesgar ninguna vida.

El plan era que Andrés se desplazara a casa de Javier solo, sin seguimiento policial por temor a que alguno de los chivatos de Javier destapara la operación. En una población pequeña cualquier movimiento excesivo llamaba la atención. En todo caso estaba todo asegurado, tenían la confirmación de la presencia de Javier en la casa. Esperarían diez minutos tras los cuales se situarían las patrullas en las inmediaciones.

Andrés llegó a la casa a las nueve y veinticinco. Tras el camino, apenas

trazado por las marcas de los neumáticos de vehículos, llegó hasta su porche delantero. Antes de bajar, se quedó mirando la casa. Esta presentaba una fachada minimalista y desprendía cierto aire siniestro, aunque se notaba que la habían restaurado y embellecido en los últimos años, señal de la buena vida de Javier, de su éxito en los negocios. La casa lucía en toda la parte superior un techo a dos aguas con tejas marrones que le daban un aire antiguo. También destacaban dos buhardillas de pequeñas ventanas por las que parecía que en cualquier momento alguien se asomaría. La puerta principal era curiosa. Constaba de un doble arco, quedando la puerta de entrada bajo el arco de la derecha y una ventana desnuda, sin cristales ni marco, a la izquierda. Gran parte de los alrededores los cubría el césped perfectamente cuidado y regado por aspersores. El resto, arena clara mezclada con grava. Andrés llamó a la puerta y, segundos después, ésta se abrió. Estaba claro que Javier había escuchado su llegada.

—Muy buenas. Pasa —le dijo, con tono misterioso y sereno.

## *Capítulo XL*

La primera intención de Javier era mostrar con claridad que se encontraba tranquilo y sin temor ni incertidumbre, muy consciente de que esta es siempre la forma de controlar la situación, de medir los tiempos y las palabras. Esto también se apoyaba en su aspecto elegante: su peinado perfecto y su camisa de seda blanca. La cocina americana bien ordenada y limpia en la que tan sólo destacaba una copa alta con vino tinto colocada exactamente en el centro de un posavasos cuadrado con un motivo de París, daba paso a un gran salón escasamente adornado pero con un gusto exquisito. Al igual que Laura pensó en su día, parecía que Javier vivía en el expositor de una gran superficie, o enseñaba a un posible comprador una casa en venta. Pero no, esa era su forma de vivir, su orden interior, el exceso de pulcritud y los detalles lo dominaban. Esta mentalidad extrapolada a su trabajo había propiciado desde el inicio un progresivo éxito del que aún no se vislumbraban los límites, por supuesto, junto a su primer crimen, el más sangriento: el de Álvaro.

Javier ofreció a Andrés una copa de vino y le pidió que se sentara, pero éste rehusó ambas cosas, prefería permanecer de pie y sin ningún tipo de distracciones. No venía a ver a un amigo, sino a intentar destapar a un asesino.

—Pues bien, ahora vas a oírme. Ya está bien... —pero le interrumpió Javier con contundencia.

—¡Escúchame un momento, joder! Deja que te diga algo y después me dices todo lo que quieras. Escúchame. Sé que tu reacción viene dada por lo mal que te va la vida en estos momentos y por haberme visto con Mara. Pero no es como tú crees, yo no te he quitado a tu mujer ni a tu hija, si es lo que piensas. Ellas ya estaban muy lejos de ti cuando yo me acerqué a ella. Mara estaba destrozada por tu dejadez y por tu desapego hacia tu hija. Te alejaste, te

volviste frío, hostil. Como me decía ella llorando, escogiste una manera robótica de ir por la vida, absorto y totalmente indiferente a ellas y a sus problemas. Esa no era una actitud inocente por tu parte. Fuiste tú quien se desentendió de su vida y de lo que eran tus verdaderas responsabilidades. Antes que ella te pidiera que te fueras de casa, ya tú te habías ido de tu familia hacía mucho tiempo.

—Pero, ¿quién coño te crees tú para hablarme de mi familia? ¿Eh? Para empezar, mi vida me va mal única y exclusivamente por tu culpa y ya tengo claro que esa es la historia de mi existencia. ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no sé para qué me pediste las llaves del tanatorio aquella noche? ¡Me obligaste a que colaborara contigo en un crimen! Y esa es la diferencia entre tú y yo, que tú eres un asesino sin escrúpulos y sin conciencia, y a mí la culpa me come por dentro. No me deja vivir desde entonces y precisamente eso es lo que ha destrozado mis sentimientos y mi familia.

Javier se estaba percatando que el tono de la conversación estaba subiendo en intensidad y en violencia, con lo que aportó al momento la desesperante calma que sólo él podía imponer.

—Si quieres que sigamos hablando, es mejor que te relajes un poco, de lo contrario, tendré que pedirte que te vayas de mi casa. Como te dije por teléfono, Andrés, estás nervioso y empiezas a decir cosas sin sentido. Está claro que el único culpable de que tu vida se esté yendo a pique eres tú. En el tanatorio no pasó nada, y a parte de confirmarte esto, no tengo por qué darte más explicaciones al respecto. Porque, ¿de qué me acusarías en todo caso? ¿De obligarte a que me dejaras las llaves del tanatorio durante unas horas? ¿Qué crimen es ese? Yo te lo diré: ¡ninguno! Es una estupidez.

—Pero, qué cínico eres, ¿cómo puedes hablar así? ¡Asesinaste a Laura! La incineraste, ¡por el amor de Dios! ¿Es que no la ves por la noche en las sombras? ¿Es que tus sueños no te la traen exigiendo algún tipo de justicia? Nuestra Laura, ¡hijo de puta!, la preciosa chica que nos acompañó en aquel tiempo sin rumbo ni objetivos, por la que yo estaba loco pero que se enamoró de ti —Andrés terminó por derrumbarse llorando al traer a su mente con toda claridad a Laura de nuevo, mientras Javier lo observaba como quien está en el teatro, distante por completo a lo que allí acontecía. Lo peor de todo es que estaba perdiendo el control necesario como en otras ocasiones. La vehemencia se comenzaba a apoderar de él. — ¿Y te atreves a opinar sobre mi vida? ¿Te

atreves a hablar de Mara y de mi pequeña? ¡Tengo muy claro que tu única intención con ellas es hacerme daño a mí!

—Andrés, te aseguro que en un principio no sabía ni quién era, a pesar de que su cara me resultaba muy familiar...

—¡Falso! Toda tu vida se ha basado en el engaño, en hacer daño a los demás en beneficio tuyo pasando por encima de quien sea y hasta las últimas consecuencias. No me hables de frialdad, lejanía o distanciamiento. Cualquiera menos tú. Eres un monstruo y sabías que el golpe de gracia mayor que podías asestarme era arrebatarme mi mundo: mi mujer y mi hija. Parece que te estoy viendo, acercándote a ella como un desconocido, ganándote su confianza sabiendo que se sentía perdida y utilizando tus sucias tretas para confundirla y metértela en el bolsillo. Y cómo no, lo has conseguido con esa maestría que únicamente tú posees y encima pretendes hacerme sentir culpable a mí. Pero esta vez las cosas van a cambiar. Te lo juro.

—Sigues acusándome de cosas sin sentido y por supuesto, sin prueba alguna. Creo que esta conversación está llegando a su fin.

—¡Te equivocas! No está llegando a su fin, el que está yendo hacia su final eres tú mismo y soy yo quien va a arrastrarte. Para tu sorpresa, sí tengo pruebas contra ti.

Javier, que iba a coger su copa de vino, se detuvo ligeramente sorprendido.

—Dime, buen amigo, ¿qué tienes? Has conseguido despertar mi curiosidad —le preguntó volviéndose hacia él y sabiendo que el asunto se empezaba a descontrolar.

Todos los policías estaban posicionados, listos para actuar rápidamente a la más mínima orden. Alberto y Samuel escuchaban con toda atención la conversación, ya que eran los únicos que tenían acceso a lo que recogía el micrófono. La situación se volvía cada vez más tensa y en principio no era ese el objetivo que se habían fijado. La idea era sacarle la mayor información posible y si se llegaba a una confesión, perfecto, pero todo estaba tomando un cariz distinto. Andrés estaba empujándole a un callejón con pocas salidas y se exponía a despertar al asesino que Javier llevaba dentro. Alberto estaba cerca, pero bien escondido. Desde su posición y con las luces apagadas era imposible ser visto en la oscuridad de la noche, aunque él sí podía distinguir

la luz encendida del porche. Incluso, la luz clara de la sala de estar tras los ventanales. No hizo falta que Andrés le diera la dirección. Él rondaba la casa cada poco tiempo como un perro de caza acecha a su presa, conocía bien el lugar.

—Para que veas que no eres tan perfecto como tú te crees, a la mañana siguiente, tras tu horrendo crimen del que Dios sabe que no quiero conocer más de lo que ya sé y puedo suponer, encontré uno de los pendientes de Laura, fíjate, lo único que quedó de ella y estoy dispuesto a entregárselo a la policía junto a mi testimonio. No creas que nada vale nada. Cuando un buen investigador consigue pillar un hilo bueno, no para hasta llegar a la madeja.

—¿Pendiente? No sé de qué me hablas...

—Sí, pendiente, este pendiente —dijo, llevándose la mano al bolsillo y sacándolo con dos dedos bajo los que se balanceaba la joya de plata, huérfana de compañera, con su forma en hélice, haciendo el efecto de describir giros completos en el aire.

Fue la primera vez en todo el rato que Javier se había quedado sin palabras, sin locuacidad, sin argumentaciones inteligentes o evasivas.

—Vamos a ver, estúpido, ¿y de qué te va a servir eso? ¿Eh? ¿De qué te crees que va a valerte un pendiente tras quince años del crimen? ¿Quién iba a creerte? —acababa de darse cuenta que los nervios empezaban a traicionarle y se hallaba próximo a caer en las redes de Andrés. Pero llegados ya a este punto, sabiendo que si Andrés llevaba un micro sus palabras podrían tomarse como inculpatorias, no directamente, porque una grabación sin pruebas válidas no podría apoyar una culpabilidad, aunque volcarían sobre él horas y horas de interrogatorios e investigación a las que no estaba en absoluto dispuesto, en un ataque de soberbia, tan propio de su altiva personalidad, cambió el chip, dejó caer su máscara y Javier, el asesino, recuperó el control. —Mira, Andrés, te voy a demostrar que ese pendiente no te sirve para nada. Yo tengo otro exacto a ese que encontré hace tiempo, por si llegaba este momento. Supe que había perdido uno y no pude encontrarlo. El tuyo lo añadiremos a la colección, si te parece —terminó diciéndole, acercándose más a Andrés de lo que este hubiera deseado.

Andrés, en su inconsciencia, no se había percatado que había perdido el control, que había presionado a Javier más de lo deseado, que había

despertado a la bestia por lo que tenerlo tan cerca no le supuso en principio un problema. A Javier se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que quedara ADN de Laura en el pendiente de Andrés.

—Eso es una tontería, demuéstalo.

—Por supuesto, cógelo tú mismo. Está en el cajoncito de ese mueble que tienes a tu derecha.

Andrés se volvió y vio que había un pendiente parecido, pero se apreciaban ciertas diferencias. Era muy parecido, pero para nada igual. Una ligera sonrisa se dibujó en su rostro justo en el momento en que Javier rompió en su cabeza el jarrón que estaba situado sobre el mueblecito de los pendientes. Andrés cayó desplomado.

Sin perder un momento, Alberto dio la orden:

—A todas las unidades, procedemos a entrar en la casa. Ha llegado el momento, repito, ¡entramos ya! ¡Vamos, vamos, vamos! —Alberto miró a Samuel y éste le exhortó a que fuera rápido, que él ya estaba muy mayor para tantos trotes y prefería bajarse del coche y mirar cómo lo detenían.

Alberto fue el primero en llegar y dando una fuerte patada a la puerta, entró apuntando a todas partes con su pistola y gritando:

—¡Ya se acabó todo! ¡Javier, entrégate, estás rodeado!

Pero allí no había nadie: la casa estaba completamente vacía.

—¡Me cago en la hostia! Pero, ¿qué ocurre? —gritó, mientras entraban los demás hombres armados y tres coches patrulla con las sirenas y las luces de emergencia bloqueaban todas las posibles salidas.

## *Capítulo XLI*

Intentó abrir los ojos y una intensa luz se lo impidió. La cabeza parecía que iba a estallarle y su boca estaba taponada por completo con una mordaza fuertemente anudada. Al poco, la luz cegadora desapareció. Andrés estaba maniatado y amordazado en lo que parecía ser un sótano y empezó a gritar y a intentar liberarse.

—En fin, Andrés, tarde o temprano esto tenía que pasar. Para empezar, eres el único cabo suelto que me faltaba por cortar, y por otro lado, lo has hecho tan bien que no me has dejado otra salida. Te felicito. Escucha, pobre imbécil: sí, maté a Laura, ¿me oyes? La quemé viva y observé cómo se consumía lentamente. Y a Álvaro le di su merecido y lo hice desaparecer. Lo mismo que voy a hacer contigo ahora. Es inútil que sigas intentando gritar, nadie va a oírte y nadie sabe dónde estás. —Andrés inclinó la cabeza por un momento, como intentando sentir el micrófono oculto—. No dudé ni un momento que venías con intención de jugármela y no me seas simple, ya he quitado el micrófono. Lo que no pensé es que llegaría a descontrolarme, no era mi intención en absoluto, te lo puedo asegurar. Tu muerte no debía ser algo achacable a alguien, simplemente debía parecer un accidente, como el de mi ex mujer. La pobre desapareció bajo una enorme bola de fuego. Sinceramente, pienso que lo tenía bien merecido. Te preguntarás qué es lo que ha pasado desde que, digamos, te dormiste repentinamente, hasta este momento. Pues, como te decía, no me cabía la menor duda que habías venido a jugármela por lo que cuando me llamaste, evidentemente no te di la dirección de la casa de mis padres, sino la de la vivienda nueva que tengo desde hace pocos años en la Calle Mirlo, número veintitrés. Tú diste por supuesto que la dirección que te di era la de la casa que heredé de mis padres. El sargento Alberto también lo dio por sentado al decirle tú que era mi casa de siempre y también al verme

él frecuentemente entrar en ésta para buscar herramientas o dejar material de trabajo que ya no me hace falta en la nueva. Además, para asegurarme el despiste, fui a mi antigua casa para que el policía que tienen allí apostado para vigilar mis movimientos me viera entrar a las nueve, media hora antes de nuestra cita confirmando así mi presencia. Yo salí rápidamente por la salida trasera, por el lado de la playa que también me da acceso a la otra casa, habiendo dejado previamente las luces encendidas. Algo sencillo y perfecto, ya que mi segunda propiedad no está lejos de la de mis padres. Tras dejarte inconsciente, rápidamente te metí en el maletero de un coche que alquilé y me acerqué despacio a mi casa antigua. Tras el gran fiasco de la policía, todos se habían ido a peinar la ciudad buscando otras posibilidades. Seguramente acabarán llegando a mi casa nueva y como habrás entendido, en este momento, este es precisamente el sitio más seguro donde nadie nos buscará, mi sótano silencioso, vuestra primera opción.

Andrés estaba atónito tras la explicación y el terror comenzó a apoderarse de él como una mecha encendida que sabe que de un momento a otro va a explotar.

—¿Sabes, buen amigo? Siempre me ha gustado la medicina, pero el destino me condujo hacia otras obligaciones. ¿Qué te voy a decir a ti, si tú fuiste mi compañero en el ciclo de auxiliar de enfermería? ¿Sabes cuál fue siempre mi deseo oculto? La cirugía. El arte de abrir el cuerpo para manipularlo desde dentro y curarlo. Eso en la mayoría de las ocasiones, claro. En otras, para estudiar un cadáver, o incluso las reacciones de alguien vivo sobre el que se utilizan estas herramientas. Hay estudios que demuestran que una persona recibe un golpe y aúlla de dolor, mientras que otra sin embargo, posee menos sensibilidad y su sensación es distinta, menos intensa. Para algunos, el dolor de cabeza es un trance intolerable, otros en cambio, aguantan hasta que se desmayan. La diferencia está en el umbral o la tolerancia que tenemos los seres humanos frente al sufrimiento. Pues para mí es apasionante comprobar el umbral del dolor, no propio claro, no soy masoquista, pero sí el de otras personas. Y es algo que nunca he experimentado. Las veces que he asesinado ha sido de forma rápida y en ocasiones, aséptica.

Mientras hablaba, abrió un rollo de paño negro en cuyo interior había multitud de brillantes herramientas de cirugía de tamaño mediano que aún no habían sido utilizadas.

—Te las voy a presentar, aunque sé que alguna debería sonarte, no en vano eres un hombre de estudios —ante la imagen sádica y espeluznante que Javier le estaba dedicando, Andrés sudaba como nunca lo había hecho y parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. —Esto es un mango y llave de Jacobs. Esto otro, un separador Hofmann, un elevador de periostio y un retorcedor de alambre. Este último reconozco que suena especialmente mal, compañero. Un cortador de clavos, una pinza de Kern, un alambre ortopédico, clavos intramedulares, tijeras curvas, bisturí y un mazo para huesos. Sería absurdo haber llegado hasta aquí y no utilizarlas, visto que, si analizamos la situación, eres tú quien me ha jodido mi fantástica vida. Soy muy consciente de que apenas me quedan unas horas apenas como hombre libre y que el resto de mi vida voy a estar huyendo, encerrado o dejaré de existir porque me quitaré la vida, pero eso es algo que llegará luego. Sólo digo que tú eres quien ha venido a mí y ha provocado todo esto. Pensemos que ha sido cosa del destino que a su manera quería brindarme la posibilidad de hacer mis propias pruebas y tener mis propias opiniones de lo que suele llamarse umbral del dolor.

Sin pensarlo dos veces, Javier cogió las tijeras curvas y le cortó el pantalón hasta arriba del muslo. Cogió el bisturí y hundiéndole la hoja lentamente, comenzó a hacerle un corte profundo desde la ingle hasta el hueso de la rodilla, comenzando a brotar abundante sangre, a la vez que un espeluznante grito quebrado de Andrés rasgaba su garganta haciéndole perder el conocimiento. Al rato, sintió como si todo un mar le cayera encima. Era un cubo de agua que Javier había vertido sobre él para despertarlo. Recobró la consciencia pero sólo parcialmente porque no sentía dolor. Al abrir los ojos, vio en el suelo una jeringuilla tirada. Pronto comprendió que lo había drogado y al mirarse vio que sus brazos y piernas estaban sangrando con la misma grieta de bisturí que momentos antes había empezado en su muslo derecho. Las lágrimas caían por sus ojos y la sangre por sus heridas.

Arriba se oyó un pequeño ruido. Javier cambió su sonrisa por una expresión más seria. Era muy improbable que hubieran vuelto a la casa. Tras el ruido, Andrés empezó a gritar lo más fuerte que le permitía su garganta y el dolor que soportaba, mientras su cuerpo cada vez estaba más débil y vencido. Javier tomó el hacha y sigilosamente fue subiendo las escaleras con su mortecina luz parpadeante. Las portezuelas del sótano las había dejado abiertas, muy seguro de que en unas horas nadie iría allí a molestarles. Había calculado el tiempo justo para poder torturar a Andrés hasta los límites más

extremos de su dolor, matarlo y huir. Era ya su única meta a corto plazo. Lo clasificarían como un asesino en serie. Qué absurdo, qué más daban unos asesinatos más o menos.

Antes de llegar arriba del todo, apareció de pronto la figura del teniente Samuel empuñando un arma y apuntándole. Esperó tanto, a pesar de los gritos, por miedo: había perdido por completo la seguridad en sí mismo, sus manos temblaban ligeramente y sus fuerzas estaban al límite, más aún estando ante alguien como Javier. Al final, y por el temor de llegar tarde y no poder salvar a Andrés, se había envalentonado. Cuando Alberto había ido a abordar la casa, él se había bajado del coche y luego todo el mundo se había ido a toda prisa dejándolo a él fuera. Gracias a Dios, antes de bajar del vehículo había cogido el arma que Alberto le había dejado. Sabía que estaba muy mayor como para salir huyendo de nadie.

—Hombre, mira a quien tenemos aquí: el viejo que no hizo nada por salvar a Laura...

—A ella no pude salvarla, pero al menos a ti, voy a llevarte por delante — respondió con su mano vacilante, intentando mantener un punto fijo con el cañón de su pistola.

—Dame el arma y dejaré libre a Andrés y os podréis ir. No seas tonto ni te hagas el héroe. Si yo subo de un salto los cinco escalones que nos separan, lo que puedo hacer rápidamente, te voy a quitar la pistola y voy a tener que descuartizaros a los dos con mi hacha. Y te aseguro que no me va a costar ningún trabajo.

—¡Suéltale ya o te mato aquí mismo!

Javier no perdía la extraña sonrisa ni la fuerza de su mano asiendo el hacha.

—Bueno, pues parece que tú ganas —se volvió para bajar los escalones y de un rápido y violento movimiento, lanzó el hacha hacia Samuel al tiempo que éste disparaba dos veces.

Fue imposible esquivar el hacha a esa velocidad, no tenía ni la agilidad ni los reflejos suficientes como para poder evitarla cuando impactó de lleno en su pecho haciéndolo retroceder con fuerza dos metros antes de caer desplomado. Un charco de sangre empezó a rodearle. Javier había caído rodando hasta el pie de la escalera. Un tiro lo había recibido en el hombro y el

otro en el pecho. Empezaba a sangrar abundantemente también, pero aún le quedaba algo de fuerzas. Andrés había visto cómo caía tras los disparos y cómo parecía haber muerto antes de, inexplicablemente, comenzar a moverse de nuevo. Se estaba arrastrando hacia él ayudado de uno de sus brazos, porque el otro estaba mal herido.

—Andrés, amigo... mira por dónde yo también voy a experimentar el dolor al igual que tú. Hoy es nuestro día. ¿Sabes?, podría causarte un gran dolor psicológico que podría ser incluso peor que el físico, pero no lo haré... —le dijo pensando en su hijo con Mara, pero aunque era un hombre sin moral ni conciencia, guardaba ese secreto como un tesoro oculto de desconocida nobleza que nunca revelaría. Esta última frase dejó aturdido a Andrés, parecía un sinsentido, un misterio.

Mientras se acercaba a él, Andrés, horrorizado, forcejeaba de nuevo comprobando el tremendo dolor en sus miembros malheridos, mientras cada vez veía más cerca al asesino. Como Javier era incapaz de levantarse, estirando el brazo tiró de la tela negra de las herramientas que sobresalía un poco de la mesilla y las hizo caer todas al suelo, cerca de su cabeza. Cogió el cortador de clavos, una especie de pequeña sierra, y se acercó lo más posible a su pierna para terminar lo que había empezado. Situó la sierra a la altura del tobillo, miró a Andrés con una extraña mueca de sonrisa, comprobando cómo este sentía los dientes afilados y fríos de la herramienta en su carne y empezó a serrar con fuerza enloquecida sin parar hasta notar el hueso. Lo único que lo detuvo fue la bala que impactó en su cabeza proveniente de la pistola de Alberto quien, una vez eliminadas todas otras opciones de búsqueda, había vuelto a la casa a recoger a Samuel.

Rápidamente liberó a Andrés y quedó a la espera de la ambulancia. Aunque estaba malherido, su vida no corría peligro. Javier murió fulminado y el teniente falleció con la mano cogida fuertemente a la de Alberto, con una mirada de eterno agradecimiento. Aquel muchacho había sido la única persona que se había apiadado de la vida que había llevado y había estado junto a él incondicionalmente en todas aquellas largas horas en la gélida y triste residencia y se mantuvo con él hasta el último latido de su corazón. En su último aliento, la imagen de Laura, haberle hecho justicia, lo ayudó a morir en paz.

## *Capítulo XLII*

Pronto la casa se llenó de coches patrulla, policías y ambulancias. Alberto debía ocuparse de todo y quitándose las lágrimas de la cara y soltando la mano de Samuel, del teniente Samuel, comenzó junto con los demás hombres a analizarlo todo y a recoger pruebas. Cuando estaban introduciendo a Andrés en la ambulancia, se acercó Alberto para interesarse por él y le pidió que por favor avisaran a Mara, porque necesitaba hablar con ella y quería, esta vez sí, contarle todo de una vez por todas.

—Ahora no te preocupes por nada, tienes que recuperarte. Nosotros nos ocuparemos de todo. Te prometo que hablaré con Mara y le explicaré absolutamente todo. Tranquilo amigo.

—Gracias, muchas gracias. Y Samuel...

Alberto torció el gesto mirando hacia otro lado y Andrés comprendió al instante. No hizo falta añadir más. Cerraron la puerta de la ambulancia y lo llevaron al hospital.

\* \* \*

A la mañana siguiente, al despertar, Andrés comprobó que Mara estaba sentada a su lado. En cuanto abrió los ojos, ella se aproximó.

—Mara, lo siento, yo... Tenemos que hablar...

—Déjalo, Andrés. He estado hablando con Alberto, se ha portado muy bien y me lo ha explicado todo. Ahora entiendo muchas cosas de las que antes era imposible hacerse la más mínima idea. Y lo que es más importante, te entiendo a ti y se que el hombre del que me enamoré sigue en ti, eres tú y que las circunstancias hicieron que te volvieras imposible. Ahora tenemos motivos

para empezar de nuevo.

—Mara, yo sé que me he portado muy mal durante años y que eso tiene pocas explicaciones, pero yo aún te quiero y espero que tu opinión sobre mí no sea la que seguramente, por mis errores, merezco —sus ojos se inundaron en lágrimas. —Tú tienes derecho a rehacer tu vida y la de nuestra pequeña, lo sé...

—Calla, tonto, yo también te sigo queriendo y nadie me va a mover de tu lado. Ahora intenta reponerte, que la pequeña está deseando verte.

Miró hacia la puerta de la habitación y vio asomarse tímidamente a la Judit quien, por un lado, del miedo que sentía dudaba si entrar, aunque por otro, estaba deseando ver a su padre.

—Entra, Judit, ¿no querías verle? —la animó su madre.

Ella avanzó un poco, se detuvo, lo miró, y cuando él le dijo:

—Ven, pequeña —abriéndole los brazos con una gran sonrisa triste, ella salió corriendo y se fundió a él en un fuerte abrazo. La muestra de cariño de su pequeña le causó un gran dolor en sus brazos, pero fue el dolor más agradable y tierno de toda su vida. Al observarlos, Mara afianzó la idea de que aquel era el Andrés de siempre, el hombre con el que se casó y aprovechando el momento, dijo a Andrés que tenía una gran sorpresa:

—Dime, Mara, ¿qué es?

Se aproximó a su oído y le susurró:

—Estoy embarazada.

—¿En serio? —dijo acordándose de aquella noche de fallida reconciliación —. ¡Es genial! Me encanta la noticia, me aporta muchas ganas de recuperarme pronto y continuar con esta familia maravillosa que tengo, que tenemos. Me hace muy feliz, en serio, ¡nuestro segundo hijo!

Semanas después, Andrés había recuperado su vida. Seguía con su trabajo en el seguro, pero vivía la vida de otra manera, completamente distinta. A pesar de la cojera que ya arrastraría para el resto de su vida, había recuperado la paz interior y el mundo volvía a tener sentido. En su trabajo recuperó la buena relación con sus compañeros y en su casa encontraba el hogar que

siempre había soñado. Cuidaba de su linda mujer embarazada hasta el más mínimo detalle.

Un día, al despertar, sintió unas cosquillas en el tobillo y pensó que era su pequeña. En principio sonrió, pero pronto empezó a sentir algo de dolor. No era Judit, ¡era Javier con la cara salpicada en sangre y mirándole fijamente, lleno de violencia y maldad, serrándole la pierna por el tobillo, quebrándole los huesos y desmembrándolo en un gran charco de sangre! Comenzó a gritar con todas sus fuerzas, igual que aquel día brutal bajo la mirada del sótano de Javier, empezó a moverse violentamente para zafarse de aquel monstruo... hasta que Mara, zarandeándolo con fuerza, lo logró despertar. Esas pesadillas lo acompañarían para el resto de su vida: Javier nunca moriría.

FIN

# *Índice*

*Agradecimientos*

*Preámbulo*

*Capítulo I*

*Capítulo II*

*Capítulo III*

*Capítulo IV*

*Capítulo V*

*Capítulo VI*

*Capítulo VII*

*Capítulo VIII*

*Capítulo IX*

*Capítulo X*

*Capítulo XI*

*Capítulo XII*

*Capítulo XIII*

*Capítulo XIV*

*Capítulo XV*

*Capítulo XVI*

*Capítulo XVII*

*Capítulo XVIII*

*Capítulo XIX*

*Capítulo XX*

*Capítulo XXI*

*Capítulo XXII*

*Capítulo XXIII*

*Capítulo XXIV*

*Capítulo XXV*

*Capítulo XXVI*

*Capítulo XXVII*

*Capítulo XXVIII*

*Capítulo XXIX*

*Capítulo XXX*

*Capítulo XXXI*

*Capítulo XXXII*

*Capítulo XXXIII*

*Capítulo XXXIV*

*Capítulo XXXV*

*Capítulo XXXVI*

*Capítulo XXXVII*

*Capítulo XXXVIII*

*Capítulo XXXIX*

*Capítulo XL*

*Capítulo XLI*

*Capítulo XLII*

*Índice*